

ESADE



Sexta jornada de reflexión y debate

Nuevo ciclo político en Europa, España y Cataluña

Los retos institucionales que tenemos por delante

Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática

Monasterio de Sant Benet de Bages,
26 y 27 de septiembre de 2011

SANT BENET VI

**NUEVO CICLO POLÍTICO EN EUROPA, ESPAÑA Y CATALUÑA:
LOS RETOS INSTITUCIONALES QUE TENEMOS POR DELANTE**

Transcripción editada de la sexta jornada de reflexión y debate en Sant Benet de Bages,
26 y 27 de septiembre de 2011

Lugar de publicación: Barcelona
Edición: Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática
Año de edición: 2012

En el marco universitario mundial, con frecuencia se da un trato diferencial y específico al estudio de algunos temas que destacan por la importancia de su contenido o por su relevancia pública. En estos casos, una de las opciones preferentes y con mayor prestigio es la creación de una cátedra. Entendemos, pues, que se trata de una unidad académica de excelencia.

La Cátedra Liderazgo y Gobernanza Democrática de ESADE se propone desarrollar un programa que promueva la profundización de los interrogantes que se plantean en torno de esta temática. La Cátedra tiene la vocación de promover un foro de diálogo permanente entre las organizaciones (empresas, administraciones, ONG) y los actores (empresarios, directivos, representantes políticos, sociales, cívicos, sindicales, etc.) que actualmente asumen, de forma responsable y comprometida, los retos y desafíos que comporta gobernar un mundo a la vez global y local. Asimismo, quiere asumir el reto de estudiar y promover formas innovadoras de liderazgo adecuadas a nuestros entornos complejos.

Son promotores de la Cátedra:



ESADE
Business School

Executive Education

SUMARIO

- 7 **Bienvenida y apertura de la sesión**
Pedro Fontana, Manel Rosell, Eugènia Bieto,
Adolf Todó, Jordi Pujol
- 17 **Nuevo ciclo político en Europa, España y Cataluña:
los retos institucionales que tenemos por delante**
Ponencias inaugurales: Joaquín Almunia, Antonio
Garrigues Walker, Artur Mas
- 41 **Nuevo ciclo político**
Coloquio
- 69 **Nuevo ciclo político**
Cena-Debate
- 97 **Nuevo ciclo político en Cataluña**
Agustí Colominas, Ferran Requejo. Coloquio
- 123 **Nuevo ciclo político en España**
José María Lassalle, Fernando Vallespín.
Coloquio
Felipe González
- 159 **Clausura**
Jordi Pujol, Eugènia Bieto, Ramón Jáuregui



SANT BENET VI

**Bienvenida y apertura
de la sesión**

Pedro Fontana

Bona tarda, excelentísimo Joaquín Almunia, vicepresidente y comisario de la Competencia de la Comisión Europea, molt honorable president Artur Mas; consellers; Màrius Rubiralta, excel·lentíssim Secretari d'Estat i d'Universitats; doctora Esther Giménez-Salinas, rectora de la Universitat Ramon Llull; molt honorable president Pujol; amics tots, bona tarda a tothom. Benvinguts un cop més al Monestir de Sant Benet de Bages.

En primer lugar, os agradezco en nombre de ESADE que hayáis hecho un hueco en vuestras agendas, seguro que todas muy apretadas. No es fácil distanciarse de los problemas cotidianos y menos en la situación actual. Por tanto, muchas gracias a todos por estar aquí.

Quiero agradecer, en primer lugar, el apoyo incondicional que la Fundación Caixa Manresa y CatalunyaCaixa vienen brindando a esta jornada desde sus inicios. A Manel Rosell, presidente de Caixa Catalunya, y a Adolf Todó, director general, muchísimas gracias una vez más por vuestra hospitalidad. Finalmente, quiero agradecer especialmente la presencia del *president* Pujol, titular de la Cátedra LiderazgoS de ESADE, que nos acompaña en estas jornadas desde sus inicios.

Con el encuentro de hoy y mañana, las jornadas de reflexión y debate que la Cátedra LiderazgoS de ESADE organiza en Sant Benet llegan a su sexta edición. Estas jornadas se han convertido en un foro de reflexión extraordinario en su formato y por tanto, creemos que también en su valor. La naturaleza del grupo, compuesto por líderes políticos, económicos y sociales de primer nivel, y la ubicación de los participantes en torno a una única mesa con igualdad de palabra han contribuido, sin duda, a consolidar el encuentro anual de Sant Benet como uno de los foros de debate y reflexión más interesantes, fructíferos y relevantes del país.

En esta ocasión abordaremos un tema de gran trascendencia y actualidad: El nuevo ciclo político en Europa, España y Cataluña. Los retos institucionales que tenemos por delante. La deriva de la situación económica y financiera mundial, la falta de cohesión de los estados de la UE para liderar la salida de la crisis, el nuevo escenario político que surgirá de las elecciones generales españolas de noviembre y el primer año de mandato del nuevo gobierno catalán de Artur Mas nos sitúan sin lugar a dudas ante un nuevo ciclo político, o ante la conjunción de tres ciclos políticos que deberían desarrollarse entrelazados.

Los líderes de Europa, España y Cataluña están obligados a repensar estrategias y objetivos y a redefinir marcos institucionales y de relación con vistas a superar las dificultades del presente. La mayoría de los que estamos aquí pertenecemos al mundo empresarial y somos conscientes de que el liderazgo político con altura de miras y las nuevas formas de gobernanza serán decisivos para el presente y el futuro del país y del mundo.

Desde ESADE estamos convencidos de que este debate es ineludible y de que debemos afrontarlo con valentía y sin dilaciones. Por eso os hemos pedido que nos acompañéis y por eso estamos aquí. Así que, una vez más: *moltes gràcies en nom d'ESADE a tots els presents.*

Manel Rosell

Excel·lentíssim vicepresident de la Comissió Europea, senyor Almunia, molt honorable president de la Generalitat de Catalunya, senyor Artur Mas, honorable conseller Mas-Colell, honorable conseller Felip Puig, honorable conseller Xavier Mena, president Pedro Fontana, president Pujol, bona tarda a tothom i benvinguts a Món Sant Benet. Como presidente de CatalunyaCaixa y de la Fundació Caixa Manresa adscrita a la Obra Social de CatalunyaCaixa, es una gran



satisfacción dar nuevamente la bienvenida a los miembros, ponentes y asistentes a esta jornada de reflexión y debate, que en solo seis años de vida se ha convertido en una cita de referencia obligada para políticos, académicos y empresarios del país, y que se desarrolla en un marco tan emblemático para nosotros como lo es Món Sant Benet.

A la hora de introducir cualquier tipo de jornadas es habitual decir que las mismas tratan una cuestión de singular importancia y que además llegan en un momento especialmente oportuno por la actualidad del tema previsto. En este caso, sin embargo, creo que podemos ahorrarnos el énfasis en la importancia del liderazgo. Porque, ciertamente, y sobre todo si lo miramos desde nuestra perspectiva de ciudadanos europeos, resulta evidente que los liderazgos potentes, claros, bien orientados y capaces de actuar con determinación son en la actualidad no solo importantes sino vitales.

La crisis en que estamos inmersos desde hace ya cuatro años no solo es una crisis larga y profunda. Es también una crisis que se manifiesta como síntesis de un conjunto de crisis subyacentes que se desarrollan de forma simultánea: una crisis económica, una crisis financiera, una crisis de confianza, una crisis de valores y también, de forma inequívoca, una crisis de liderazgo.

No podemos rehuir la realidad de que llevamos mucho tiempo, seguramente demasiado, caminando cerca del abismo, por un sendero cada vez más estrecho e inseguro. Un sendero que, además, nos está acercando indefectiblemente a una bifurcación. A un lado tenemos la continuación natural del sendero que estamos transitando: nos lleva a la debilitación progresiva y, en el límite, a la descomposición de la Unión Monetaria Europea y del mismo proyecto europeo. El otro, mucho más largo, complicado y duro, nos aleja del abismo y nos



devuelve a la senda que nunca deberíamos haber abandonado: la del reforzamiento permanente de la unidad europea, que, ahora lo sabemos todos, no es posible sostener solo con la unidad monetaria si no va acompañada de una mayor unidad fiscal y en definitiva de una mayor unidad política.

Obviamente, que como colectivo sigamos un camino u otro depende en gran medida de los que están al frente de la sociedad. Depende de los líderes, de su acierto, de su valentía, de su capacidad de llegar a acuerdos, de sus visiones a largo plazo, de su clarividencia y de su determinación para tomar el camino que nos conviene, aunque este parezca muy duro y no todos los que deben seguirle tengan la predisposición inicial más favorable. Creo que ha llegado el momento de que nuestros líderes señalen, con más insistencia que nunca, que este camino, aunque resulte más duro, es justamente el que nos lleva hacia donde queremos y nos convie-

ne estar: en una unión monetaria sólida y estable y en una unión política potente y dinámica.

Es la hora de los líderes. Líderes económicos, líderes empresariales, líderes intelectuales, líderes políticos. Un liderazgo con visión amplia y de largo recorrido, que afronte los problemas e impulse soluciones que nos permitan salir de la crisis en que estamos inmersos.

Agradezco la asistencia de todos a este encuentro y deseo que vuestra participación sea lo más provechosa posible. Finalmente, quiero expresar mi admiración por la labor de la Cátedra Liderazgo y Gobernanza Democrática de ESADE, tanto en su vertiente académica como en su capacidad de impulso y organización de actos tan relevantes como este. Sin su labor e implicación con el país es evidente que una jornada como esta no tendría año tras año el éxito que tiene.



Muchas gracias y, de nuevo, bienvenidos a Món Sant Benet.

Eugenia Bieto

Excelentísimo vicepresidente de la Comisión Europea, señor Almunia, *molt honorable senyor Artur Mas, president de la Generalitat de Catalunya, honorables consellers de la Generalitat de Catalunya, senyors Andreu Mas-Colell, Xavier Mena i Felip Puig*, excelentísimo señor Mario Rubiralta, secretario de Estado de Universidades, doctora Esther Giménez-Salinas, rectora magnífica de la Universitat Ramon Llull, *molt honorable senyor Jordi Pujol, expresident de la Generalitat de Catalunya*.

La jornada de Sant Benet, que llega ya a su sexta edición, representa un exponente inequívoco de la voluntad de ESADE de contribuir a la construcción

de sociedades libres, prósperas y justas. La celebración de esta jornada, que siempre se da alrededor de estas fechas y por tanto al inicio del curso, indica cada año que ESADE renueva su compromiso con los foros de reflexión sobre los retos globales.

ESADE es hoy, cincuenta y tres años después de su fundación, una institución que inspira y capacita a personas y a organizaciones para desarrollar liderazgos innovadores y socialmente responsables, para construir un futuro mejor. Desde sus inicios, ESADE ha dado una formación integral a las personas en los ámbitos del management y del derecho, y ha generado investigación y conocimiento relevante para la mejora de las organizaciones y la sociedad; y también desde sus inicios, ESADE ha impulsado el debate en cuestiones de interés social y económico.

El curso pasado, en los distintos campus y foros de ESADE se organizaron más de cuatrocientos

actos a los que asistieron 38.000 personas. De todo este conjunto de encuentros, las jornadas de Sant Benet son quizás aquellas donde mejor se pone de manifiesto la capacidad de ESADE para transferir a la sociedad todo lo que se investiga y se debate en el interior de sus aulas.

Agradezco a la Fundació Caixa Manresa y a CatalunyaCaixa su apoyo y hospitalidad, agradezco a los profesores de ESADE que estén aquí con nosotros, y también a la Cátedra Liderazgos y Gobernanza Democrática de ESADE que haya organizado una vez más esta jornada, y os agradezco especialmente la presencia a todos. Año tras año, vuestra fidelidad ha convertido Sant Benet en todo un referente del debate social del país.

Muchas gracias.

Adolf Todó

Bona tarda a tots. Volver a casa en tiempos convulsos siempre es reconfortante, y en Sant Benet y en ESADE me siento, efectivamente, como en casa. Soy muy feliz de estar hoy aquí, y soy muy feliz también de que ESADE continúe apostando por este marco inigualable para organizar esta jornada.

Los tiempos que vivimos son poco amables, como suele decir el profesor Longo. Son malos tiempos para la lírica, pero la reflexión es hoy muy necesaria, y espero que esta reunión nos sirva para convencernos de que más allá de ella, ahora es más que nunca el momento de la acción.

El año pasado, justo en la inauguración de esta jornada, yo insistía en que ésta debería tender menos hacia el think tank y cada vez más hacia el action tank. Creo que si el año pasado esto parecía cierto, hoy lo es sin duda alguna. El tiempo y las excusas se están terminando. Es tiempo de acción decidida, de compromiso firme, de audacia para hacer lo que sabemos que debemos hacer.

Gracias a todos por estar aquí en Sant Benet. Como sabéis, es vuestra casa.

Moltes gràcies.

Jordi Pujol

Señoras y señores, entremos en materia. Vamos a discutir sobre el nuevo ciclo político en Europa, en España y en Cataluña, es decir, sobre los tres a la vez. La crisis se produce de forma global y además muy apretada en el tiempo. Voy a citar unas fechas que nos permitirán visualizar el inicio de esta crisis.

El historiador catalán Joan B. Culla, en una conferencia aplicada a Cataluña que vale para España, para Europa y para el mundo occidental, afirmaba que la primera década del siglo XXI fue “la década de las decepciones”. En el caso concreto de Cataluña pienso que esta frase es de buena aplicación, como lo es también para los casos español y europeo. Por ejemplo, el 11 de septiembre del 2001: a partir del atentado a las Torres Gemelas en Estados Unidos hay un cambio radical en el mundo. Tiene una repercusión general y conlleva cambios negativos en lo militar, en lo político, en lo económico etc. Sobre todo en el mundo occidental. En palabras de Javier Solana, a partir de este momento se acentúa el proceso de desoccidentalización de los valores.

Mencionaré una segunda fecha, ésta de hace exactamente tres años. Recuerdo que yo hablaba desde este mismo micrófono cuando Josep Oliu, que estaba sentado unas sillas a mi derecha, me pasó una nota que decía: “El Congreso de los Estados Unidos acaba de rechazar la iniciativa de plan de choque que había propuesto la Administración Bush”. Fue un estupor, porque nosotros pensábamos que el plan se iba a aprobar. Y efectivamente se aprobó: al cabo de dos o tres días y tras pequeños cambios más bien cosméticos, finalmente una parte de los congresistas lo acabó votando.



La tercera fecha es la de la caída de Lehman Brothers, que hizo muy evidente la crisis económico-financiera. Es obvio que la crisis ya existía, pero o no lo habíamos advertido o nos empeñábamos en no querer reconocerlo.

Después hubo la propuesta de Gordon Brown para salvar el sistema financiero, que más o menos funcionó, pero que, cual enfermedad crónica, volvió a agravarse poco a poco. En Europa, poco a poco vimos que los mecanismos no respondían, empezó a aparecer el fantasma de Grecia y todavía estamos en ello. De hecho, hoy en día nos preguntamos si el Euro se va a salvar o no se va a salvar, si la Unión Europea se va a mantener o se va a descomponer. Claro, yo espero que no, muchos esperamos que no, y muchos empiezan a creer que no, pero en todo caso este riesgo en estos momentos existe. Por lo tanto, hay un cambio de ciclo, un nuevo ciclo en el mundo y hay un nuevo ciclo en Europa.

También hay un nuevo ciclo en España, y aunque quizás resulte un poco aleatoria, también tiene fecha. En España había motivos para la inquietud. Es probable que si en el año 2008 no hubiera habido elecciones, habría cundido más la impresión de que íbamos por mal camino. Pero había que mantener la ilusión. A la gente le gustaba que le dijese que todo iba bien, que todo iría bien.

No pasó como en 1982, cuando el Partido Socialista dijo que haría maravillas - y no las hizo, claro (pero tuvo mérito que después de ganar las elecciones Boyer dijera: “No es verdad, no haremos maravillas”). España era la “ciudad alegre y confiada”, como decía Benavente; venía de un movimiento de ascensión desde 1960, truncado solo en 1975 y ascendente hasta el año 2000. En el 2000 parece que todo sigue bien, pero en realidad empezamos la década de las decepciones. En este sentido, hay que recordar la fecha de mayo del 2010, es decir, la



fecha en que se acabó fingir que no pasaba nada. Zapatero atendió las demandas de reforma que de forma más o menos privada le hicieron distintos líderes internacionales. Yo conozco alguna interioridad del mayo del 2010, pero quien las conoce todas es Almunia, ¿o no?

Joaquín Almunia

Bueno, no todas, unas cuantas.

Jordi Pujol

Sea como fuere, España ha entrado en una gran crisis económica, social e institucional. Los partidos políticos están enormemente desprestigiados y si los partidos están desprestigiados, poco o mucho lo está la democracia y sus instituciones cen-

trales: el Congreso, el Senado, la Administración de Justicia empezando por el Tribunal Constitucional, la organización territorial del Estado, etc. Las autonomías, según parece, también son motivo de una reflexión muy crítica. Por lo tanto, España también está en una situación de nuevo ciclo.

Y finalmente (y me excuso ante Àngel Castiñeira, que me ha dado órdenes precisas y tajantes de no exceder los tres minutos), en Cataluña también estamos ante un nuevo ciclo, y este se presenta difícil. Tenemos problemas internos graves que compartimos con otras sociedades: de tipo económico, social, político, etc. Pero tenemos uno que sí es específicamente nuestro: la financiación de Cataluña, de las instituciones catalanas. Con un añadido muy grave: la crisis en las relaciones entre Cataluña y España. El libro de Felipe González y Miquel Roca *¿Aún podemos entendernos?* plantea una pregunta que remite a la idea que algo va mal. Vie-

nen a decir que en estas relaciones algo se ha roto, y eso no es una cuestión baladí. El libro constata que “se acabó la confianza.” Muchos de nosotros ya no confiamos. Personalmente, por ejemplo, ya no confío. Y que conste que yo, durante sesenta y cinco años de mi vida he dedicado mi acción pública a defender el entendimiento con España dentro de una relación basada en la confianza mutua. Y bueno, se acabó la mía, pero seguramente también se acabó la de otros.

El cambio se venía fraguando desde hacía tres o cuatro años. Hubo algunos errores, aunque no de una sola parte. Los catalanes, como los españoles, también cometimos nuestros errores, alguno de ellos considerables. Por parte española los errores tienen una fecha: la de la sentencia del Tribunal Constitucional. A partir de ahí algo se ha roto, y desde el punto de vista catalán el problema pasa a ser si hay que aceptar o no lo que algunos hemos llamado la voluntad de residualización de Cataluña, es decir, de convertir Cataluña en algo insignificante, lo que equivaldría a su desaparición. La política de afirmación y reconocimiento de Cataluña, la política de autogobierno en el marco de una España plural que viese con buenos ojos y aceptase dicho autogobierno ha fracasado. El entendimiento hubiera propiciado un compromiso de Cataluña para con la construcción de una España de progreso económico, social y democrático con reconocimiento de las nacionalidades. En todo esto algunos pusimos mucha ilusión, y da la impresión de que todo esto, a día de hoy, no funciona.

Los elementos que he mencionado forman parte del nuevo ciclo y plantean cuestiones clave. ¿Nuestro sistema económico se puede mantener? ¿La relación entre Cataluña y España, en qué términos queda?



PONENCIAS INAUGURALES

Àngel Castiñeira

Buenas tardes. Dejarme dar cinco instrucciones o caracterizaciones de la jornada que hoy empezamos y que durará hasta mañana al mediodía.

En primer lugar quiero daros a todos la bienvenida, estáis en vuestra casa. En segundo lugar quiero dar la bienvenida de forma especial a personas que han hecho un hueco en sus agendas para estar con nosotros. Al *president* Artur Mas: *president*, gracias por acompañarnos. También, evidentemente, a Joaquín Almunia y a los *consellers* que nos acompañan: al *conseller* Puig, al *conseller* Mena y al *conseller* Mas-Colell.

Un comentario brevísimo. Organizar este tipo de jornadas es complicado. Pero ésta ha sido la más complicada, tanto por el momento económico, empresarial y financiero como por el momento político. Estamos a las puertas de unas elecciones, y este hecho nos ha obligado a confeccionar hasta dieciocho versiones distintas del programa. A aquellos que finalmente habéis podido manteneros fieles a la cita, os agradecemos muchísimo que estéis aquí.

La sesión de hoy casi puede dar para un estudio de enciclopedia ilustrada sobre el mundo, Europa, España y Cataluña. Nuestra intención es presentar tres enfoques con tres sensibilidades y tres circunstancias distintas: la circunstancia catalana, la española la europea, que son distintas y a la vez tienen muchos elementos en común.

Al final de la jornada tendremos una foto fija presentada por cada uno de los ponentes y un juego de miradas gracias al coloquio con el resto de asistentes. Habrá elementos en común, pero también criterios de preferencia y estrategias distintas.

Como mañana por la mañana, cuando nos dediquemos a Cataluña y España, no dispondremos de la presencia del *president* Mas, de Joaquín Al-

munia ni de Antonio Garrigues, os recomiendo que aprovechéis el turno de palabras para interpelarlos, aunque mañana continuemos y profundicemos tanto en la cuestión catalana como en la española.

Una última cuestión referida a la intervención del amigo y director general de CatalunyaCaixa, Adolf Todó. Adolf viene insistiendo, con razón, en que dediquemos la jornada menos al think y más a la acción, a la action tank. Tiene razón. Mañana estará con nosotros un ponente que hoy no nos puede acompañar, Ferrán Requejo, que a veces insiste en que no hay mejor práctica que una buena teoría. No sé si eso es cierto, pero lo que sí que sabemos es que en el campo del liderazgo hoy estamos necesitados de acción y de toma de decisiones importantes. Pero esa acción y esas decisiones tienen que ir acompañadas de una buena visión y de un buen diagnóstico de la realidad.

Lo que nos agrupa aquí no es una pérdida de tiempo. En la primera jornada dijimos de este encuentro que sería una comunidad de aprendizaje. Aunque estemos en un monasterio no solo debemos dedicarnos a la oración o a la reflexión. Los benedictinos hablan de la importancia del ora et labora. Ahora estamos en el momento de la reflexión precisamente para poder cumplir con la petición que nos hace nuestro amigo Adolf Todó de dedicarnos luego a la acción. Si la acción no estuviera orientada por la reflexión, habría activismo pero no liderazgo. Y el liderazgo es el objetivo que nos une.

Nuestro guiño hacia todos aquellos que venís del ámbito de liderazgo empresarial es claro: no es que menospreciemos el momento y la circunstancia de la crisis económica y empresarial, al contrario. Sin embargo, estamos convencidos que solo habrá solución a esa crisis si se toman decisiones importantes desde el ámbito colectivo europeo, español o catalán. Con ese fin vamos a empezar la primera parte, que durará, con las ponencias de los tres invitados, aproximadamente hasta las



siete. A las siete haremos una pequeña pausa, que vendrá bien para podernos saludar entre todos. Y con puntualidad... iba a decir luterana o protestante, pero seré prudente... con cierta puntualidad intentaremos aprovechar las dos horas, hasta las nueve y media, para debatir entre todos.

Por tanto, una vez más, muchísimas gracias por vuestra asistencia y bienvenidos a la sexta jornada de sant Benet. Espero que sea una jornada fructífera.

Joaquín Almunia

Moltes gràcies. Molt honorable president de la Generalitat, honorables consellers, secretario de Estado, president Pujol, amigas y amigos. Sin duda, lo que me corresponde en primer lugar es agradecer muy sinceramente a todas las institu-

ciones y personas que tienen que ver con la organización de este encuentro que me hayan invitado, el que me permitan estar aquí, no solo para dirigirles la palabra sino también para participar en el debate posterior que se dará a lo largo de todo el día de hoy. Dicho debate parece extraordinariamente interesante, dados los temas, la audiencia y las personas reunidas alrededor de esta mesa. Y me parece extraordinariamente oportuno por razones que no voy a repetir, pero que sin duda son razones que nos ayudan a coincidir, antes de empezar el debate, en esa noción de cambio de ciclo. Porque estamos en un cambio de ciclo, rápido y profundo, que nos exige a todos tener la mirada y el oído muy atentos a lo que está pasando y nuestras capacidades intelectuales y políticas al servicio de la interpretación de los hechos, de la interpretación de los cambios y de la formulación, cada uno desde su área de responsabilidad, de las respuestas que son necesarias.

Yo les voy a expresar mi opinión personal. No represento a una institución europea. No voy a explicar ni voy a presentar una opinión formalmente respaldada por la Comisión Europea. Sin duda soy miembro de la Comisión hace más de siete años y medio, y no voy a disentir de su línea, pero no todo lo que voy a decir está formalmente respaldado por la Comisión Europea y, por supuesto, no voy a representar en este acto a mi partido, aunque muchas de mis opiniones tienen que ver con mis convicciones, por supuesto. Para hablar de los retos de la Unión Europea me quiero remontar, aunque solo sea un par de minutos, a los retos que teníamos antes de la crisis, antes de 2007. Había ya indicios de que la situación de algunas economías no auguraba un futuro muy apacible. Recuerdo discusiones en el 2005, 2006 hasta el verano de 2007 en las que hablábamos y discutíamos, y en tanto que europeos discutíamos con preocupación, acerca de la manera en que la Unión Europea y cada uno de los países europeos teníamos que dar respuestas positivas a la globalización, que a todas luces se estaba acelerando, con muchos aspectos positivos pero también con sombras y con riesgos evidentes.

Discutíamos y tomábamos decisiones para avanzar hacia una acción exterior europea mucho más cohesionada. Para articular una política exterior y de seguridad común, Javier Solana recibió un mandato y lo fue cumpliendo con extraordinariabrilantez.

Discutíamos, antes de la crisis (quizás no como prioridad número uno, pero sí como una de nuestras preocupaciones), acerca de la necesidad de reorientar nuestras políticas energéticas para hacerlas consistentes con la lucha contra el cambio climático.

Discutíamos, por supuesto, la manera de mantener o incluso reforzar los elementos de cohesión de nuestras sociedades ante el envejecimiento de

la población. Las proyecciones demográficas eran bastante explícitas en cuanto al tamaño del desafío que se nos plantea a todos si queremos garantizar los sistemas de protección social y nuestras políticas de bienestar. Nuestra sociedad padece importantes desajustes en la estructura de edades y solo será capaz de compensarlos parcialmente a través de flujos de inmigración que en muchos de nuestros países no están siendo convenientemente absorbidos e integrados. Mantener la cohesión social y el modelo social europeo era y es una prioridad.

Por lo tanto, antes de la crisis había retos enormes y la Unión Europea los debatía en muchas esferas y en muchos ámbitos: en las instituciones europeas, entre los líderes europeos, en los think tanks europeos, desde los partidos políticos. Pero la discusión oficial, nuestro debate oficial no era éste. Nuestro debate oficial era la reforma de las instituciones. Desde la entrada en vigor del Tratado de Maastricht en los años 1992-93, en la Unión Europea se tuvo la sensación de que aquel tratado, por muy importante que fuera, no era suficiente porque solo abordaba parte de nuestras necesidades en materia de adaptación institucional. Hubo un nuevo Tratado, el de Amsterdam; pocos se acordarán de lo que añadió. Para reforzar la memoria puedo decirles que el tercer pilar, relativo a las políticas de justicia y de asuntos interiores (en definitiva, el espacio de libertad, seguridad y justicia) nace allí. Pero no era un paso a la altura de lo que se había pedido a quienes lo redactaron. Después vino el desgraciado Tratado de Niza, que pretendía preparar a la Unión Europea para la ampliación y que, a su vez, no fue ni si quiera capaz de aprobar soluciones parciales.

Después de todas aquellas tentativas de resolver algunos de los desafíos y de las urgencias por la vía institucional, se convocó una convención con mucha ambición política. No voy a extenderme en lo que pasó porque esto sí lo recordamos todos: aquella convención generó un proyecto de tratado constitucional que fue rechazado en referén-



dum por Francia y por Holanda en la primavera de 2005, hace seis años y medio, lo que generó una nueva crisis.

Al cabo de cierto tiempo, en el Tratado de Lisboa se pudo recomponer parte de lo que había saltado en pedazos con el resultado negativo de los referéndums, pero no el espíritu que animaba la convención ni la dimensión constituyente del tratado. Y cuando llegó la crisis nos dimos cuenta de que todos los esfuerzos en materia institucional, concretados en revisiones parciales de los tratados, no habían llegado a cambiar más que algunas pocas palabras de lo que en Maastricht se había definido como el entramado constituyente de la Unión Económica y Monetaria (UEM) y de la moneda única. Con la crisis nos estamos dando cuenta de que Maastricht (que se empezó a negociar a finales

de los ochenta y fue ratificado y entró en vigor a principios de los noventa) no aporta los elementos suficientes para que la UEM pueda hacer frente a la situación actual.

Dicho en pocas palabras, eso se puede considerar una década perdida de debates institucionales. Estos debates no han ido al fondo de los desafíos de la Unión Europea, con el agravante de que los desafíos ya existían antes de la crisis. Luego, desde el año 2007-2008 la superposición de varias crisis (recesión, niveles de desempleo crecientes, ajustes en las economías, necesidad de reformas y consolidación del sistema financiero, y crisis de la deuda pública) no ha hecho más que agudizar la necesidad de solventar los retos no atendidos.

De este modo, nuestras urgencias más apremiantes son 1) superar la crisis económica, empezando



do por la crisis de la deuda pública; 2) reforzar la UEM, para que la superación no sea de nuevo una solución parcial sino una superación que nos permita mirar hacia el futuro con más confianza y seguridad; y 3) la transformación de la UEM para fomentar y garantizar el crecimiento económico en el mundo global del siglo XXI.

Decirlo es muy fácil, pero escribirlo, ponerlo negro sobre blanco, es extraordinariamente complicado. Porque las complicaciones políticas de completar la UEM son enormes. La resistencia al cambio, a las reformas, al avance en la integración europea, a la puesta en común de esfuerzos y de reputaciones financieras, que son necesarias para salir adelante de manera sostenible, se encuentra en los votantes, en los líderes políticos, en los gobiernos. Los gobiernos tienen un margen de maniobra mucho más reducido que el que se tiene en una situación digamos convencional, porque a medida que pasa el tiempo

la crisis los debilita, y los electores los van haciendo caer uno tras otro cual piezas de dominó.

Por lo tanto, es muy difícil y a la vez es imprescindible y urgente afrontar la crisis de la UEM, pero no con decisiones de corto plazo, no con fórmulas parciales y separadas unas de otras, sino mediante una respuesta política global, consistente y coherente. Estamos en momentos decisivos para el futuro de la UEM, que es lo mismo que decir para el futuro de la integración europea.

La integración europea fue concebible, en su origen, sin una unión económica y monetaria. Desde la posguerra, desde la segunda mitad de los cuarenta, de las primeras ideas ambiciosas del proceso de integración europea (del movimiento europeo, de los Estados Unidos de Europa, del Congreso de La Haya, etcétera) se pasó a una época mucho más pragmática que actuaba esca-

mada por algún traspás serio como el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa a principios de los cincuenta. En consecuencia, se empezó un proceso de integración paulatina a partir del carbón y del acero. En fin, no voy a repetir una historia sabida por todos. La UEM estaba allí como proyecto a realizar con fecha de finales de los sesenta. Pero se volvió a aparcar el proyecto y volvió a aparecer a mediados de los ochenta, cuando las exigencias y necesidades del mercado interior llevaron a repescarlo. Ahora bien, la UEM que se creó ha quedado en evidencia en esta crisis, no por lo que es (es extraordinariamente positivo lo que se ha conseguido), sino por lo que todavía no es.

¿Y qué se hace cuando se llega a esa conclusión? Hay que hablar de Grecia. Porque Grecia ha sido el detonante de esta crisis de la UEM, y no solo por trucos estadísticos, como se suele decir; (que los ha habido, y soy testigo de ello casi en primera línea). Cuando estalla el problema griego, que es cuando el gobierno Papandreu sustituye al gobierno Karamanlis, no se trata solo de un problema estadístico. No es solo la ocultación de una parte del desajuste presupuestario. El problema griego es un problema estadístico añadido a una gestión presupuestaria desastrosa en el año 2009. Ésta convierte el problema estadístico original en un desajuste de gran magnitud, capaz no digo de poner en riesgo la UEM, pero sí de ponerla en una zozobra seria a la que hay que dar respuesta urgente.

El presupuesto griego empezó con un déficit en otoño de 2008. La primera propuesta del Gobierno griego fue del 1,8% de déficit; faltaba un año para las elecciones griegas. En enero del 2009, cuando faltaban nueve meses para las elecciones, el déficit era del 3,7%. En abril, cuando faltaban seis meses para las elecciones, el déficit era superior al 5%. Y en julio, cuando faltaban tres meses para las elecciones, la Comisión Europea informó a los ministros del Eurogrupo que, de no adop-

tarse medidas antes de las elecciones (medidas muy urgentes), el déficit sería superior al 10%. En noviembre, cuando el Gobierno Papandreu abrió los libros y los cajones e hizo las primeras cuentas, el déficit estaba en el 13% y acabó siendo del 15%. Esto no es un problema estadístico, esto es un descontrol absoluto.

¿Cómo ha sido posible eso en la UEM? Esa es la pregunta que todo el mundo se hace ahora. ¿Cómo fue posible? Pues fue posible porque la UEM no tenía instrumentos para hacer que fuese imposible. Si en estas condiciones se acercan unas elecciones y el ministro correspondiente habla con sus colegas, que también se acuerdan de lo complicado que es afrontar un proceso electoral (y más en época de crisis), pues los mecanismos de convencimiento por la buenas, de métodos suaves de coordinación, de mejores prácticas, de benchmarking y toda esta jerga que la Unión Europea ha estado utilizando desde la estrategia de Lisboa hasta el año 2010, caen por su base. Nos encontramos, pues, con que el control de la evolución de las cuentas públicas, del déficit público, de la deuda pública de todos y cada uno de los miembros de la Unión era y es imprescindible en la UEM y no se estaba haciendo correctamente. Grecia había violado las reglas del juego, pero antes de Grecia también las habían violado otros. Y entre estos otros, los casos más señalados fueron, en noviembre del 2003, Alemania y Francia, que ahora tratan de liderar la solución a los problemas de la UEM. En 2003 ellos rompieron con el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, creando una crisis muy fuerte.

Ahora Grecia se encuentra con que tiene que afrontar reformas durísimas. Las primeras eran suaves. El segundo paquete de reformas del Gobierno Papandreu era algo más fuerte. El tercer paquete fue aún más fuerte, pero los acontecimientos y los desajustes ya van por delante de las reformas que se anuncian, sobre todo si las reformas que se anuncian no se implementan inmediatamente y con todas las consecuencias.



Y ahora estamos con el siguiente paquete griego de reformas. Y la troika (es decir, la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional) ha anunciado que no va a viajar en el día de hoy a Atenas para negociar la posibilidad de autorizar el siguiente pago a Grecia, que es imprescindible para evitar su suspensión de pagos. Dicen que no pueden ir hoy porque las medidas anunciadas la semana pasada por el Gobierno todavía no están escritas y aprobadas formalmente, lo que impide negociarlas y discutir las seriamente.

Espero que viajen pronto. Espero que Grecia negocie con la troika y que lleguen a un acuerdo. Espero que la semana que viene, el día 3 y el día 4 de octubre, aprueben el siguiente pago a Grecia. Espero que eso permita eliminar obstáculos que existen en al menos cuatro parlamentos de la zona euro para ratificar, apoyar y votar sin reticencias y sin recelos lo que los jefes de Estado y de Gobierno de la zona euro acor-

daron el 21 de julio. Espero que eso permita que el próximo Consejo Europeo de octubre pueda reunirse sin tener de nuevo el caso griego como una espada de Damocles. Espero que en octubre el caso griego ya se haya relajado y que el fondo de 440.000 millones se pueda utilizar tal y como se acordó en julio. Espero que eso permita al presidente del Consejo Europeo, Herman Van Rompuy, presentar sus propuestas de reforma de la UEM en un clima más sosegado que el de estos días, y que dicha reforma permita una gobernanza más seria, más ambiciosa, más creíble. Y si todo eso se consigue, espero que eso permita remansar algo la marejada que estamos viviendo desde hace meses, con olas que van alcanzando alturas extraordinariamente preocupantes.

Quiero hacer un comentario optimista: no conozco a nadie con responsabilidad política en la Unión Europea que esté seriamente a favor de un *default*, de un impago desordenado de Grecia. Nadie lo quiere.



Creo que se hará todo lo posible por evitar el impago desordenado, que sería tremendo. Sí conozco y leo voces que prefieren que los griegos estén fuera del euro y de la UEM, pero no tienen responsabilidad suficiente en la UE como para ser escuchadas. Y esa es la razón de mi optimismo. Por tanto, mi optimismo no tiene una demostración completa, pero tengo la convicción de que no se pondrá en juego la UEM ni la integración europea. Ahora bien, ¿cómo se va a salir de esta situación? Grecia es el punto número uno, el capítulo número uno de la lista de cosas a hacer. Si por la razón que sea Grecia no puede asumir los compromisos que ha anunciado como propios y no es capaz de aplicarlos, vamos a pasarlo muy mal, no solo los griegos sino todos.

Así pues, confío en que (en el último momento, si hace falta) la oposición griega estará a favor. Hasta ahora no lo ha estado. Hubo un momento, en la primavera, en que estuvimos al borde del desastre

porque el voto en el Parlamento griego estaba muy ajustado. Pero creo que Grecia va a cumplir con los compromisos que ha asumido y con las medidas que ha anunciado. Va a pactar con la troika y espero que se cumplan los calendarios.

El segundo paso es que los 440.000 millones del Fondo Europeo de Estabilidad Financiera, que se acordaron hace ya más de un año y que están topando con dificultades, lleguen adonde deben llegar. Hay algunos obstáculos, pero son puramente políticos y notécnicos (está el Parlamento finlandés, el eslovaco, etc) y se deben superar.

Espero que la confianza se recupere gracias a estos dos pasos, Grecia y el fondo, y que esto aminore los riesgos de contagio a otras economías de la zona euro. Hay dos economías que están directamente expuestas al riesgo de contagio, Portugal e Irlanda, que también están bajo programa. Y hay otras



economías (entre otras, la española, la italiana, la belga y la francesa) que no están vacunadas contra el riesgo de contagio. Espero que la calma permita a los líderes políticos hablar con claridad y convencer a los votantes. Hasta ahora ha habido mensajes políticos que en vez de convencer a los votantes, lo que han hecho ha sido exacerbar aquellos sectores de la opinión pública que no quieren avanzar en la UEM. Los británicos, los americanos y los chinos nos invitan cada vez con más fuerza y casi nos presionan para que avancemos en la integración. Y somos los europeos los que decimos: “Es que tenemos dificultades entre nosotros”. Es una situación que no tiene explicación posible. Creo que es una cuestión de liderazgo. Y este es condición necesaria para que la UEM avance por donde tiene que avanzar.

Resumiendo, la UEM tiene que avanzar hacia una unión fiscal. En términos un poco brutales, hace falta transferir soberanía para compartirla más

arriba. Como ya hicimos con la moneda y otros aspectos de la Unión Europea, hace falta transferir aspectos que tradicionalmente (desde la Paz de Westfalia) formaban parte de la soberanía nacional.

Hace falta un tesoro único, lo que en el debate público se conoce ahora como eurobonos. Pero no se tendrá hasta que no se hayan puesto las condiciones para que la disciplina en la corrección de desequilibrios sea creíble y constatable. Y para ello hace falta más poder en la zona euro y menos margen de maniobra en cada uno de los países para escapar de sus recomendaciones. Una vez eso se dé, el Tesoro Único será una realidad. Hace falta una coordinación más efectiva de políticas que no son monetarias y que ya están transferidas al Banco Central Europeo. Y hay que centralizar las políticas fiscales. Me atrevo a utilizar esta palabra porque es así. No se trata solo de coordinar mejor la recomposición o la reparación del sistema

financiero. Hace falta coordinar la corrección de los desequilibrios que no son de naturaleza fiscal. Coordinar qué tiene que hacer cada país para tener una balanza de pagos por cuenta corriente compatible con un *policy mix* a escala de la UEM que nos permita financiar actividad y crecer. En una serie de países, eso quiere decir que tienen que estar dispuestos a comprometerse ante sus colegas a hacer reformas estructurales que no forman parte de la lista de competencias transferidas a Bruselas. Pero habrá que hacerlas para no tener un déficit por cuenta corriente endémico, como es el caso todavía en una serie de países.

Y hace falta, también, que los países con superávit (es decir, Alemania y sus compañeros alrededor de la antigua zona marco) estén dispuestos a contribuir con la condición suficiente. Es decir: si los demás se ajustan, un país con superávit tiene que contribuir a que la zona euro crezca y tenga un nivel de demanda agregada que le permita mejorar el potencial de crecimiento. Si la zona euro, si el corazón de la integración europea no ofrece condiciones para que las economías europeas puedan crecer en un nivel similar a su potencial; si la zona euro lo que ofrece es un nivel subóptimo, con una demanda agregada permanentemente por debajo de la necesaria para financiar actividad económica, eso políticamente va a crear problemas. Problemas que no son los de hoy, pero lo serán a futuro.

Así veo yo la situación actual. He partido de los problemas de estos días, pero he intentado ir más allá, ofreciendo una visión más estratégica que exige decisiones políticas de envergadura. No se pueden tomar a la vez, no todas son decisiones que haya que tomar de hoy para mañana. Pero sin tener una visión de cuáles son las decisiones políticas de envergadura que hay que ir adoptando en los próximos años, es muy difícil que las decisiones parciales vayan en la dirección adecuada y contribuyan a recuperar lo que teníamos al principio de la zona euro: un proyecto con una dosis de ambición, de optimismo y de esperanza que hizo

que muchísima gente quisiese sumarse a la integración europea, con todas sus ventajas y también con sus inconvenientes.

Antonio Garrigues Walker

Lamento la ausencia de Mariano Rajoy, porque habría aportado mucho a este diálogo y a este encuentro. Habría sido bueno escuchar su voz, pero no ha podido venir y hay que lamentarlo. Sin embargo, traigo de él unas palabras que quiero reproducir porque guardan relación con algo de lo que voy a hablar después. Se han publicado hoy mismo: “Debemos restablecer la ejemplaridad en la vida política y prestigiar la vocación de servicio, quiero que cuando se hable de políticos se piense en honradez, respeto al interés general y servicio al bien común. España tendrá en los primeros cien días una ley de transparencia, buen gobierno y acceso a la información pública. Todo el mundo podrá saber en qué se gasta el dinero. Transparencia total”.

Habla de una ley de información pública porque España es el único país europeo, con las excepciones de Malta y de Grecia, que no tiene una ley de información pública. Un ciudadano español no tiene derecho a pedir al ministerio los datos que le parezca oportuno pedir, y me parece que es un tema en el cual deberíamos insistir.

También quería mencionar, porque guarda relación con este tema, que la revista que edita el Centro de Estudios Jordi Pujol, acaba de publicar un número que lleva por título ¿Qué esperamos de los políticos? Hacia una ética política. Son conceptos realmente importantes, interesantes, apasionantes, que guardan relación con los liderazgos, con valores éticos, con valores morales. Recuperaré este tema al final de mi intervención.

Como ya se ha mencionado de alguna forma, en estos momentos hablar de ciclos solamente en Cataluña, España y Europa ya no es suficiente. En un

mundo global hay que hablar de otros, y uno de los ciclos políticos que está cambiando, que puede cambiar de una manera decisiva y que nos puede afectar de manera decisiva, es el de Estados Unidos.

Estados Unidos está viviendo una época especialmente compleja. Los contactos que he tenido con amigos americanos siempre insisten en la misma idea: en Europa tenemos problemas, pero Estados Unidos también está viviendo una época de dificultades enormes. El triunfo del Tea Party en las últimas elecciones de medio término ha complicado la vida política de una manera tremenda. Se han paralizado las tres grandes reformas que tenía en mente Barack Obama: la ley para controlar el sistema financiero, la ley de inmigración y la ley que protegía la seguridad social. Todas ellas están completamente paralizadas. Y se están paralizando muchas otras cosas. Entre ellas, por ejemplo, el déficit americano, que el Tea Party no está dispuesto a permitir que siga aumentando. En lo cual, por cierto, tienen razón, porque nadie sabe por qué el déficit americano tenía que ir escalando en las últimas décadas. Cuando se habla de la decadencia del sistema americano hay que hablar con cierto cuidado. Es cierto que está pasando una época difícil, pero en estos momentos, Estados Unidos, comparativamente, tiene más poder mundial que antes. ¿Por qué? Fundamentalmente, por la debilidad europea. Europa es la que está entrando en un proceso de irrelevancia en el contexto global. En cambio, Estados Unidos mantiene su presencia y su actividad.

Pero sobre todo en el ámbito financiero, lo que Europa tiene que empezar a preguntarse cuanto antes es quién manda aquí, y la respuesta es que aquí mandan los americanos. Tienen los mercados de capitales decisivos, Wall Street y la City; tienen todas las agencias de calificación; y tienen los medios de comunicación decisivos: como el Financial Times diga que España va mal, irá mal, y si dice que va bien, irá bien. Lo mismo con *The Wall Street Journal*. Europa no tiene un mercado de capitales decisivo. Porque considerar que

la City es un mercado europeo sería considerar demasiado. El mundo financiero anglosajón es el que domina el mundo económico, el mundo financiero y los demás mundos, incluso el poder tecnológico. En los últimos años, la revista *Time* ha elegido como hombre del año a chicos de 25 o 27 años: los inventores de Facebook, de Google y este tipo de cosas. Estos que siempre hacen las cosas en un garaje. ¡Yo no sé por qué en España no construimos más garajes y metemos ahí a unos cuantos genios a inventar! En fin, tienen poder tecnológico y tienen poder militar. La gente cree que es una broma, pero el poder militar es una cosa muy seria. Su poder militar es diez o quince veces superior al que tiene Europa en términos reales y en términos prácticos. Por tanto, creer en la decadencia americana es peligroso.

Europa tampoco puede olvidar que para el mundo financiero anglosajón lo primordial es la libra y el dólar. Yo no digo que quieran atacar al euro, no digo que quieran destronar al euro, pero sí que tienen la intención de no permitir que el euro se convierta en moneda decisiva sino en una moneda controlada. Creo que de eso no hay duda.

No lo digo en un sentido dramático, lo digo porque lo veo hablando con ellos. Piensan que esto de Europa es una ficción y que esto del euro es un invento. La verdad es que no tienen pasión por el euro, no la tienen en absoluto. Deberían tenerla, el mundo debería tener respeto por las monedas serias. El mundo debería entenderse con el yen, con el yuan, con el euro y con el dólar, pero en el mundo financiero anglosajón no se tiene respeto por el euro.

El desprestigio que tiene Europa en Estados Unidos, y eso lo he vivido últimamente en la Universidad de Harvard, es creciente. Pero al mismo tiempo que digo estas cosas, digo otra: Estados Unidos puede echarnos la culpa que quiera, y al señor Geithner le encanta hacerlo, pero lo que no podemos olvidar es que el origen



de todo este jaleo es americano. Es el sistema financiero americano el que, como consecuencia de un proceso de codicia y de corrupción generó una crisis mundial que hemos pagado todos religiosamente. Son las instituciones financieras americanas y fundamentalmente su banca de inversión las que pusieron en peligro todo el sistema económico mundial.

Y lo malo de eso es que no han hecho nada contra los culpables. La impunidad en la que siguen viviendo me sorprende. Creo conocer bien la sociedad americana y creo, sinceramente, que es un país con una profundidad ética tremenda. Pero no hacen nada y no han hecho nada contra esa gente. Se siguen repartiendo los mismos bonos que se repartían antes. En el último año se han repartido unos 24.000 millones de dólares en bonos entre unas dieciséis instituciones financieras. Este año se calcula que la cifra puede

llegar a los 44.000 millones de dólares. Si siguen así, muchos de los temas sobre los que estamos hablando no se podrán arreglar.

Europa tiene que ser consciente de su debilidad en cuanto a su relación con Estados Unidos. Pero también es cierto que en algún momento Estados Unidos tendrá que recuperar la razón. Estados Unidos no puede vivir sin Europa. Europa tiene que ser una pieza decisiva en el orden mundial.

Espero que se pongan de acuerdo pronto, porque al mismo tiempo vemos que en los países emergentes (Brasil, China) se están hinchando burbujas incontrolables. Y digo incontrolables porque si algo hemos aprendido de esta crisis es que las burbujas no son controlables. En España todo el mundo sabía que había una burbuja inmobiliaria, pero no la controlamos. Son proce-



tos autónomos, irreversibles. Una vez ha empezado una burbuja, ya no hay quien la pare. Eso también pasará en Brasil y en China.

Todo esto nos puede llevar, por descontado, a una visión catastrofista del mundo. Yo nunca la he tenido. La humanidad siempre supera las crisis. Todavía no se ha inventado un sistema de alarma a escala mundial que permita detectar la existencia de la burbuja. Lo ideal sería (y están estudiándolo ahora en Harvard) generar un sistema de alarmas que permitiera decirle a un país: "Cuidado, está usted entrando en una burbuja, ¡pare!". Al parecer eso es casi imposible. Al parecer, la humanidad consiste en tener crisis: procesos de crecimiento, parón, procesos de crecimiento, parón, etc. Por lo tanto, será antes o después, será dentro de un año, será dentro de dos años... esta crisis acabará y empezaremos un período de crecimiento.

La humanidad aprende poco de las crisis, pero si de ésta fuéramos a aprender alguna, sería que, primero, sin ética no hay sostenibilidad. Sin ética no hay futuro. Un comportamiento permanentemente malvado, perverso, codicioso no conduce a ningún sitio. Y segundo, que no se puede gastar más de lo que tienes. Hombre, un poco más de lo que tienes sí, porque el déficit es inevitable, pero no se puede gastar cinco o seis veces lo que tienes. Con que la humanidad aprendiera estas dos lecciones, creo que entraríamos en un proceso positivo.

La segunda afirmación que quería hacer es la siguiente. Cuando se habla con la gente en general, todo el mundo se manifiesta confuso, inquieto y lleno de incertidumbres. Un sociólogo catalán dice "el progreso no es otra cosa que un avance hacia la complejidad". Y es verdad. Como decía Ortega, lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa, y eso es exactamente lo que nos

pasa. ¿Cómo vamos a saber lo que nos pasa, en España o en Cataluña, si estamos pendientes de lo que pasa en Estados Unidos, en Brasil y en Europa? ¿Cómo vamos a saber todo lo que nos está pasando?

Decimos: "Necesitamos líderes que tomen decisiones". Pero, ¿quién puede tomar decisiones seguras ahora? Berlusconi cambiaba de decisión cada semana y no pasaba absolutamente nada. Merkel, en cuanto pierde elecciones, cambia de decisión. Sarkozy, que acaba de perder el Senado, va a cambiar de posición. Estamos en un mundo donde tal vez lo que hay que hacer es, efectivamente, estar cambiando las decisiones permanentemente, ajustándolas a una situación igualmente cambiante. Como ha dicho hace unos instantes Joaquín Almunia, la troika no ha ido a Grecia y esto va a generar una caída de la bolsa. La caída de las bolsas realmente empieza a

ser algo cómico. Que la bolsa suba tres puntos, baje cuatro o suba de nuevo dos se debe a que alguien, por ejemplo Christine Lagarde, ha hecho un comentario. No podemos seguir así indefinidamente.

Estamos en un mundo (y estoy seguro de que le habrá pasado al *president* Mas y a Joaquín Almunia y al *president* Pujol) en que uno lee lo que ha escrito hace un mes y encuentra que ya no vale. No me refiero a temas fundamentales ni a metafísica. Hablo de economía, de temas técnicos. España, en efecto, va a tener un cambio de ciclo político, como lo ha tenido Cataluña. Yo creo que CiU ha funcionado en este país con una eficacia, con una serenidad y con una elegancia muy especial. Ha sido capaz de pactar con todos los partidos políticos y ha vivido su larga travesía del desierto con una dignidad y con una fuerza tremendas. Al *presi-*



dent Pujol me cuesta mucho reconocerle el derecho a perder la fe en España. Me imagino que no se lo puedo negar, pero me cuesta mucho. Seguro que si lo dice es porque lo siente, pero le agradecería infinitamente que lo repensara en algún momento, porque no creo que eso sea bueno para España. Ni siquiera creo que sea bueno para Cataluña.

Pero en fin, vamos a tener un cambio de ciclo político. Lo lógico es pensar que va a ganar el PP. Nadie sabe cuál va a ser la proporción de esa victoria (mayoría absoluta o no), pero ésta no se pone en duda. Desde el punto de vista económico, técnico e incluso social, la victoria popular puede tener un valor positivo porque los cambios generan un margen de confianza, un margen de posibilidad. Este país tiene que abandonar la radicalización política. La gente cree que la radicalización política es gratuita, que no

pasa nada porque los partidos mayoritarios están radicalizados. Y claro que pasa, y mucho. Si los dos partidos nacionales se hubieran entendido, la profundidad de la crisis hubiera sido menor: de eso no hay duda. No lo han querido hacer. La propia CiU, nunca lo olvidaré, en un momento determinado tuvo que votar a favor de una medida que no le correspondía en absoluto, y lo hizo para salvarnos de una situación profundamente negativa. Los dos partidos mayoritarios, pues, tienen que entender que la radicalización política no puede seguir.

Si el PP gana por mayoría absoluta me imagino que el nacionalismo catalán y el nacionalismo vasco tendrán que repensar su propia estrategia. Pero espero que el Partido Popular se dé cuenta que sin consenso no hay salida, no hay solución. Que el diálogo Cataluña-España no es un diálogo menor sino un tema decisivo. Se ha

puesto de moda decir que no nos entendemos y puede ser verdad, puede que no nos entendamos. Sin embargo, sería tremendamente peligroso que no nos entendiéramos. Si no damos valor a esa idea estamos perdidos.

Hubo una época en que nos entendimos razonablemente bien, y tiene que volver. En España hemos renunciado al diálogo. Nos hemos creído que en democracia se puede vivir sin diálogo, y la democracia, sin diálogo, es la ruina más absoluta. Vengo insistiendo de hace tiempo en que la democracia no consiste en que estemos de acuerdo, sino en convivir en el desacuerdo. Y eso no hay otra manera de hacerlo que dialogando. Hemos roto el diálogo social. No hemos hecho un pacto de Justicia. No hemos hecho un pacto de Educación. Hemos roto el diálogo autonómico. No se pueden romper tantos diálogos y que no pase nada.

Soy de las personas que cree que la situación española no es la más inquietante del mundo. Lo digo sinceramente. Es mejor que la de Grecia, que la de Italia, que la de Portugal, que la de Islandia, que la de Bélgica. Pero si tuviera una convivencia política más civilizada, este país mejoraría.

En mi opinión, los políticos tienen que entender que las crisis se pueden afrontar con factores económicos y técnicos muy importantes (la política monetaria es uno de ellos; la política laboral, otro), pero que al final las crisis tienen un factor psicológico. El factor psicológico es la credibilidad y todos sabemos que de la crisis no se sale porque a uno le den un consejo técnico y burocrático perfecto. Se sale, más bien, porque alguien te da un espaldarazo y te dice: "Tú vas a hacer las cosas bien".

Si la ciudadanía española viera que hay diálogo político y convivencia política, las cosas mejorarían de una manera profunda y sustancial. La

sociedad civil no tiene más remedio que recordar estas cosas a los políticos (y esto que hacemos aquí hoy es un ejercicio de la sociedad civil); lo lograremos o no, pero tenemos que insistir.

Vengo a las reuniones en este monasterio desde el principio. Creo que solo he faltado una vez. Siempre he encontrado aquí un ambiente admirable de diálogo y de búsqueda de soluciones y de consensos. Los ingleses dicen que "A veces los diálogos sirven para clarificar los problemas, y a veces para incrementar el nivel de confusión". Hagamos todo lo posible para no incrementar el nivel de confusión. Que nadie crea que la relación entre Cataluña y España no es recuperable. Lo es. Que nadie crea que los problemas de la justicia española son irrecuperables. Son recuperables. En el momento que vivimos, los políticos no deben ser los únicos responsables. Los empresarios y la sociedad civil también tienen que involucrarse. Hablar de que hay una ola de independentismo en Cataluña y una ola recentralizadora en Madrid puede parecer divertido, pero son muy fuertes y provocan una mar arbolada. Y yo no sé si contamos con las personas idóneas para navegar en una mar arbolada. Gracias.

Artur Mas

Molt bé, moltes gràcies, bona tarda a tothom i moltes gràcies també per haver-me convidat en aquesta sessió. Intentaré ser muy sintético en mis opiniones. Escuchando la ponencia del vicepresidente de la Comisión Europea, el señor Joaquín Almunia, en la que nos describía qué está pasando y qué es lo que debería pasar de cara al futuro, yo lo resumiría con un concepto muy gráfico. Joaquín Almunia, como muchos de nosotros, reclama más Europa. Más Europa para estar más protegidos. Esta "más Europa" tal vez se esté produciendo ya, pero de una forma tan exasperadamente lenta que acaba por minar la confianza.



Las palabras del vicepresidente Almunia sobre los próximos acontecimientos con respecto a Grecia me han puesto los pelos de punta porque fijaros en la dicotomía que él mismo establecía: Grecia es un dos por ciento de la economía europea, y este dos por ciento puede hacer tambalear el conjunto de la Unión Europea. Entonces el problema tal vez no sea Grecia. Ya sabemos que Grecia es el problema más urgente, pero tal vez el principal problema no sea ella sino la “menos Europa” que tenemos y que no nos podemos permitir.

Vuelvo a repetir: la secuencia de la exposición era exactamente así. Almunia cree que saldremos adelante, pero él mismo decía: “No puedo asegurar al cien por cien que salgamos de esta”. Os imagináis que en cualquier organización un dos por ciento pudiera poner en riesgo al conjunto de la organización? No sería creíble que

fuera así. Eso quiere decir que el 98 por ciento es muy débil, extremadamente débil. Y eso es responsabilidad de todos los estados miembro.

Desde una óptica catalana debo decir que nosotros también somos responsables de ello, pero debo añadir que como mínimo somos valedores de una idea que llevamos muchos años predicando: nosotros queríamos más Europa. Siempre ha habido alguna oportunidad, siempre, para avanzar en la idea de más Europa y la mayoría de la sociedad catalana ha estado tradicionalmente a favor de este concepto.

Antonio Garrigues hablaba del caso de los Estados Unidos, que él conoce muy bien. ¿Os imagináis que en este momento el problema de los Estados Unidos de América, desde un punto de vista económico o financiero o monetario, fuera Arkansas? No sé si es el dos por ciento de la economía nor-

teamericana, pero seguramente no debe ser mucho más. En todo caso, sería inimaginable que por un problema en Arkansas, los Estados Unidos o el dólar se tambaleasen. Pensad que no hace mucho tiempo quien se tambaleó fue California, lo que equivaldría a que en Europa se tambalease Alemania. Pero la desestabilización de California desde un punto de vista presupuestario, de déficit, de deuda, etcétera, no hizo que Estados Unidos se desestabilizara. Pongo estos ejemplos simplemente para hacer notar la importancia de la unión fiscal reclamada por Joaquín Almunia. Una unión, la fiscal, que implica cesión de soberanía por parte de los estados para la consecución de un tesoro único. Almunia hablaba también de coordinar políticas económicas en el ámbito estructural, y eso sí nos puede afectar desde una óptica catalana y no solo estatal española. Pero en el fondo, insisto, lo que reclama el vicepresidente es más Europa. Y nosotros nos identificamos plenamente con esta demanda, no ahora y porque la situación sea preocupante, sino porque tradicionalmente el catalanismo se ha identificado con este proyecto.

Para ilustrar mejor cómo nos afecta directamente una Europa débil, pondré el ejemplo de la política o, mejor dicho, de la ausencia de política mediterránea en Europa. Tenemos la orilla mediterránea muy cerca y año tras año constatamos hasta qué punto Europa no se toma en serio la política euro-mediterránea, que queda en manos de algunos estados-miembro, aquellos que más y mejor se hagan oír. Y eso nos perjudica a todos los que nos jugamos mucho desde el punto de vista de la dinámica mediterránea. También en este sentido necesitamos más Europa, y más Europa seguramente quiere decir menos de alguna otra cosa. Joaquín Almunia se refería a cesiones de soberanía. Más Europa quiere decir menos Francia, quiere decir menos Alemania y quiere decir menos España.

Se puede plantear de otras formas, si queréis, pero en el fondo estamos hablando de esto. Es-

tamos hablando de que determinadas decisiones que en estos momentos están en manos de los estados deben transferirse hacia instancias más generales, más globales.

Añadiré una última idea para que se entienda que no estamos hablando solo de grandes cuestiones conceptuales. Pondré el caso concreto de las infraestructuras. Hace pocos días viví en Bruselas una jornada intensa: catalanes, valencianos, murcianos, incluso andaluces y baleares fuimos a plantear el tema del Corredor Ferroviario del Mediterráneo. En pocas semanas la Comisión Europea deberá tomar decisiones y luego se deberá pronunciar el Parlamento Europeo. Apunto este caso concreto para señalar que en esta cuestión, Europa también debería mojarse más. No con respecto al corredor, sino con respecto a las infraestructuras que son de interés común europeo.

Gracias a los fondos europeos, que en buena parte quiere decir gracias a recursos de Alemania, España ha podido hacer la red de alta velocidad más moderna y más vasta de toda Europa. Pero a cambio no ha recibido ninguna directriz (no digo ya directiva) respecto a lo más fundamental, que es la unión de las economías europeas desde un punto de vista comercial y logístico. Tenemos aquí al presidente y al expresidente del Port de Barcelona: ellos saben a qué me refiero. No ha habido una visión (y menos una política) sobre cómo conectar la Europa del sur con la Europa del centro y la Europa del norte, hasta el punto de que se producen grandes paradojas: el tráfico que viene de la China o del sureste asiático, el más importante que pasa por el Mediterráneo, pasa por delante de nuestros puertos, cruza el estrecho de Gibraltar y tarda tres días más hasta llegar a Rotterdam, Amberes o Hamburgo, con los costes económicos, medioambientales y de todo tipo que ello conlleva. Y eso ocurre, en gran parte, porque los puertos mediterráneos no están bien conectados con el corazón de Europa y con el norte de Europa. Hay un déficit de concepto



europeo. Y esto vale exactamente igual para las infraestructuras viarias y ferroviarias o las conexiones energéticas. A veces nos encontramos que algunos países, en el ejercicio de su soberanía, se oponen a que cierto tipo de energía pase por su territorio, cuando en realidad a Europa le interesa depender de más de una fuente energética, máxime si una de ellas es rusa. Y sin embargo hay algunos países que, por así decir, cierran las puertas de su casa. Hay un grave déficit en este sentido. Un grave déficit de concepto europeo y, en última instancia, de poder europeo. Europa, que tiene pocos recursos y un presupuesto limitado para actuar, a menudo deja sin resolver asuntos que luego padecemos en el día a día.

Permitidme que, en representación de la Generalitat, dedique los últimos minutos, aunque sean pocos, a la óptica estrictamente catalana y a la relación con el estado español.

El *president* Pujol ha comentado en su introducción una idea que me gustaría recordar. Explica muchas cosas; entre ellas, explica nuestras reticencias y nuestra desconfianza con respecto al proyecto general del Estado.

En mayo de 2010 el conjunto de España pasa por una situación crítica. Se le recomiendan (o se le imponen, como queráis) un conjunto de deberes que, dicho sea de paso, eran muy necesarios, ya que estábamos en la inopia. Permitidme una pequeña licencia y que os hable un momento no como presidente de la Generalitat sino como responsable de una formación política: Convergència i Unió. En aquel momento CiU estaba en la oposición en Cataluña y por supuesto en Madrid. Teníamos mentalidad de gobierno, eso sí, pero es otra cosa. En mayo de 2010 el Gobierno nos planteó que necesitaba contar con nuestro apoyo. Siempre pensamos que el nuestro era un apoyo

más. No era el único, no era el decisivo. No nos podíamos imaginar que el PSOE, que nos había enviado sistemáticamente a la oposición, nos vendría a buscar. Pero lo hicieron. En algún momento de aquella noche de mayo del 2010 incluso llegamos a tener la sensación de que efectivamente éramos los únicos. Tras una reflexión interna, en CiU decidimos aceptar que nuestra posición facilitase una salida a la situación de España. Que España pudiese no solo salvar la cara, sino salvarse del caos total. El caos en España podía tener consecuencias europeas de primerísimo nivel. No hace falta decirlo ni recordarlo.

Lo hicimos, facilitamos las cosas al Gobierno. Cuando preguntamos si había alguien más supimos que no, que el PSOE estaba solo y que CiU era el único partido dispuesto a evitar el caos en España. Un miembro del Gobierno español nos dijo: “Si esto no pasa, la vicepresidenta económica del Gobierno, que tiene mañana una reunión en Bruselas, irá para dimitir, y tras ella dimitirá el Gobierno.” Obviamente, si dimite el Gobierno se convocan elecciones.

Pues bien, nosotros apoyamos al Gobierno, apoyamos a España, estando como estábamos en la oposición. Que cada cual juzgue si lo hicimos bien. Hay quien no lo entendió, quien nos acusa de ingenuos y nos dice que era la ocasión perfecta para cambiar de gobierno. Otros lo entendieron. El caso es que lo hicimos. Quiero recordar que en treinta años no ha habido ni una sola decisión, ni un solo tema de interés general del estado español en el que el catalanismo no haya ayudado. Ni uno, en treinta años. Siempre hemos estado presentes y en mayo de 2010 también.

¿Y cómo acaba la historia? De la siguiente manera: llega el verano de 2011 y se plantea una situación similar, no exactamente igual pero similar. España, deprisa y corriendo, hace una reforma de la Constitución con el único objetivo de dar garantías de estabilidad presupuestaria

en el futuro y así elevar aquello que debería ser una actitud permanente a norma constitucional. Cosa que ya de por sí es bastante discutible, pero no vamos a entrar en esta discusión. En mayo de 2010 contribuimos a salvar los muebles. El verano de 2011 los dos partidos de ámbito estatal se ponen de acuerdo para reformar la Constitución en esta misma materia y ni tan solo tienen a bien llamarnos. Ni nos llaman. ¿Cómo es posible que ni nos llamen a nosotros, los únicos que estuvimos dispuestos a salvar el proyecto general que otros dicen defender más que nadie? ¿Cómo es posible que no nos llamen a quienes hemos defendido durante tantos años la Constitución de 1978? ¿Cómo es posible que ni tan siquiera se nos consulte nuestra opinión al respecto? Entonces, Antonio [Garrigues], llegas a la conclusión, tal vez equivocada, de que existe una cierta soberbia que nos coloca en la posición del que solo tiene que obedecer, y eso, como se puede comprender, cansa.

No sé si estarás de acuerdo, Antonio, pero en un país ordenado esto no cabe, no es posible. Lo que se debe hacer es intentar que todos aquellos que han estado remando a favor no decaigan, que no abandonen la nave. ¿Por qué se ignora a aquellos que han remado en las peores condiciones? ¿Por qué? Creo que hay la mala costumbre de ejercer el poder con soberbia. Nosotros solo tenemos que prestar ayuda. Nada más.

Os describo esta situación porque cuando se habla de confianza y de desconfianza se debe tener en cuenta cuál es la evolución de la política del día a día en España. Y en España, la evolución es esta. He puesto un ejemplo muy evidente y muy reciente, pero hay otros. Podríamos hablar del Estatut o de la sentencia del Tribunal Constitucional. Catalunya ha estado haciendo los deberes durante treinta años, ayudando al conjunto del Estado a salir airoso de las situaciones más complicadas. Y en el momento en que se plantea su autogobierno y su



identidad, España lo único que sabe hacer es pisar sus aspiraciones.

Y esto tiene consecuencias. La evolución de la opinión pública habla por sí sola: el derecho a tener un proyecto propio es una opción que no ha hecho más que aumentar. Es un proyecto que probablemente no tiene por qué dar la espalda al conjunto de España, pero la relación entre Catalunya y España se irá convirtiendo lentamente en una relación solo de intereses.

Intereses comunes habrá siempre y muchos, muchísimos. Pero será una relación solo de intereses. Tal vez ya esté bien que sea así. No será una relación de confianza ni mucho menos afectiva. Para que haya una relación de confianza o afectiva las cosas deberían de plantearse de una forma radicalmente diferente. Y desgraciadamente, este no es el caso.

Si me lo permitís, quisiera hacer una última aportación muy breve. Antonio Garrigues ha dicho una cosa que me ha llamado especialmente la atención de la que deberíamos sacar conclusiones positivas y aprender.

Cuando se refería a los proyectos que nacen y crecen en garajes norteamericanos, decía que necesitamos muchos garajes y yo pensaba que más bien necesitamos mucha gente dispuesta a trabajar en garajes, que es un poco diferente. En este país siempre hemos querido grandes instalaciones para hacer cualquier cosa. Lo primero que se nos ocurre, siempre, es hacer un equipamiento, una instalación. Luego ya veremos cómo lo llenamos de ideas, proyectos y gentes. Ahí tenemos un problema de mentalidad y de actitud.

Yo os hablo de Catalunya, que es lo que más conozco. Aquí hay mucha gente con la actitud co-



recta, arraigada al territorio y haciendo cosas muy interesantes. La visión privilegiada que me da la presidencia de la Generalitat me lleva a ser optimista. Hay mucha gente que está haciendo los deberes y que los está haciendo bien, no tanto en el mundo de las finanzas o de la especulación cuanto en el de la economía real, del que os puedo asegurar que tengo muchos ejemplos, algunos de ellos presentes hoy aquí.

Mi último comentario será sobre el mundo financiero. Quiero poner un ejemplo positivo de una entidad financiera de fuera de Catalunya. Fijaros que con las mismas normas, con el mismo regulador, con el mismo mercado, con las mismas presiones de la burbuja inmobiliaria, etcétera, hay alguna entidad financiera del Estado español (concretamente una caja de ahorros, no un banco) que teniendo su centro en Málaga, epicentro de la construcción levantina, ha hecho

las cosas razonablemente bien. Eso prueba que al final lo que cuenta es la calidad humana, las actitudes en cada organización, en cada institución, comunidad, colectividad, país o unión. Aquí radica, creo, el quid de la cuestión. Si estas jornadas, como decía Adolf Todó, pueden servir para filtrar y transferir al conjunto de nuestra sociedad la necesidad de vivir según actitudes más sanas, positivas y éticas, seguro que no habremos perdido el tiempo.

Moltes gràcies.



COLOQUIO



Àngel Castiñeira

Bien, os recuerdo brevemente el procedimiento. Solo tenéis que pedir la palabra. Os pido, por un lado, brevedad para que pueda intervenir todo el mundo, y por otro que no os demoréis en protocolos ni diplomacias: estamos en un entorno amistoso, amable e informal y queremos concentrarnos en debatir a fondo los temas que nos preocupan. En cuanto a los tres ponentes, el vicepresidente Almunia, el señor Garrigues y el president Artur Mas pueden pedirme la palabra para replicar alguna intervención o simplemente para añadir información y matices al debate. También es tradición que el titular de la Cátedra, el president Jordi Pujol, intervenga cuando lo pida.

Ha pedido la primera palabra Daniel Innerarity.

Daniel Innerarity

Bona tarda. Habéis titulado esta sesión de forma muy audaz, porque se trata nada más y nada menos que de adivinar cuál es el nuevo paradigma que se anuncia tras los cambios trepidantes que están teniendo lugar en la actualidad. La actualidad nos priva de la comodidad a posteriori que en cambio asiste a los historiadores, que dentro de un tiempo podrán dogmatizar acerca de lo que realmente pasó. Mientras tanto, nosotros, ungidos por una cátedra de liderazgo, nos vemos obligados a decir algo razonable en medio de la confusión. Pero, bueno, liderar es esto y nunca se ha visto a un historiador liderando nada.

Como los filósofos con nuestras afirmaciones no corremos grandes riesgos (o no corremos los mismos que las agencias de *rating* o que las previsiones meteorológicas), me atrevo a decir que estamos en-



trando en un período que se podría denominar “la era de los límites”. Se trataría de un periodo caracterizado por la presencia creciente e incómoda de más límites para la acción de gobierno de los que estábamos acostumbrados a encontrar hasta ahora. La política siempre lo ha tenido difícil, pero en otros momentos había, al menos, un conocimiento asegurado; un espacio limitado, pero propio; una legitimidad asegurada; una soberanía respetada. Había un conjunto de elementos que bastaban para sortear las dificultades de gobernar.

Hoy se han formado eso que se suelen llamar los sistemas laterales mundiales. Estos consisten en que grandes sistemas de las sociedades modernas, organizadas por el estado nacional (especialmente la economía, las finanzas, la ciencia, la comunicación, etcétera), han desbordado los márgenes estatales y se articulan ahora en contextos globales. Todavía no disponemos de instrumentos para gobernar esos

sistemas, y su supuesta autorregulación presenta grandes déficits.

También ha ocurrido que aquella primera euforia neokeynesiana, que parecía dar la razón a los socialdemócratas, se ha desvanecido casi completamente. Enseguida hemos comprobado que el estado ya no está en condiciones de adoptar decisiones soberanas. Su dependencia del saber compartido, de la capacidad de decisión compartida, de los recursos financieros compartidos es demasiado grande. Yo sintetizaría este fenómeno en dos grandes limitaciones para la acción de gobierno y para la política en general. En primer lugar hay una limitación en un recurso fundamental de gobierno: el saber. Estamos entrando en una era de mayores incertidumbres. El aumento de la complejidad de los problemas que la política tiene que resolver se traduce fundamentalmente en la disminución de la competencia cognitiva del poder político. Un ejemplo: el caso agudo de la

gobernanza financiera. Creo que la dificultad estriba en el hecho dramático, que no sé cómo van a resolver los especialistas, de que los reguladores han de regular a partir del saber experto que le suministran los regulados. No es un trabalenguas: creo que es la realidad. ¿Y cómo puede mejorar este recurso de gobierno, que es el saber? Probablemente habrá que aprender a gestionar estas limitaciones y a tomar decisiones en contextos de conocimiento incompleto, en entornos de mayor incertidumbre. Creo que tenemos que diseñar nuestras instituciones de manera que reconozcan tanto las posibilidades como las limitaciones del conocimiento humano.

La segunda gran limitación es la limitación del poder en el sentido clásico. Me refiero fundamentalmente a las limitaciones que se siguen de no disponer de una soberanía territorial en el sentido clásico de la palabra. Ahora existen espacios deslimitados y una densa interdependencia. La soberanía, lo decía Joaquín Almunia, es un instrumento ineficaz o poco eficaz. Las fronteras apenas protegen. Los riesgos están mutualizados y entramos en espacios de volatilidad y contagio inquietantes: encadenamientos, contaminación, turbulencias, toxicidad, inestabilidad, fragilidad compartida, afectación universal, etcétera. ¿Cómo se puede mejorar este segundo recurso de gobierno? Creo que se podría sintetizar diciendo “más cooperación y menos competencia”. El poder duro, el poder sin conocimiento y sin persuasión, el poder unilateral, como orden, ya no es un procedimiento apropiado para los procesos sistémicos de elevada complejidad.

Concluyo, entonces: ¿Qué podemos hacer para gobernar sociedades en que se da la paradoja que los problemas carecen de límites, mientras que los instrumentos que tenemos para enfrentarnos a ellos son muy limitados? Es necesario volver a pensar en la tarea fundamental de la política y el estado en la sociedad del conocimiento. Ésta no es otra que la coordinación y la mediación entre unos subsistemas sociales (uno de los cuales es el financiero, pero hay muchos más) tan complejos, tan expertos y tan diná-

micos que excluyen un control estatal autoritario. Se trata de desarrollar una política, un liderazgo político, consistente en observar y regular las condiciones de compatibilidad entre sistemas expertos, en cuyas lógicas hay la tendencia a no tener en cuenta otros sistemas con los que conviven y que, por tanto, tienen efectos autodestructivos.

Creo que este es el gran desafío. Que la política proporcione a esos subsistemas una reflexión que les permita superar la autodestrucción, que les obligue a tener en consideración que viven en un entorno determinado. Por tanto, necesitamos una nueva sabiduría de los límites y una inteligencia específica que nos ayude a entenderlos como una oportunidad para una nueva política. Necesitamos aprender un nuevo lenguaje y desarrollar una inteligencia más compartida.

Joan Majó

Buenas tardes a todos. Yo querría expresar una preocupación que luego detallaré en dos aspectos. Hace tres años que estamos metidos en la crisis. Durante los dos primeros, la gente a menudo preguntaba: “¿Y cuándo saldremos de la crisis?” Yo siempre contestaba lo mismo: “Depende de ti”. Porque de la crisis no nos sacará nadie, de la crisis saldremos todos, es decir, cada uno de nosotros. Cuando concretaba mi respuesta, decía: “No pidáis a los políticos que nos saquen de la crisis, de la crisis hemos de salir nosotros. Tenemos que hacer cosas, incrementar la actividad, volver al crecimiento, reactivar el consumo. Tenemos que hacer toda una serie de cosas que dependen fundamentalmente de los actores económicos.” Se lo decía a empresarios, se lo decía a gente de todo tipo.

En cambio, desde hace un año ya no me atrevo a decir eso. Creo que muchas de las cosas que se intentan hacer no salen. Por problemas estructurales, sean de financiación, sean de regulación, etc. Quiero decir, y esta es mi preocupación, que me parece que en este



momento tienen razón aquellos que dicen que esto ya no es una crisis económica, sino que es una crisis política. Antonio Garrigues ha ubicado este encuentro en la sociedad civil. Yo no me atrevo a hablar como sociedad civil, porque los que hemos hecho de políticos y de sociedad civil estamos en una situación algo confusa, pero sí creo que el papel de la política es cada día más importante en la gestión de la crisis.

Por tanto, todo ello desemboca en el liderazgo. Creo que, desde hace un año, la política pone mucho más énfasis en restablecer los equilibrios que en volver a crecer. A nivel internacional, a nivel europeo, a nivel español y a nivel catalán. Tal vez consigamos restablecer equilibrios, pero pondremos en cuestión el crecimiento por muchos años. Es lo que le está ocurriendo a Obama.

Creo, también, que ha habido falta de liderazgo en un tema muy concreto, el equilibrio entre ingresos y gastos públicos. Por decirlo de una forma carica-

turesca, mientras durante los últimos años se han incrementado los costes de los servicios públicos (en muchos casos por razón de mejora de calidad, de aumento de prestaciones o de extensión del ámbito de prestación), al mismo tiempo han disminuido los ingresos, fundamentalmente por la vía de los impuestos. En muchas de sus actuaciones, el estado se ha ganado que ahora quieran reducir su poder. Ha habido mucha ineficacia. Pero también hay quien lo ha pedido por razones ideológicas, y en ese caso nadie se ha atrevido, nadie ha tenido el coraje, el liderazgo suficiente para negarse. Y sobre todo, y esto es algo que hemos visto en el caso europeo, se pedía el mercado único y el mercado de capitales únicos y los movimientos únicos, etc, sin armonización fiscal. ¿Qué es lo que han conseguido? La armonización fiscal a la baja, es decir, todo el mundo corriendo detrás de aquellos que bajan los impuestos, sobre todo cuando son impuestos a los elementos más móviles, como el capital, mucho más que el trabajo. En el caso español lo hemos vivido en la carrera de las comuni-



dades autónomas por la supresión del impuesto de sucesiones.

Esta reducción de ingresos por la disminución de impuestos ha acabado con una financiación de los servicios públicos por la vía de endeudamiento. Y esto es un círculo vicioso que, lógicamente, ha situado a los gobiernos cada vez más en manos de aquellos que les prestan recursos.

La gran dificultad de la salida de la crisis está en el restablecimiento de los equilibrios. Es imprescindible mantener un mínimo de crecimiento para evitar el desastre. Un informe reciente del FMI, hablando del caso español, decía: “España está haciendo los deberes muy bien en los temas fiscales, pero una de las consecuencias será que se condenará a una generación a no tener trabajo durante diez años.” Me parece que ahí es donde falta en este momento la capacidad y el liderazgo político, y me gustaría saber qué piensa Joaquín Almunia al respecto.

Francesc Santacana

La reflexión que quiero compartir se refiere a dos retos que debemos abordar. El primero es inmediato y muy obvio: debemos solucionar la crisis. Como estamos en crisis debemos tomar medidas muchas veces insatisfactorias, complicadas etc. En el fondo, muchas empresas ya lo han hecho. Las instituciones públicas deberán seguir esa línea. Por otro lado, cuando hablamos de nuevo ciclo nos referimos a algo nuevo con escenarios también nuevos. Tengo la impresión de que el segundo reto que se nos presenta no se ha explicado suficientemente. Joan Majó de alguna manera acaba de referirse a ello. De las palabras que se han dicho hasta el momento, me quedo con dos: confianza y crecimiento. Palabras que no están muy presentes en las hemerotecas de los últimos años. Y sin embargo, sin crecimiento no hay futuro y sin futuro no hay nuevo ciclo, ni institucional ni político.



Tengo la impresión que el reto estriba en rehacer los escenarios post-crisis. De la crisis saldremos en dos o tres años. Pero, ¿qué haremos? ¿Hacia dónde iremos? ¿De dónde sacaremos la fuerza y la confianza? Este discurso es inexistente o muy esporádico.

Si nos referimos a Cataluña, tengo la impresión de que nunca habíamos tenido el potencial que tenemos ahora para construir un país importante, un país capaz de salir de la crisis en mejor estado que cuando entró. Solo hace falta ver nuestras universidades, que no están tan mal; las escuelas de negocios (aquí tenemos un ejemplo importante), plataformas tecnológicas o científicas, aeropuertos, puertos etc. ¿Qué nos falta? Un poco de liderazgo. Liderazgo fuerte, capaz de poner de acuerdo, de alinear los sectores público y privado. Las herramientas para hacerlo ya las tenemos, pero el discurso de la confianza no lo oigo, no lo leo.

La ciudadanía piensa: “de acuerdo, me abrocho el cinturón, tenemos un 20% de paro, el país está mal,

pero dentro de tres, cuatro años mi país tiene posibilidades de volver a crecer, también gracias a mis sacrificios, y eso me permite cambiar de mentalidad y me da cierta confianza para empezar a invertir.” Sin este pensamiento la ciudadanía no se compromete en la salida de la crisis. Al revés, se enfada, y tener a la ciudadanía enfadada no es la mejor forma de salir de una situación de dificultad.

Mi impresión es que uno de los retos, ciertamente, es la salida de la crisis. Pero un reto aún más importante es dilucidar hacia dónde vamos o dónde nos encontraremos cuando hayamos superado este momento.

Carles Sumarroca

Bona tarda. Yo quisiera referirme a un aspecto más concreto. Tiene que ver con el crecimiento. Ha salido varias veces en las intervenciones y es

un tema que cada vez se plantea más a menudo: la cuestión es si el nuevo paradigma en que nos situamos implica un agotamiento de la capacidad de crecimiento y si, por tanto, debemos acostumbrarnos a una situación completamente diferente, más plana. En este sentido, para mí la variable clave es la competitividad, y en ella tenemos un déficit muy notable.

Como hago esta aportación desde una perspectiva estrictamente empresarial, me permitirán que eche la culpa a otros, porque tengo la sensación de que desde el punto de vista de la competitividad las empresas del sector privado hacen sus deberes de forma más o menos rápida. Probablemente porque no tienen más remedio: quien no hace sus deberes desaparece. Pero me temo que la competitividad no puede ser una cuestión exclusiva de las empresas, de la industria, del tejido económico. Cada vez más, la competitividad es algo sistémico.

Casos como el de Grecia, lo comentaba antes el señor Almunia, son ejemplos de lo que no debe pasar. ¿Cómo es posible que una economía que no generaba riqueza sea capaz de gastar tan por encima de sus posibilidades? Eso quiere decir que se han transferido una cantidad enorme de recursos desde otros lugares. La eficiencia del conjunto es crucial: hay que tener sistemas de incentivos correctos, y hay que establecer una correlación mucho más estrecha entre gasto y capacidad de generar riqueza. Todo ello está en la base de la mejora del sistema, de la competitividad, y no solo de las empresas.

Creo que este paradigma se ha derrumbado. O nos damos cuenta de que el sistema debe ser eficiente en su conjunto o será muy difícil que la cosa funcione. En este sentido, me gustaría poner sobre la mesa un debate de mucha actualidad: el del déficit fiscal. Antes se hablaba de la gobernanza económica en términos estructurales. Sin embargo, me parece que eso no debe

confundirse con la igualación, desde el punto de vista de la riqueza, de los distintos territorios. Eso sería un modelo erróneo. Está demostrado que es importante permitir a las zonas dinámicas que lo sigan siendo y que el drenaje de recursos no frene a los motores de la economía. Probablemente la posición actual de Alemania en la UE tenga en cuenta esta idea.

Jaime Malet

Más que una reflexión, querría aprovechar que tenemos al vicepresidente de la Comisión entre nosotros para hacer una pregunta que no sé si me podrá responder pero que creo que es de interés plantear.

Joaquín Almunia nos dibuja un camino tortuoso para el arreglo de los problemas que padece la Unión Europea. Recuerdo que hace unos años, cuando el problema no era Grecia sino los países centroeuropeos, le trasladé la inquietud del consejo de administración de una gran compañía americana, que quería saber si el euro se podía romper. Creo que era en mayo de 2009. La respuesta en aquel momento fue muy clara: no. Y así se lo trasladé a los americanos. Han pasado tres años y los americanos se siguen haciendo la misma pregunta.

Hemos hablado de California versus Alemania y de Arizona versus Grecia. Déficit público, falta de competitividad, desempleo. ¿Cómo se arregla eso en los Estados Unidos? Pues mediante transferencias fiscales (aquí no se pueden hacer por falta de liderazgo y por falta de accountability, es decir, por falta de responsabilidad directa ante los votantes) y con migraciones internas. Si un estado de Estados Unidos va mal y otro va bien, la gente se va del primero al segundo de un día para otro. En Europa esto es muy difícil por la falta de unidad cultural e idiomática.

Joaquín Almunia ha invitado a Grecia a asumir recortes importantes en su modelo social para dar seguridad a la troika, al Consejo Europeo y



a los mercados. Eso tendría que desbloquear la facility de 440.000 millones y, finalmente, la presidencia europea debería establecer un plan de cesión de soberanía que lleve a los bonos europeos, a un tesoro común. Eso se tiene que aprobar en cada país, en cada estado soberano, y todo eso no se va a hacer de un día para otro. Mientras tanto, ¿qué va a pasar con los mercados? Los mercados no son solamente fondos especulativos. También hay muchas personas que se mueven por dos sentimientos muy humanos que son la codicia y el miedo. Y no se van a quedar tranquilos.

Por ello, siento ser pájaro de malagüero y hacer la siguiente pregunta: ¿cuál es el plan B?

Carlos Losada

Mi intervención tiene bastante que ver con la que hacía ahora Jaime Malet. Tengo dos preguntas,

una para el vicepresidente Almunia y otra para el *Molt Honorable President de la Generalitat*.

Muchas veces me pregunto qué ocurriría si hubiera una quita, evidentemente ordenada. Por lo visto nadie se la quiere plantear. Joaquín Almunia decía que sería un desastre. Yo solo he leído un pequeño informe que decía que a Grecia, salir del euro podía conllevarle una pérdida (me pareció exagerado) de entre el 30 y el 50 por ciento de su PIB. Y a Europa también podría provocarle una caída muy significativa del PIB continental.

Yo soy de los que creo que, desgraciadamente, se va a tener que hacer una quita. Me encantaría, lo digo con el corazón en la mano, que el plan que propone el vicepresidente Almunia saliera bien. Pero creo que es muy probable que tenga que haber una quita ordenada. ¿Cuál sería el escenario subsiguiente?



Y si finalmente tenemos la suerte de no llegar al escenario B o a otro incluso peor, ¿hay alguna manera de salvar a Grecia sin generar un cierto riesgo moral, sin incentivar un sistema que al final incluso puede estallarnos en la mano? Transferir tanto dinero a Grecia a través de los bancos, que acaban cobrándolo todo a un tipo de interés del siete u ocho por ciento obteniendo el dinero del Banco Central Europeo a un tipo de interés bajísimo, es un procedimiento que puede poner en tela de juicio el propio rescate.

Tengo otra pregunta para el *president*. Como no tendré ocasión de verle en mucho tiempo, aprovecho el momento para decirle que entiendo su desconfianza. Una desconfianza que se remonta a tantos años y tantas anécdotas vividas cuando usted y yo trabajábamos en la Generalitat. La entiendo, la comparto. Ahora bien, a mi eso no me lleva a postularme como radicalmente soberanista o hasta independentista. Yo no lo soy por motivos afectivos,

culturales, por convicciones sociológicas, sociales, económicas, etcétera. Y creo que el coste social de una ruptura... Ya lo sé, ahora no se plantea, “ara no toca”. Pero insisto: el coste de dividir una sociedad, simplemente planteando la pregunta en términos de sí o no es durísimo y genera un agudo problema de convivencia. Ante este peligro, ante este coste tan alto, ¿no estaría bien reconsiderar su postura? La situación, efectivamente, da argumentos morales sólidos para pedir el concierto y para pedir muchas otras cosas. Decisiones de blanco o negro crean entornos sociales tremendamente delicados y yo no sé si vale la pena asumir ese coste.

Àngel Castiñeira

Ha pedido la palabra Joaquín Almunia y hemos dicho que se la daríamos siempre que lo pidan los ponentes. Joaquín, por favor.



Joaquín Almunia

Muchas gracias. Creo que las preguntas que se han planteado exigen una respuesta, especialmente estas últimas. Seguiré, más o menos, el orden de sus intervenciones.

Sobre la intervención de Daniel Innerarity: he tomado nota de muchas cosas interesantes que ha expuesto, especialmente de una frase: “más cooperación, menos competencia”. Para hacer frente a los desafíos globales que tenemos en particular en el cortísimo plazo, efectivamente hace falta cooperación, mucha más de la que existe. El lanzamiento de la idea del G-20 a nivel de líderes (una idea europea que los presidentes Sarkozy y Barroso expusieron a George Bush en octubre y que dio lugar a la primera cumbre del G-20 en Washington) ha dado buenos resultados pero se ha agotado pronto. Se

ha agotado pronto porque algunos países y algunos protagonistas muy importantes de la vida financiera pensaron en 2010 que lo peor ya había quedado atrás. Pero la crisis de la deuda pública en la zona euro ha puesto de manifiesto que todavía estamos lejos de haber dejado atrás los problemas y las cuestiones que hay que afrontar para salir de la crisis.

Y en el caso de la regulación y la supervisión de los mercados financieros es necesaria la cooperación. Si no cooperamos, más pronto que tarde estaremos incubando una nueva crisis financiera que saldrá por otro lado distinto. Desde mi punto de vista todo eso es bastante evidente. Yo confío que la cumbre del G-20, que tendrá lugar un mes después de decisiones muy importantes en la zona euro y a escala europea, retome el impulso que tuvo la cumbre de Washington. La cumbre de Londres lo ha ido perdiendo.



En relación a lo dicho por Joan Majó, dos comentarios sobre impuestos. Comparto la necesidad de contribuir a los ajustes del sector público, también por el lado de los ingresos, el lado de los impuestos. Si analizamos lo que ha sucedido con el sector público en los últimos treinta y cinco años y nos fijamos en la evolución que han seguido los ingresos, veremos que la libertad de circulación de capitales y la globalización de los mercados financieros han producido una quiebra de la capacidad de recaudar o de generar ingresos para los estados. Al mismo tiempo, esto no se ha acompañado de decisiones políticas (de electores y gobiernos) de rebajar el gasto. Y esto ha abierto la puerta a un endeudamiento que la crisis ha agravado.

Pero, ¿qué impuestos? Las bases imponibles que se pueden mover son muy frágiles, muy volátiles. Y las bases imponibles que no tienen esa movilidad son el factor trabajo, impuestos indirectos como el

IVA o impuestos especiales. Todos ellos se están utilizando en la crisis, pero tienen límites.

Voy a decir una cosa muy heterodoxa desde nuestro punto de vista ideológico. Me parece lógico que haya una parte de los servicios públicos que reciban una contribución de quien los usa. Eso no es ni de izquierdas ni de derechas, es de sentido común. Otra cosa es cómo, cuándo y en qué condiciones se hace. Pero decir que los servicios públicos por definición son gratis implica condenar a nuestros hijos a un endeudamiento insostenible. Porque no se va a poder recaudar lo suficiente y la ciudadanía no va a aceptar que se recorten los servicios públicos una y otra vez. Puede aceptarlo en un momento de crisis, como mal menor, pero no va a aceptar que se supriman servicios públicos. Yo prefiero pagar antes de tener que ir al funeral de los servicios públicos. Me parece un debate extraordinariamente interesante para los próximos cinco o diez años.

Crecimiento. Las recetas para alimentar el crecimiento desde el punto de vista de la oferta están bastante claras: cualificación de recursos humanos, aumento y cualificación de los niveles de empleo, mejora de la productividad, etc. Pero insisto en una cosa que ya he dicho antes: si no hay demanda no habrá crecimiento. La cuestión es cómo se genera demanda cuando una parte de las economías están en pleno proceso de desapalancamiento: las economías familiares tienen que desendeudarse y las empresas, también. Además, por simple aritmética, los déficits de unos tienen como contrapartida superávits de otros.

Quienes tienen un superávit de balanza por cuenta corriente, quienes tienen un exceso de ahorro, deberían contribuir más al crecimiento. Y eso exige cooperación dentro de la zona euro, mucha cooperación.

Y por último, el plan B. No hay plan B. Si el plan A no sale, estamos perdidos. No hay plan B. Si sale Grecia con un impago desordenado de la noche a la mañana, todos pagaremos las consecuencias. Uno detrás de otro. No hay posibilidad de establecer una barrera, allá por los Balcanes, para que no nos llegue el impacto de un *default* desordenado de Grecia. No se puede imaginar cuál sería el escenario de una salida de Grecia de la zona euro. Y esto no solo pone en riesgo a la UEM. Eso pone en riesgo a la propia integración europea. Por lo tanto, tiene que ser el plan A. Con fases, con calendarios, igual que se hizo el euro.

El euro se diseñó por fases. No se sabía cuándo acababa la fase, pero desde el principio, quienes teníamos la determinación política de ir hacia el euro, sabíamos qué pasos había que dar para llegar adonde queríamos llegar. Y eso generó confianza. Muchos recordaréis cómo bajaban las primas de riesgo gracias a la confianza creada por un euro que estaba definido. No se sabía cuando iba a entrar en vigor, y prácticamente ningún país de la entonces Unión Europea, salvo Luxemburgo,

cumplía con los requisitos para entrar en el euro. Pero se generó confianza porque había una hoja de ruta. Los pasos eran muy complicados, lo sabemos en España y lo saben en otros países. Pero aquello generó confianza.

Creo que ahora tenemos un único plan. Es verdad que siempre hay una alternativa, pero en este caso la alternativa es mejor no imaginársela. Y creo que cuando las cosas son así, los líderes tienen que ser capaces no solo de decirlo en privado sino también de hablar con sus electores, hablar con los partidos minoritarios, hablar con el partido de coalición y decirse. Y no hacer pactos o coaliciones con quienes no están dispuestos a jugar al Plan A, sino sumar esfuerzos con quienes sí quieren el Plan A. Y en todos y cada uno de los países de la Unión Europea hay una mayoría política clara a favor del Plan A. Otra cosa es que esa mayoría esté reflejada exactamente en la coalición de gobierno. Pero en todos los países de la Unión Europea de la zona euro hay una mayoría favorable al Plan A. Porque el Plan B solo se lo puede plantear en términos políticos quien está dispuesto a jugar a aquello de “cuanto peor, mejor”. Y eso, políticamente, ya sabemos donde nos lleva.

Àngel Castiñeira

Tiene la palabra el *president* Artur Mas.

Artur Mas

Moltes gràcies. Aparte de responder a la pregunta o reflexión que ha formulado Carlos Losada querría hacer un par de comentarios. La primera es sobre los planes A y B a que se refería Joaquín Almunia.

Es verdad que en los países europeos hay mayorías favorables al Plan A. Lo que ocurre es que a veces, el plan A acaba siendo sacar al gobierno, y no ayudar al país a salir de la crisis. Y entonces, aquello



que Joaquín Almunia llama plan A se va a hacer puñetas, así de claro. Desgraciadamente, esa actitud está muy presente en muchas latitudes.

Hecho este comentario, me gustaría hacer una reflexión sobre los equilibrios entre crecimiento, ingresos, gastos etc. Quisiera recordar lo que aconteció en Suecia a principios de la década de los noventa. Suecia tenía una presión fiscal muy alta, el estado era muy grande y los servicios públicos eran fantásticos, maravillosos. La presión fiscal había llegado, si no recuerdo mal, al 60 o 70% y, en un momento determinado, Suecia, que vivía tranquilamente en su opulencia, se encontró con unos desequilibrios brutales, con una tasa de paro de más del 10%. Y se preguntaron, legítimamente, como podía ser que aquello que había funcionado tan bien durante décadas, se estuviera degradando de aquella forma. Y entonces reaccionaron. Reaccionaron muy rápido y con

un gran consenso entre todos los que estaban de acuerdo con el plan A. Y tuvieron éxito. Bajaron la presión fiscal de forma muy importante, dieron más juego a la iniciativa privada, a la sociedad civil organizada, a la iniciativa social, etcétera, y la combinación de menos presión fiscal y más colaboración público-privada convirtió a Suecia en un referente desde muchos puntos de vista.

Digo esto no porque quiera esconder el debate sobre ingresos y gastos, que no es el caso, sino para recordar que, según qué se haga con la presión fiscal, podríamos incluso empeorar nuestra situación.

Creo que no se puede hablar de incrementar la presión fiscal, y menos en la situación actual, sin hacer al mismo tiempo un análisis real de la eficiencia del sector público. Ambas cosas deben de ir en paralelo. Una subida de impuestos es legíti-



ma o incluso necesaria, pero el sector público debe demostrar ante la opinión pública que es eficiente.

Recuerdo una anécdota muy curiosa. Me la explicó un político catalán que había estado de visita a una comunidad autónoma del Estado español. Fue a visitar al presidente de la comunidad y éste le dijo: “hace poco me vino a ver una persona y me pidió: ‘Presidente, tiene que colocar a mi hijo, porque si no, lo tendré que poner a trabajar’”. Eso da fe de una mentalidad perversa: una vez en el sector público ya no hace falta trabajar. Se trata de una anécdota, si queréis, pero forma parte de un esquema cultural que funciona en muchos lugares. En Catalunya tal vez tengamos menos esa percepción, lo admito, pero en otros sitios es muy evidente. Por lo tanto, insisto, ambos debates deben ir en paralelo. ¿Deben incrementarse los ingresos? ¿Deben subir los impuestos? Tal vez sí, però siempre en

paralelo con la demostración de la eficiencia del sector público y la lucha contra el fraude fiscal. Porque si no, el aumento impositivo siempre acabará recayendo sobre los mismos, especialmente en un país como el nuestro, que tiene un 20% de economía sumergida.

Y para contestar a Carlos Losada: quizás antes, a falta de tiempo, he sintetizado el mensaje excesivamente. Creo que Cataluña no puede continuar simulando que no se ha dado cuenta. Lo que se desprenda de ello lo veremos más adelante, pero de entrada no podemos seguir fingiendo que no nos hemos dado cuenta. No podemos seguir haciendo lo que hemos hecho durante tres décadas, porque ha sido muy positivo en muchos aspectos pero no ha tenido ni tendrá correlación (no digo ya contraprestación) por parte del Estado español. Eso debemos tenerlo presente, porque si no, entonces el problema es nuestro.

Dicho esto, creo que en la agenda política catalana debemos buscar temas que despierten grandes consensos sociales en Cataluña. Yo, por ejemplo, levanto la bandera del pacto fiscal. Eso no es convocar un referendun sobre la independencia; no lo hemos planteado en esta legislatura.

Pero ¿por qué? Primero, porque sé que es un tema de gran envergadura dentro del país. Segundo, porque la criatura plora molt per aquí. Tercero, porque creo que en el Estado español debe hacerse una reforma profunda de las transferencias entre territorios: tal y como funciona en la actualidad no nos lleva a ninguna parte. Y cuarto, porque este es un tema que no entraña ningún riesgo de ruptura dentro de la sociedad catalana. Como no lo entraña para la sociedad vasca. En Euskadi, los políticos del PP y del Partido Socialista de Euskadi (y evidentemente de los partidos nacionalistas) están todos de acuerdo en que el sistema fiscal que tienen les va bien. No digo que tengamos que imitarlo, no digo que tenga que ser milimétricamente igual, pero debemos buscar el modelo de financiación que nos permita alcanzar un acuerdo transversal importante en la sociedad catalana.

Y eso no pone en riesgo la cohesión catalana. Eso define una agenda que nos permite saber adónde queremos ir. Otra cosa es que se nos quiera escuchar. Veremos cuál es la actitud del estado español. Lo importante es que la agenda política no sea la misma que en las últimas décadas y que incorpore temas susceptibles de generar un amplio consenso en la sociedad catalana.

Antonio Garrigues

A propósito de la intervención de Daniel Innerarity quiero subrayar que es una alegría escuchar aquí la voz de un filósofo, porque una de las cosas que echo más de menos en esta crisis es la ausencia de una interpretación por parte de los filósofos

y en general del mundo intelectual. En todas las crisis filósofos y sociólogos han cumplido un papel importante, y es que la reflexión no tiene que quedarse en el ámbito cerrado del conocimiento técnico. Recordemos, si no, el debate que tuvieron Heidegger y Ortega; Heidegger la detestaba y Ortega decía que la técnica era incapaz de hacer comprender el mundo actual, ya que tajaba la mente humana. Actualmente en España el papel de filósofos e historiadores no se ve o no se nota, o quizás yo no lo note, y por tanto quiero hacer pública la alegría de escuchar aquí a alguien que no solamente piensa desde un punto de vista económico y técnico, sino también desde el punto de vista filosófico.

Tal vez tengamos que empezar a repensar muchos de los valores que teníamos asumidos como únicos e inamovibles. El mismo modelo democrático está no en cuestión (está claro que sigue siendo el mejor de todos los sistemas posibles) pero sí en crisis. Asistimos al movimiento de los “indignados” y a la presencia del Partido Pirata en Alemania; vemos las revueltas que se producen en Wall Street contra el mundo financiero. Empieza a haber la sensación de que el sistema democrático no conecta a fondo con la ciudadanía, y de que la idea de votar de vez en cuando no es la solución ideal. Obviamente no es este el momento más indicado, pero me gustaría que en debates posteriores fuéramos más al detalle de esta cuestión que he planteado de modo general.

Todos coincidimos en que falta credibilidad, falta confianza y falta liderazgo. El motivo es pura y simplemente que estamos en una crisis que no hemos podido controlar y que no estamos todavía en condiciones de controlar. Dicho esto, me niego a aceptar que la complejidad de los fenómenos afronta nos exima del derecho y de la obligación de pensar. El diálogo entre Cataluña y España, vuelvo a insistir, no es un tema menor, es un tema de una tremenda importancia, y lo es porque si



tuviera un desarrollo positivo, eso podría cambiar la paz de España en todos los sentidos.

Daniel Bell decía, hace mucho tiempo, que los estados se hacen cada vez más grandes para temas pequeños y cada vez más pequeños para temas grandes. Es un proceso irreversible que nadie puede evitar. El diálogo entre Cataluña y España es, en definitiva, el tema en estos momentos. Yo creo profundamente en la sociedad civil, tengo una concepción liberal y creeré siempre en la sociedad civil. En España hay poca sociedad civil. El lugar mejor dotado en este sentido es Cataluña. En Cataluña hay mucha más sociedad civil que en las demás comunidades, muchísima más. Pero lo que no podemos hacer es permitir que la radicalización del diálogo político elimine los demás diálogos. Entre Cataluña y España tiene que haber un diálogo universitario, un diálogo intelectual, un diálogo empresarial, un diálogo económico. Ahora

estamos provocando que para alguna gente sea incómodo ir a Madrid y que para otra lo sea venir a Cataluña. Es decir, se está poniendo en duda la convivencia social.

Tenemos que seguir inundándonos de diálogo en otros terrenos. El diálogo político va a tardar algún tiempo en equilibrarse. Vamos a ver si el nuevo gobierno español que salga de las elecciones del 20 de noviembre permite ese tipo de funcionamiento. Mientras tanto, lo único que se le puede pedir a un líder son tres cosas: una, que esté por delante y no por detrás. Un líder que está por detrás recuerda a la imagen de aquel chiste en el que uno pretendía dirigir los *boy scouts* y se pasa todo el tiempo persiguiéndoles al grito de “¡Esperadme, soy vuestro líder!”. La segunda: el líder tiene que dar ejemplo. Y la tercera: un líder tiene que ser positivo. Un líder que alienta el catastrofismo o el dramatismo no es un líder.



Jordi Pujol

En la intervención de Carlos Losada me ha parecido entender (si lo he entendido mal me rectifica) que la desconfianza ya existía hace veinte o treinta años. Por mi parte, eso no es cierto. Desde el año 1960, en el que hay un renacer del catalanismo cultural y político y en general también un renacer español, Cataluña ha jugado la carta por así decir españolista. Como Generalitat lo hicimos de una forma muy evidente. Por ejemplo, una de las primeras cosas que hicimos fue organizar una exposición en Madrid sobre la base del libro de Pierre Vilar Cataluña en la España moderna. Nuestra actitud fue inequívocamente continuadora de aquellos que tras la guerra de 1714 quisieron sustituir los enfrentamientos por la cooperación y el acercamiento. Puedo poner también el ejemplo del primer viaje que hice: aparte de uno que hice a Murcia como homenaje al inmigrante

de los años veinte y treinta, el primero fue a Asturias y a Castilla-León. Si usted va un día a León tiene que visitar la Iglesia de San Isidoro y ver los ataúdes de diez o doce reyes asturiano-leoneses que yacen allí. Es decir, fui a Asturias porque España es Asturias y el resto es terreno conquistado a los moros; eso dicen los asturianos. Y terminé en Madrid, haciendo una conferencia que enviaré a Carlos Losada; era una conferencia de un españolismo muy importante, por lo menos desde la perspectiva catalana.

Aparte de esto, como ha dicho el *president* Mas, nunca les hemos fallado, nunca. Fallamos una sola vez, porque nos equivocamos, porque nos pusieron en el disparadero y porque hubo política sucia por parte de otros. Pero un momento: fallamos conjuntamente con el Partido Popular, ¡partido patriota por excelencia! Por lo tanto, no ha habido desconfianza; al contrario.



En su intervención, Carlos Losada ha hecho referencia al “coste de la pérdida de confianza”. Es un coste serio, y yo lo sé más que nadie. Pero ¿y el coste de la residualización, que es adonde nos llevan?

Les leeré lo que dijo un personaje que hoy no está aquí, pero que pudo haber estado y que alguna vez ha estado aquí. Es de Madrid, todos le conocen; es un personaje positivo, importante, digno de buena valoración. No les diré el nombre del personaje porque sería una falta ética por mi parte.

Hay dos catalanes ingenuamente bien intencionados (como ahora usted mismo) que dicen: “tenemos que arreglar las cosas, tenemos que arreglarlo, pero vosotros tenéis que ser más comprensivos”, etcétera. Y les responde: “Habéis perdido la guerra”, y es verdad, perdimos la guerra del Estatuto, guerra mal planteada y mal llevada. Y añade: “No os necesitamos. Porque, en cualquier caso y

aunque haya tensión, seguiréis contribuyendo al producto interior bruto español con un 18, 19 o 20 por ciento, y además con déficit fiscal, que probablemente no es tan alto como decís, pero haberlo haylo. Y en cualquier caso, en momentos de grave crisis económica y social si necesitamos vuestro apoyo político y parlamentario nos los daréis, porque el derrumbe también os perjudicaría.” Y para terminar, en el momento, digamos, de los acuerdos finales, dice: “Y además, todo esto no tiene importancia, porque la inmigración se os va a comer. Dentro de dos generaciones esto de la lengua y la autonomía se habrá acabado.”

Sinceramente, ustedes saben que el ambiente es muy malo en estos momentos. Yo ya voy poco a Madrid, voy de vez en cuando. A mí todavía me tratan bien. Me dicen: “con usted sí nos entendíamos” Y yo quedo un poco anonadado, no sé si es un elogio o una crítica. Pero en fin, veo que el



ambiente es malo, que la prensa es mala y que el mundo académico es negativo; incluso en el mundo económico hay actitudes hostiles.

Frente a esto, quisiera añadir algo. Soy más optimista de lo que puede parecer. Lo que pasa es que he llegado a la conclusión que tengo que acostumbrarme a actuar sin pensar en lo que me va a dar el Gobierno español, sea el que sea. Hemos de sacar provecho de lo que tenemos, porque tenemos cosas muy positivas. Tenemos una propensión a la internacionalización mayor que nadie en la economía española; quizás los vascos también destacan en ese sentido, pero nadie más. También soy optimista desde el punto de vista de la innovación, como ha dicho Santacana. Durante los últimos veinte años, nuestras universidades han cambiado. Nuestra capacidad de investigación, que es modesta en comparación con otros estados, ha cambiado muy notablemente. En Cataluña, durante los

últimos años el número de patentes industriales viene creciendo muy notablemente.

Lo que hay que hacer, y el *president* Mas lo sabe muy bien, es procurar que toda esta capacidad se realice. Veo en la prensa que el *president* Mas visita empresas constantemente, y muchas de ellas son de jóvenes, jóvenes que no trabajan en un garaje (o sí), que ya tienen setenta u ochenta trabajadores trabajando en todo el mundo, que empezaron hace tres o cuatro años... Hay muchos. Debemos cuidar a esta gente. Hemos sobrelegislado durante muchos años, también en mi época, pensando que autonomía quería decir hacer muchas cosas, muchas leyes, cuando en realidad solo debería significar hacer las cosas bien y de acuerdo con los intereses del país.

Por lo tanto, desde mi perspectiva soy optimista. Lo que pasa es que ya no espero nada. Lo que venga, vendrá, pero yo no espero nada.

Xavier Vidal-Folch

Voy a tomar pie de lo último que ha dicho el *president* Pujol acerca de las leyes y de la calidad de las mismas para hacer una triple pregunta sobre las leyes europeas. El comisario Almunia dice (y efectivamente es así) que del Tratado de Maastricht al de Lisboa en materia de unión monetaria no cambia prácticamente nada. Como los tratados los hacen los gobiernos, la crítica subyacente dice que los responsables de esa falta de calidad del tratado son los Estados miembros, los gobiernos, los nacionalismos de Estado.

Sin embargo, hay que considerar también la calidad de las normas por debajo de los tratados: la calidad de las directivas, de los reglamentos, etc. Y ahí creo que las instituciones europeas (sobre todo las más netamente europeas, que son la Comisión y el Parlamento) aún tienen algún trecho que recorrer. O dicho de otra manera, tienen algunos defectos de calidad en la fabricación de normas.

Preguntaré sobre tres normas de regulación financiera. Hemos hablado de las agencias de calificación. Tenemos ya una normativa europea, pero no se ha ido a la raíz del asunto, que es el gran poder de las agencias. Este poder se lo dan los propios sectores públicos: se lo da el propio Banco Central cuando admite como colateral una emisión de deuda y no admite otra porque no está calificada por las agencias. Por tanto, pregunto: ¿por qué no se establece un régimen de calificación de las agencias calificadoras? No pregunto por la creación de una tercera agencia, cosa que han propuesto algunos dirigentes europeos. Me refiero a calificar a quienes en los últimos diez años se han equivocado sistemáticamente dando triples A a mansalva a entidades que vendían porquería. ¿Por qué no se hace esto? ¿Y por qué no se investiga si las agencias se encuentran en alguna situación contemplada por los antiguos artículos 85 y 86, y 102 y 103 de los tratados, es decir, en

una posición de abuso de posición dominante? ¿Hay alguna investigación en ese sentido?

Mi segunda pregunta se refiere al Pacto de Estabilidad. Si no recuerdo mal, Joaquín Almunia vivió muy directamente la reforma del 2005 que se ejecutó en muy malas circunstancias después de que Francia y Alemania incumplieran y boicotearan el Pacto. Ahora hacemos una nueva norma sobre el Pacto de Estabilidad y resulta que no desandamos alguna de las cosas que, estoy seguro, al comisario Almunia le gustaría desandar: unos poderes exorbitantes para aplicar cláusulas excepcionales y temporales a países como Alemania. Y eso no solo es asunto de la Comisión, también lo es del Parlamento. Recientemente, el Parlamento Europeo ha dicho que las cláusulas de sanción automática que propone la Comisión no proceden. No hay que ser un fanático antidéficit para estar a favor de ello: basta ser un poco serio y ver lo que ha ocurrido en estos últimos diez años. Si no hay sanciones automáticas aplicadas por la Comisión de forma independiente, y si éstas han de pasar por el Consejo de Ministros, el Consejo de Ministros las tumbará y estaremos en la misma situación que en 2003. ¿Qué credibilidad va a tener el nuevo Pacto de Estabilidad y Crecimiento si resulta que no podrá ser aplicado a los países grandes?

La tercera cuestión no se refiere a la norma sino a la acción ejecutiva. ¿Qué autoridad están demostrando tener nuestras instituciones cuando no exigen responsabilidades a actores públicos y privados que han tenido mucha responsabilidad en la crisis? No lo reclamamos por síndrome persecutorio sino por ejemplarización. Por ejemplo, ¿qué coste ha tenido Goldman Sachs en su actuación, no solo encubriendo el déficit de los anteriores gobiernos griegos sino fabricando las coartadas técnicas para disimularlo? ¿Cómo vamos a confiar en nuestras instituciones si las conductas perversas (antes se ha hablado de perversidad) no se persiguen, no digo ya por la



vía penal, por la vía política o por la vía civil? En estas circunstancias, ¿cómo vamos a crear en nuestras instituciones?

Jordi Valls

Bona tarda. Mi intención es hablar de la relación del sector público y sector privado, pero previamente querría hacer dos acotaciones.

Yo creo que la crisis ya está teniendo consecuencias, no ya desde el punto de vista social sino desde el punto de vista moral. La evolución de la cuestión del déficit de Grecia, planteada por Joaquín Almunia, genera desconfianza e incredulidad. Igualmente, sorprende que un broker de la Union de Banques Suisses se haya gastado 2.000 millones de euros durante los últimos tres años y que la Union de Banques Suisses ni se

haya enterado. Experimentamos la misma estupefacción ante la situación de News of the World en el ámbito periodístico. El desprestigio, en estos momentos, no es tan solo político, no es tan solo público. Instituciones políticas, financieras, los medios de comunicación: todas están en una situación parecida de descrédito.

Durante los últimos diez, quince o veinte años se han generado determinadas verdades: por ejemplo, que la mejor regulación es la autorregulación, que la mejor regulación es la no-intervención pública en el ámbito económico. Y todos nos las hemos creído. Ahora estas certezas no existen, y hemos de reconstruir el ámbito de relación público-privado. En ese sentido, a mi entender se va a producir una intervención pública muy importante en el sector financiero. Me gustaría, en este sentido, que empezáramos a hablar no de la entrada del Estado en el sector financiero sino de



la entrada de los contribuyentes, que a partir de ahora serán accionistas de las instituciones financieras rescatadas. Ocurrió en Inglaterra hace cuatro años. Habrá que determinar qué elementos de gobernabilidad se introducen para que el Estado y los contribuyentes se sientan representados en esa nueva organización. Y eso planteará una nueva arquitectura europea en el ámbito de la Competencia, porque supone una intervención pública clara en el sector económico.

Paralelamente a esto, también se va a producir, como ha dicho el *president* Mas, un movimiento a la inversa: una entrada del sector privado en la prestación de servicios públicos. Se ha ido realizando durante los últimos años, pero ahora se va a intensificar. Sin pedir más regulación, me pregunto: la administración pública, ¿cómo controlará la prestación de unos servicios cuya producción está en manos del sector privado? Asumien-

do la idea planteada por Antonio Garrigues según la cual el Estado es demasiado grande para gobernar cosas pequeñas y demasiado pequeño para gobernar cosas grandes, ¿qué elementos de gobernabilidad vamos a introducir cuando el sector público entre en el sector privado y cuando el sector privado entre en el sector público? Este asunto plantea una modificación sustancial de la arquitectura político-institucional.

Josep Maria Lozano

Mi comentario es una nota a pie de página. Mientras escuchaba a los ponentes me acordaba de la secuencia de la película Rebelde sin causa en la que dos conductores se dirigen a gran velocidad hacia el precipicio con la esperanza de poder saltar antes de que el coche se precipite al abismo. En las intervenciones ha habido dos verbos que



se han ido repitiendo hasta la saciedad: “confío” y “espero”. Y yo me pregunto: ¿hasta qué punto forma parte del problema la propia confianza en que al final nos salvaremos? Es decir, creo que hay que empezar a incorporar como variable que lo peor es posible. Como yo creo que la capacidad de tontería de la humanidad es incommensurable, me pregunto si esta confianza de que al final esto tendrá solución no será un incentivo para construir un desastre cada vez mayor.

El hecho de no reconocer que lo peor es posible forma parte de los problemas de nuestro tiempo. Por tanto, sería importante tenerlo en cuenta cuando se plantean escenarios de futuro y se toman decisiones. Porque si no, siempre confiaremos en que habrá alguien que será responsable y votará no sé qué y lo arreglará. Y eso puede no pasar: puede que nos quedemos bloqueados en el coche y caigamos por el abismo. Se trata, pues,

de una nota a pie de página: es verdad, un líder debe de transmitir confianza, ilusión, perspectiva, etc. Pero cuando les escucho, pienso que a la hora de tomar decisiones no hay que descartar que lo peor es posible. De otro modo, la incertidumbre se puede extender entre la ciudadanía, y la historia nos dice, que esa incertidumbre tiende a tener una traducción política inquietante.

Joaquín Almunia

Xavier Vidal-Folch me ha hecho tres preguntas concretas y le voy a tratar de responder con la misma concreción.

Las agencias de calificación. No estamos preparando una segunda regulación sino la tercera. La primera regulación consistía en su registro, normas de gobernanza, etc. La segunda regula-

ción consiste en encomendar la directa supervisión de las agencias registradas a la autoridad europea de supervisión de mercados financieros, con posibilidad de sanciones. Y la tercera, que estamos preparando, va más allá en función del análisis que venimos realizando. Por lo tanto, tercera ronda. Coincido plenamente con él: hay que evitar que los propios reguladores den más poder a unas agencias cuya reputación no lo merece. Encontrar alternativas en la regulación es difícil, pero no imposible, y creo que hay conciencia de esta necesidad.

En el caso de las peticiones de *rating* por parte de agentes privados, se trata de peticiones que se pagan. Son una solicitud de parte y se paga. En el caso de deuda pública, salvo alguna excepción, las agencias actúan de oficio. Los emisores de deuda no se lo reclaman. Y son nuestros emisores de deuda los que deben, desde mi punto de vista, encontrar la manera de convencer a los mercados de que su deuda es un buen activo financiero en el que merece la pena invertir, sin necesidad de suplicar a una agencia que le dé un *rating* positivo. Es fácil decirlo, no es fácil hacerlo; pero esa es una línea por la que creo que se avanza.

Según los análisis realizados por la Dirección General de Competencia, aunque es verdad que existe un oligopolio de hecho por parte de tres agencias, no se cumple la segunda condición, la que establece el actual artículo 102 del Tratado. Nosotros no actuamos cuando existe una posición de dominio en el mercado; actuamos (aplicando las reglas del artículo 102 del Tratado) cuando existe un abuso de posición. Y nadie ha sido capaz de demostrar, utilizando instrumentos de política de competencia, que las agencias abusen en sentido estricto. Hay muchas cosas a regular (o a desregular) en lo tocante a las agencias de *rating*, pero hasta ahora no hay elementos precisos para abrir una investigación de oficio y no hay ninguna queja mínimamente fundamentada.

Sobre el Pacto de Estabilidad. El camino al que te refieres, en efecto, se está desandando. Creo que esta semana se va a llegar a un acuerdo Consejo-Parlamento para aprobar definitivamente lo que se llama *six-pack*: las seis regulaciones que sustituyen la regulación del 2005 y que lo amplían en una serie de áreas. Las cláusulas a que te has referido desaparecen y la automaticidad de las sanciones avanza muchísimo, porque frente a lo que has dicho, no era el Parlamento sino que eran Estados miembros (por así decir, con nombre y apellido) quienes se negaban a la casi automaticidad. El Parlamento y el Banco Central Europeo han apoyado la tesis de la Comisión. Creo que con el acuerdo que se va alcanzar esta semana se volverá a lo que técnicamente se llama mayoría cualificada invertida: sólo una mayoría cualificada muy fuerte podrá llevar la contraria a lo que la Comisión proponga como recomendación o como sanción. Por lo tanto, ahí creo que se produce un avance claro.

Por lo que refiere a la petición de responsabilidades a Goldman Sachs o a otro tipo de actores, hay mucha gente que lo puede hacer. Pero lo que has dicho de Goldman Sachs en relación al déficit griego del 2009 o del 2004 no es del todo correcto. Goldman Sachs, en lo que yo sé, asesoró a Grecia en el año 2002, en una titulación. Y le prohibió al gobierno griego llevar a cabo operaciones de titulización en los años 2005 o 2006.

La relación entre sector público y sector privado es clave, porque están cambiando claramente las tareas, los papeles y los ámbitos de actuación de uno y de otro. En los servicios públicos, por ejemplo, desde el punto de vista del área de Competencia, hay un control (que no es nuevo de ahora) del dinero público que reciben los que prestan servicios públicos como entidad privada. Lo que se llaman los servicios económicos de interés general tienen un mar-



co de control de las ayudas y de transparencia en la utilización del dinero público. Después de una larga consulta y discusión estamos a punto de aprobar una actualización de este ámbito, introduciendo elementos que no estaban en el anterior paquete. Creo que en Europa hay un grado de control razonable de la gestión de recursos públicos por parte de entes privados encargados de dar servicios públicos. Creo que eso no lo tiene nadie más en el mundo, porque el control de ayudas a estados es una cosa propia de la Unión Europea y porque tenemos un mercado interior con 27 autoridades fiscales y presupuestarias.

Y, por último, lo peor es posible, sí. Y es imprescindible que el mundo académico se lo plantee y lo analice. Yo lo haría. Pero si yo le oigo a un político decirlo en público, incluso aquí, le pediría que dimitiera inmediatamente.

Àngel Castiñeira

Dejadme que agradezca a los tres ponentes sus intervenciones y el esfuerzo de haber estado entre nosotros. Dejadme también que le diga algo al *president* Mas antes de que se marche. *President, està convidat de nou l'any vinent, esperem poder comptar amb vostè.* Y, al resto, reiniciaremos el debate después de la cena.



CENA - COLOQUIO



Àngel Castiñeira

Buenas noches. Antes de retomar el diálogo escucharemos una breve síntesis de la historia del lugar que nos acoge. Como explicará la Directora de la Obra Social de CatalunyaCaixa, Marta Lacambra, no solo nos encontramos en unas instalaciones sino en el corazón de todo un proyecto, el de Món Sant Benet, que se asienta en la tradición para mejor lanzarse a la innovación. Una actitud que, a buen seguro, tiene mucho que ver con el mejor liderazgo.

Marta Lacambra

Gràcies, Àngel.

Món Sant Benet es un proyecto muy ambicioso que nació con la compra del monasterio de Sant Benet en el año 2000. En 2007, muchos de los que hoy nos acompañan pudieron disfrutar de la inauguración de este equipamiento tan singular.

El equipamiento se compone de cuatro grandes elementos. En primer lugar, el monasterio, que tiene unos 8.000 metros cuadrados distribuidos en dos grandes espacios: el de la visita cultural alrededor de lo que fue el Monasterio de Sant Benet, y la adecuación llevada a cabo por el arquitecto Puig y Cadafalch. Ésta se produjo tras la desamortización de Mendi-zábal. El lugar había quedado abandonado y el arquitecto lo convirtió en la casa de verano de la familia del pintor Ramon Casas, que como tantas colonias industriales del textil, había venido al Llobregat para aprovechar la energía hidráulica.

El espacio dedicado a visita cultural cuenta con dos grandes proyectos museográficos. El otro espacio engloba las salas de reuniones donde hemos estado reunidos al inicio de la jornada y esta nave que nos sirve de comedor y que aún conserva, debajo suyo, el salto hidráulico absolutamente intacto y en proceso de rehabilitación.



Antes alguien me preguntaba cómo vivimos la inauguración del Basque Culinary Center. Mi respuesta es que estamos acostumbrados a competir. Los originales, los pioneros, fuimos nosotros: en el año 2003 se puso en funcionamiento la Fundación Alicia, acrónimo de Alimentación y Ciencia. Con la misión de que todos comamos mejor, organiza talleres para colegios, introduciendo los hábitos alimentarios saludables, y en colaboración con los hospitales de referencia de Cataluña investiga todo lo que tiene que ver con salud y alimentación: diabetes, celiaquismo, hipertensión, fenilcetonuria. Es un proyecto fantástico que, con la incorporación de todo este conjunto a la Obra Social de CatalunyaCaixa, extendió su colaboración a todos los hospitales de España. Además, en un mes y medio vamos a poner en funcionamiento una cosa absolutamente rompedora: el bus Alicia, con el que la Fundación Alicia se va a desplazar y va a llevar su influencia y su conocimiento por el territorio.

Todo lo descrito se complementa con el hotel en el que muchos de vosotros vais a pernoctar y

con el restaurante L'Angle, que tiene una estrella Michelin.

Moltes gràcies.

Àngel Castiñeira

Gràcies, Marta.

Vamos a retomar el diálogo. Las dos primeras intervenciones son del periodista de *La Vanguardia* Francesc-Marc Álvaro y del historiador Agustí Colomines, director de la Fundació Catdem. Francesc, *quan vulguis*.

Francesc-Marc Álvaro

Hola, bona nit. En el debate han aparecido dos cuestiones: la relación Cataluña-España y el importante cambio en el concepto de soberanía.



Creo que, políticamente, la mutación de la soberanía europea es lo más importante que está ocurriendo dentro, encima, sobre y tras la crisis. Políticamente es lo que más interesa y lo voy a relacionar con Cataluña. Tradicionalmente, el catalanismo había partido del mito que a más Europa, menos España y, en consecuencia, más Cataluña. Pero este apriorismo no se cumplió cuando España entró en lo que entonces se llamaba Comunidad Europea.

¿Cuál es el panorama de las soberanías? Por un lado, como se ha dicho muy bien, desde un punto de vista económico vamos hacia una cesión de soberanía en el terreno fiscal, presupuestario y monetario. Y esto, a mi modesto entender, va a permitir que los Estados recuperen soberanía “por abajo”. Tendrá lugar una recuperación de tipo cultural y simbólico que va a dar grandes momentos de gloria a Estados como el francés o incluso el español; no en vano ya hemos observado que en paralelo a la reforma ex-

prés de la Constitución por imperativo externo se ha desatado la polémica sobre el modelo lingüístico catalán. Por tanto, ¿hasta qué punto la cesión de soberanía en el terreno económico y funcional no nos va a llevar a un callejón sin salida en el terreno cultural y simbólico? Esta situación se produce, además, en un momento en que las sociedades europeas son cada vez más multiculturales y, por tanto, más complejas y diversas desde el punto de vista lingüístico, identitario y de referentes.

Por otro lado, en las relaciones Cataluña-España es evidente que hay dos tipos de lealtades. Por un lado, la lealtad de intereses. De ahí que el *president* Mas hable del pacto fiscal como de algo interesante que tiene un gran consenso entre la población. Como le dije una vez a Josep Piqué, a efectos fiscales yo no soy más nacionalista que cualquier miembro del Partido Popular en el País Vasco o en Navarra. Pero desde el punto de vista cultural hay

otro tipo de lealtades. La gente no se mueve solo por intereses pragmáticos, se mueve también por afinidades simbólicas, emotivas, sentimentales, y esto, a la larga, puede llevar a un cierto cortocircuito entre lo que uno siente y lo que uno desea.

A más Europa, antes decíamos más Cataluña. Hoy día, puede que más Europa implique más Francia y más España. Está por ver.

Agustí Colomines

Bona nit, buenas noches. Se ha hablado mucho de economía, pero yo querría hacer una reivindicación de la política, de la política en dos sentidos. En primer lugar, hay una idea dominante del político como mero gestor de lo público al servicio y en manos de economistas y empresarios. Pero el político, si es un político de verdad, debe rehuir la condición de gestor.

Antes se ha apuntado que la verdad era un ejercicio académico, y que mentir sería un ejercicio político. Yo creo que esta concepción prueba el gran fracaso de la política, fracaso que ha dado pie a movimientos como el del 15M. El político de verdad es el político capaz de decir la verdad asumiendo las consecuencias de decirla.

Pondré un ejemplo muy claro. Hasta el pasado 28 de noviembre se suponía que en este país no había crisis, que estábamos mejor que España y que la Generalitat de Catalunya podía pagarlo todo. Y entonces un señor gana las elecciones, pone a un economista de prestigio internacional como *conseller* de Economía, nos sitúa ante el espejo y nos dice: “Estamos fatal, no podemos pagar y además tenemos un problema en el terreno público-privado, en la racionalización del gasto público, etc”. Y el país le cree. Todos sabemos que se tenía que hacer alguna cosa. Eso es política, es liderazgo político.

Esta tarde han tenido el privilegio de ver la diferencia entre los liderazgos del *president* Pujol y del *president* Mas. Hay una ruptura clarísima. Mientras el *president* Pujol ha sido defensor, durante años, de la esperanza española, el *president* Mas ha decidido que la esperanza actúe al revés: si los españoles quieren que Cataluña continúe dentro de España nos tendrán que convencer de ello. Pero la pregunta “¿qué relación queréis con España?” ahora deberá formularse al revés: será España la que deberá decidir qué tipo de relación ambiciona con Cataluña. Si la dicotomía está entre la de 2006 (es decir, la del estatuto de autonomía) y la de 2011 (es decir, la del pacto para la reforma constitucional entre PP y PSOE), ya saben cuál es la solución. La solución es que, tarde o temprano, Cataluña acabe desprendiéndose de España.

Los que se preocupan por Grecia, que representa un 2% de la economía europea, deberían preocuparse aún más por el 18% que representa Cataluña para el PIB español. Esta reflexión (y con esto termino) no va únicamente dirigida a los políticos. El mundo económico debe pronunciarse al respecto, debe tomar parte.

Enric Juliana

No quería que Joaquín Almunia se fuese sin antes haberle preguntado por Italia. Yo viví unos años en Italia. Es un país difícilmente olvidable y, en estos momentos, creo que más que nunca no podemos descuidar lo que allí ocurre. La relación política actual entre la Comisión Europea e Italia me tiene bastante intrigado. Tengo la sensación que, efectivamente, estamos en una situación muy complicada. He llegado a la conclusión de que estamos sentados sobre un barril de pólvora, pero también tengo la impresión de que las viejas relaciones de poder siguen subsistiendo, como no podía ser de otra forma. Las relaciones de poder entre los centros de poder europeos y los países del sur de Europa (señalados como el foco del problema) no son precisamente simétricas.

En estos momentos, Grecia es un problema que puede hacerlo estallar todo. Pero los intereses de los bancos franceses y alemanes también son, sin duda, una parte muy importante del problema. Que Grecia entrase en el euro no es una cuestión baladí: responde al interés geoestratégico de Grecia como frontera con el antiguo Bizancio. Por lo tanto, la pérdida de Grecia no solo sería un problema financiero y económico muy importante para bancos importantísimos del sistema financiero europeo, sino que además sería una pérdida geoestratégica notable que podría dar inicio a una nueva serie de conflictos en los Balcanes o en relación con Turquía, actualmente potencia emergente.

Y si Grecia es el barril de pólvora que puede estallar, Italia es la bomba de neutrones o la bomba de hidrógeno. Si Italia entra en una situación de crisis absoluta, de Europa probablemente no se volverá a hablar en la historia de la humanidad. El tratamiento que se está dando a Italia es un tratamiento que yo me atrevería a calificar de suave. Leo la prensa italiana con cierta periodicidad, y he de decir que en los titulares de la prensa española la palabra abismo ya es incluso cansina, en el *Corriere della Sera* no se ha utilizado. Y datos objetivos en mano, diríamos que ellos están más cerca del abismo que nosotros. Pero en el *Corriere* la noción de abismo no ha salido. El titular más fantástico que he leído en este periódico es algo impensable en España: “Todo está muy complicado para la política, ahora es el momento de la política”. Esto, más o menos, salía cuando el 15M en España. Para que se hagan una idea de cómo están las cosas.

La península ibérica es hoy la pieza a disciplinar. A principios de setiembre se dio un proceso de reforma de la Constitución española a mi modo de ver absolutamente vergonzoso. Sin ni siquiera una comunicación del presidente del Gobierno a los ciudadanos españoles, mirándoles ni que fuera durante dos segundos a los ojos, en la que les explicara por qué era tan importante modificar algo que durante muchísimo tiempo había sido inmodificable. La pe-



nínsula ibérica, insisto, es la pieza a disciplinar y la pieza en estos momentos ya disciplinada.

Y termino con la consideración siguiente: en estos momentos cada país europeo juega su papel en función de los cánones clásicos, en función de su historia, de su tradición, más allá de las nuevas dinámicas. Cada uno tiene su papel, cada uno va a jugar su papel. Desde Barcelona hemos de estar atentos a cómo va a jugar su papel cada uno. Los países están asustados, las sociedades están asustadas. Los italianos, a los que creo conocer un poco, en estos momentos están pensando en cómo escabullirse. España debe estar atenta.

Viene casticismo y vienen reglamentos, que es algo que forma parte de la tradición hispana. Puede que vengan suavizados o corregidos por algo que en Madrid llaman moderantismo. Pero yo todavía estoy intentando saber exactamente en qué consiste.

Joaquín Almunia

Voy a responder a les tres intervenciones que ha habido de forma breve. Probablemente no voy a abordar todas las cuestiones que los tres intervinientes han tocado, pero lo voy a intentar.

Primero, la cuestión de la soberanía. Cuando se transfiere soberanía a Europa se transfiere para compartirla, no para abandonarla en manos de otro. Creo que es fundamental explicarlo y explicarlo bien. Cuando se toman decisiones en Bruselas (o en el lugar donde se reúnan los órganos dirigentes de la Unión Europea), no se toman decisiones para imponerlas a los Estados miembros. Son decisiones que se han tomado en común y que, para mantener las reglas del juego, los estados deberán aplicar en virtud de la responsabilidad y de los compromisos que ellos mismos han adquirido para con sus socios.

¿Quiénes toman las decisiones? A veces (pocas veces) es la Comisión Europea. En mi ámbito tomamos más, porque tenemos la capacidad de tomar decisiones directas. En otros muchos ámbitos, la Comisión tiene iniciativa legislativa, pero no acaba de tomar la decisión, que le corresponde a la autoridad legislativa, es decir al Consejo y al Parlamento Europeo. Ambos son plena y totalmente democráticos: uno por elección directa y el otro por representación de los territorios.

Por lo tanto, Bruselas no impone, Bruselas decide, porque Europa ha optado por decidir colectivamente muchas cosas, que, decididas individualmente por cada uno a su suerte y ventura, resultarían totalmente ineficaces o absolutamente evanescentes.

En cuanto a la reforma de la Constitución, por supuesto que se puede hacer mejor en cuanto a los procedimientos. Pero nadie va a beneficiarse del endeudamiento. Las futuras generaciones van a sufrir el endeudamiento. Es otra cuestión que tenemos que explicar bien. Los alemanes son un país que rechaza visceralmente la inflación porque se acuerdan de lo que les pasó en los años veinte y principio de los treinta hasta que llegó lo que llegó. El nivel de endeudamiento como elemento característico de esta crisis, ya sea privado o público, es algo que no vamos a olvidar en décadas. Y si los que ya tenemos algunos años lo olvidamos, nuestros hijos y en algunos casos nuestros nietos nos lo reclamarán y nos lo echarán en cara. Esto hay que decirlo alto y claro.

Y ligo con otra de las cosas que se han apuntado: decir la verdad. ¡Claro que hay que decir la verdad! En mi concepción de la política no está precisamente el callarme las cosas. Admiro a los políticos que no se callan las cosas, sino que dicen lo que hay que decir, que lo explican. Ahora bien, la tarea del político no es poner gasolina al fuego o poner detonantes al lado del barril de pólvora, por decirlo en los términos de Enric Juliana. Un político, por el prurito de decir la verdad, no tiene que llevar el detonante hasta donde está la pólvora.

ra. Cuando hice la mili no presté mucha atención a la relación entre pólvora y detonantes, pero sé que tienen relación y yo no quiero que estén juntos.

La relación entre política y economía es un tema apasionante. Y yo, como político, estoy totalmente de acuerdo con muchas cosas que se han dicho en el debate de esta tarde: que la era de la desregulación financiera se ha acabado; que la fórmula no está en que aquellos que son parte del problema vengan a darnos la solución, etc. Hace falta regulación. Pero la regulación tiene sus cosas: regulación financiera significa menos crédito, o mucho más capital para poder mantener el nivel de crédito.

¿Cuál es la forma de conciliar ese futuro, ya presente, del sistema financiero (no solo del bancario, del financiero en general) con el crecimiento? Lo ha dicho Joan Majó: hay que liberar energías, que quiere decir menos regulación no financiera, más capacidad de innovación, que la capacidad de tomar riesgos para crear riqueza y crear empleo tengan su campo y no les pongamos barreras.

El mix de más regulación financiera, más innovación y más liberación de energías favorables al crecimiento en el sector no financiero es imprescindible para encontrar una relación adecuada entre política y economía. Si no, la economía financiera nos dominará, porque el peso de los movimientos financieros, el poder de los mercados financieros globales es tan fuerte, que si la política cede ante esa fuerza no habrá capacidad de mantener la autonomía necesaria para tomar las decisiones políticas.

Para terminar, yo creo que el problema griego no está directamente ligado a consideraciones geoestratégicas, sinceramente no lo creo. Yo creo que es más bien una cuestión de Estado fallido, como se dice en relaciones internacionales. Desde el punto de vista de la disciplina presupuestaria y económica, Grecia es un caso fallido. No han sido capaces de estructurar el aparato público, el sistema de recaudación de impuestos, la gestión del dinero



público, la gestión de los servicios públicos. No ha habido una gestión digna del presupuesto capaz de contribuir al crecimiento.

Grecia ha estado creciendo más que la media en la última década porque ha tenido una afluencia inmensa de recursos procedentes del exterior, y los menores no han sido precisamente los Fondos Estructurales. Éstos han sido mucho más importantes para Grecia que para España o para Portugal, si no recuerdo mal las cifras. Solo en el caso irlandés el peso de los Fondos Estructurales sobre el PIB ha sido tan fuerte como en el caso griego. Grecia, además, tiene un sistema bancario que todavía aguanta el tipo, pero la gestión del dinero público ha sido tremenda, y estamos en una época en que eso se paga y se paga con creces.

El caso italiano es diferente. El caso italiano es un caso de disciplina presupuestaria, aunque esto suena raro en un país con más del 100% de deuda sobre

el PIB. Tremonti III, que dicen los italianos (ha sido ministro en dos ocasiones anteriores), no ha hecho un plan de relance, no ha impulsado la demanda con la política fiscal del gobierno. Trató de pasar desapercibido por la crisis, trató de contener el déficit público y lo consiguió. No tienen un desempleo muy fuerte, con lo cual los estabilizadores automáticos no han desequilibrado tanto el presupuesto como en otros países, donde el aumento del paro ha sido muy fuerte. Tampoco han tenido burbuja inmobiliaria. Por lo tanto, en su sistema bancario y financiero no han tenido los problemas que tienen Irlanda o España; los han tenido, aunque a otro nivel mucho más reducido y controlable. Pero Italia no ha tenido crecimiento, como no lo tenía antes de la crisis.

Creo recordar que el PIB italiano es ahora, en valores absolutos, inferior al del año 2002, lo cual es un fracaso. Por falta de innovación, por falta de productividad, y por falta de motores de crecimiento a pesar de tener un sistema empresarial fantástico en



del norte de Italia. Pero eso no basta para sostener y empujar a todo un país.

Italia tiene otra ventaja: un tasa de ahorro interna impresionante. Italia, con un nivel de deuda muy superior al nuestro y con un peso de los servicios de la deuda (interés más devolución del principal) equivalente al 5% de su PIB, puede financiar con ahorro interno algo así como el 90 por ciento de su necesidad de endeudamiento. Cosa muy diferente a la situación de Portugal, de Irlanda, de Grecia e incluso de España.

Ahora bien, Italia no tiene un sistema político a la altura de las circunstancias. He estado quince o veinte días en Italia hablando con mucha gente, escuchando el debate entre políticos, empresarios y periodistas italianos. En el país existe una sensación muy generalizada de que necesitan un cambio político inmediato. Pero el calendario electoral sitúa las elecciones en el año 2013, y eso provoca un bloqueo. Han tomado decisiones, como la reforma

de su Constitución, con un procedimiento no tan expeditivo como el nuestro pero caracterizado por vaivenes tremendos. En julio anunciaron un paquete de medidas que no era suficiente. Anunciaron otro paquete en agosto y al cabo de quince días ya decían que no lo iba a aplicar. Van a rastras de los acontecimientos, cosa que el Gobierno español, a partir del famoso mayo del 2010, no está haciendo. El Gobierno español, desde mayo del 2010, ha dicho A, B y C y está haciendo A, B, y C. En algunas áreas la A es mayúscula, en otras áreas la B o la C son minúsculas, como en el caso del mercado de trabajo. Pero España ha recuperado credibilidad y ha recuperado la confianza de mucha gente, porque está haciendo lo que ha dicho que iba a hacer desde hace año y medio. En el caso de Italia eso no sucede. Y esta falta de confianza no solo existe en el exterior. También es una tremenda falta de confianza interna, de la sociedad civil, y mucho mayor de lo que uno puede percibir en cualquier otro país, salvando a Grecia: afecta a empresarios, interlocutores sociales, líderes de opinión, etc.



Para terminar, la prensa italiana recoge cosas tremendas respecto a su esfera política, pero tiene una cosa que la distingue, como dijo tantas veces Andreotti: la *finezza*. El debate político en Italia muchas veces es muy agrio, pero siempre lo envuelven con un poquito de celofán.

Antonio Pont

Vicepresidente Almunia, disculpe que vuelva a incidir en lo de Grecia. Como empresario, creo que cuando una cosa va mal y sigue mal y continúa mal, lo más probable es que acabe mal. Hay miedo a hablar del *default*, pero la cosa probablemente no se pueda parar. Los argentinos tuvieron que pasar su corralito y sus dificultades, pero al final volvieron a ascender.

Que un 2% de Europa lo esté condicionando todo es muy gordo. ¿Que es difícil resolverlo? Sin duda. Pero a lo mejor una salida ordenada, realista, con

una quita... tal vez el dicho de "*the first loss is the best loss*" no esté fuera de lugar. Cuanto más se espere, peor. Al mismo tiempo, las medidas que se están tomando tienen sus dificultades y sus costes sociales. Hay una espiral: cuanto más se recorta, más quejas y más problemas. Los políticos tienen que demostrar valentía.

Joaquín Almunia

En febrero y marzo del 2008, las autoridades norteamericanas se encontraron con que un banco de inversión de los llamados G-5, el Bear Stearns, tenía serios problemas. Discutieron qué hacer y encontraron la manera de darle una salida sin pasar por la quiebra del banco, sin dejarlo caer. Seis meses después, en septiembre, el que tenía urgencia por encontrar una salida era Lehman Brothers. Las autoridades norteamericanas (lo ha contado en un libro Olson, en aquel entonces Secretario del Tesoro) intentaron buscarle una

salida. Estuvieron a punto de encontrarla con Barclays, pero al final, el canciller del Exchequer británico Alistair Darling puso pegas a la operación. El domingo dijo a las autoridades norteamericanas que no podía intervenir para salvar Lehman Brothers. Y el domingo por la noche, no me acuerdo a qué hora, las autoridades norteamericanas dijeron “pues lo siento, no encontramos salida. Lehman Brothers se tiene que contentar con una bancarota, con el cierre”. Y de aquellos polvos vienen estos lodos.

La Unión Europea, y en particular la zona euro, no se puede permitir el lujo de dejar caer a Grecia. La credibilidad de la deuda soberana, es decir, la credibilidad de la deuda pública de cualquier país de la zona euro, no se puede comprometer dejando que un país de la zona euro, con una moneda común con otros dieciséis países, haga una quita si no se han agotado antes todas las posibilidades. La zona euro agrupa a 330 millones de habitantes y es la segunda economía del mundo no muy lejos del tamaño de la economía norteamericana.

El ejemplo argentino no tiene nada que ver. Argentina había pegado su moneda al dólar porque había querido y sin pensar en un proceso de integración con Estados Unidos. Argentina nunca pensó en que tenía un destino común con los Estados Unidos en términos políticos, de sociedad, de país, e hizo una elucubración que le salió muy cara; una elucubración que le convenía desde el punto de vista de sus intereses, pero que al final no pudo mantener. Así que tuvo que poner corralitos y perdió, una vez más, su reputación ante los mercados financieros.

Eso no puede ni debe ni va a pasar en la zona euro. Hay instrumentos, hay mecanismos, hay recursos y hay capacidad política suficiente para evitarlo. Sabiendo que el ajuste griego es muy profundo, que los ajustes no producen resultados de un día para otro, que los griegos lo están pasando mal.

Pero por favor, no podemos comparar un país de la zona euro con Argentina. Y no podemos pensar que la solución Lehman Brothers fuera la mejor y tratarla de importarla para un país de la zona euro.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias. Quiero agradecer a Joaquín Almunia su presencia esta noche en Sant Benet. Mañana tiene un compromiso a primera hora en Estrasburgo y tiene que dejarnos. Con tu permiso, Joaquín, nosotros vamos a seguir con el coloquio.

Tienen ahora la palabra Fernando Vallespín y luego Francisco Longo.

Fernando Vallespín

Buenas noches. Yo quería interpelar al comisario, porque quería volver sobre el tema de Grecia pero desde una perspectiva muy distinta, y también quería volver sobre algunos de los temas que hemos debatido esta tarde, porque me ha extrañado que no saliera la cuestión que yo quiero suscitar.

Respecto de Grecia se ha hablado de todo salvo de una cuestión. Es una de las condiciones que el comisario nos dijo que tenían que cumplirse para que efectivamente pudiera salir de la crisis. Que llevara a cabo el nuevo “disciplinamiento” al que le iba a someter la troika. Yo conozco relativamente bien este país y está ya en una situación límite, y quería formular la siguiente pregunta: ¿Qué ocurre cuando llega un momento en que los ciudadanos de un país dicen o pueden llegar a decir “basta”? Estamos hablando de lógicas sistémicas, estamos hablando de una visión de Europa puramente tecnocrática, que está atendiendo a un tipo de racionalidad que no es la propia (nos lo ha recordado también Antonio Garrigues) de nuestros sistemas democráticos. Se entiende que un país, dentro de la democracia, decide por sí mismo cómo quiere ser, adónde quiere llegar, y en cierto



modo también, cuál es su destino. Si no, no sería un estado democrático. Entonces, lo de Grecia es un proceso en el cual se sigue acogotando a un país que está en el límite y donde el 85% de sus ciudadanos han manifestado no estar dispuestos a tolerar ni una medida más. ¿Hay un Plan B, de la Unión Europea, para esta situación? ¿Qué ocurre si los griegos no siguen disciplinándose? Dejo la pregunta en el aire.

Segundo, otra condición de la que nos habló el comisario. Inexorablemente vamos a una cesión de soberanía. Bueno, pero eso ¿quién lo dice? ¿Lo dice un comisario europeo o lo deciden los ciudadanos que tienen que ceder esa soberanía? Estamos hablando de países democráticos como si fueran meros sujetos pasivos de fuerzas sistémicas que les condicionan y que, por tanto, acogotan su posibilidad de decidir por sí mismos. ¿De qué nos sirve (esta es la gran contradicción) que las

necesidades sistémicas nos conduzcan inexorablemente a una mayor gobernanza europea? Se da la paradoja que nunca como hoy la ciudadanía europea había deslegitimado tanto las propias instituciones europeas. O lo que es lo mismo: es como si volviéramos a hacer un pacto europeo que equivaliera más o menos a un matrimonio de penalti. Es decir, que no tenemos más remedio que vincularnos, pero que en el fondo a lo que aspiramos es a seguir siendo estados soberanos que podemos decidir sobre cómo queremos ser.

Soy politólogo, lo siento. Me gusta crear conflictos, no resolverlos. Esto es la labor de los políticos. Me gusta crear los conflictos, por lo menos en la mente. ¿Qué es lo que ha creado la crisis del euro? La crisis del euro lo primero que ha creado ha sido deslegitimación. ¡Atención! No estamos hablando de falta de confianza, como se ha dicho aquí. Estamos hablando de deslegitimación. Está

provocando una cesura que va a ser muy difícil de superar entre los países del norte, ricos, y los países del sur, pobres. Nos va a costar décadas regenerar la confianza.

Recordemos que el proyecto de Jean Monnet y *tutti quanti* era muy inteligente. Estaba montado sobre la idea de que íbamos a generar interdependencias de tal forma que fuera impensable imaginarnos por separado. Pero lo que se ha producido en los últimos años en Europa no es culpa de Europa, realmente es culpa de (lo ha dicho también Antonio Garrigues) que los europeos no dependemos de nosotros mismos exclusivamente.

Lo que se ha producido en la Unión Europea es que nuestra interdependencia sistémica ha sido mayor que nuestra capacidad de comunicación social entre los diferentes pueblos europeos. Con lo cual nos encontramos con que todos sabemos que los griegos no tienen más remedio que hacer lo que tienen que hacer, y los griegos se resisten. Todos sabemos que los alemanes no tienen más remedio que dar ese paso para salvaguardar el euro. Y sin embargo, todos sabemos que dentro de la propia opinión pública alemana, dentro del partido del Gobierno, dentro de la coalición de Gobierno, dentro del Bundestag, hay voces que se niegan a aceptar la imposibilidad de los eurobonos.

¿Adónde quiero llegar? Creo que no hay reflexión sobre Europa que no tenga que introducir lo que de hecho se ha introducido en el debate entre España y Cataluña. Quiero conectar los dos debates. Y es que para formar parte de una misma politeia, por decirlo en términos cursis, hace falta algo más que puros intereses. Hace falta algo más que puros imperativos sistémicos. Hace falta comunicación. No basta con la integración sistémica. Hace falta integración social. Y eso es justamente lo que no hemos hecho en Europa. Y eso es justamente lo que hemos abandonado también en nuestro propio país, en particular en relación con Cataluña.

Me parece muy interesante que salgamos de lo político, que salgamos de lo cultural y que vayamos mucho más a las comunicaciones sociales en las que estamos inexorablemente implicados, que exigen que los políticos y, cuidado, los medios de comunicación prioricen a las personas por encima de los propios sistemas.

Cuando uno conoce las condiciones de vida griegas, la facilidad con que se habla hoy de un nuevo “disciplinamiento” a Grecia me parece tremendamente frívola. Yo creo que el elemento frágil de la Europa que estamos construyendo es ese. Si no nos tomamos en serio que más allá de Europa, más allá de una UE también hay pueblos que sienten, que padecen, que pueden sentirse implicados o desvinculados, me parece que no vamos a avanzar mucho.

Yo creo que Europa solo puede triunfar si, efectivamente, es una Europa donde los mecanismos de integración, de confianza mutua están por encima de esos imperativos sistémicos de los que siempre hablamos y que se han convertido en motor de la integración, cuando realmente debería ser al revés.

Hay un plan A, que se acabará cumpliendo, lo esperamos todos. Pero hace falta un plan B, que pasa necesariamente por volver a entusiasmar a los demoí europeos por ese proyecto que creo que hemos abandonado demasiado precipitadamente. Un proyecto que se llama Europa.

Francisco Longo

Yo había pedido la palabra hace mucho rato. Lo que ocurre es que intervenir ahora, después del gran tema que ha suscitado Fernando, es imposible. Sería como cambiar de Almodóvar a Dreyer o Antonioni. Un anticlímax.

No quiero resistirme a decir algo sobre lo que él ha dicho. Habría que aclarar si un proceso de cons-



trucción de instituciones de gobernanza global podría hacerse sobre las mismas bases de comprensión de la democracia representativa que corresponde a los estados-nación. A mí me cabe esa duda. Yo creo que Europa ha sido tanto un sueño como un método. Ha sido un sueño de integración, pero lo ha sido posiblemente porque ha utilizado el método de déficit democrático. Y cuando ha querido introducir ética y cohesión emocional en el proceso (convención, constitución, etc), ha fracasado lastimosamente. Y sin embargo, es probablemente la construcción de gobernanza global más grande en la historia de la humanidad, y marca el camino a otras instituciones de gobernanza global. Por lo tanto, creo que, desde este punto de vista, hay que poner en valor lo que Europa representa, a pesar de todo lo que para nosotros está suponiendo vivir en este contexto de crisis.

Dicho esto, que era una breve apostilla que no disiente en lo fundamental de lo que ha dicho Fer-

nando Vallespín, yo tenía la inquietud de trasladarles un apunte al hilo de la reflexión que han hecho algunas intervenciones anteriores sobre el distanciamiento entre política y sociedad, que en definitiva es el tema del cual venimos hablando recurrentemente.

Vivimos una crisis de funcionalidad de la política, una percepción de que la política no nos sirve para lo que la habíamos creado, también en el terreno de la elección de la política adecuada para hacer frente a planes A, planes B, etc, y aquí entra la brecha entre regulador y regulado que apuntaba Daniel Innerarity, y el progreso como complejidad según lo dicho por Antonio Garrigues.

Pero yo creo que, sobre todo, vivimos una crisis de la política entendida como “política de las políticas”, es decir, como capacidad social para tomar decisiones razonablemente bien tomadas en la esfera pública. Mi punto de vista es que ese no es un



problema de los políticos. Solemos conjugarlo habitualmente como una crisis de liderazgo. La crisis de liderazgo existe, pero es una manera de trasladar el problema a otros. La crisis de la política es una crisis de la sociedad y si no lo asumimos así, yo creo que seremos incapaces de rehacer el contrato social fundamental. Un contrato social que se tiene que hacer, creo, desde una gran paradoja.

Por una parte, debemos reconocer que la política es muy importante, que no podemos prescindir de ella, que no podemos sustituirla por los expertos ni por las redes sociales o por el asambleísmo. Necesitamos un grado determinado de política representativa.

Pero, al mismo tiempo, tenemos que descargar la política de un exceso de cosas. Es decir, le estamos pidiendo a la política seguramente más de lo que nos pedimos a nosotros mismos como sociedad. La política es muy importante, pero la política

no son los políticos como clase política. La política también son los grupos de interés, los medios de comunicación, las instituciones educativas, las profesiones organizadas. La política es todo eso. Mientras digamos que el problema es fundamentalmente un problema de liderazgo, estamos creando algo que, de alguna manera, nos protege socialmente de la necesidad de reformular este contrato social con la política. Creo sinceramente que, o nos reconciliamos socialmente con la política, o no la mejoraremos, y eso sería desastroso para todos.

Alfons Sauquet

Mi pregunta se la hubiera querido hacer a Joaquín Almunia, pero yo creo que tanto el *president* Pujol como Antonio Garrigues podrán responder a ella. Es sobre el futuro de Europa. Tengo la sensación que, en parte como consecuencia de



la crisis, hay un cierto proteccionismo en cuanto a las claves de interpretación de lo que nos está ocurriendo. El filtro a través del que Alemania interpreta la crisis es radicalmente diferente del que se está utilizando en otros países como en el nuestro. Miramos a Alemania y no entendemos cómo puede ser que no vean aquello que nosotros vemos con tanta claridad. Tiene sus razones históricas: tiene que ver, como ha dicho Joaquín Almunia, con la aversión a la inflación, tiene que ver con una determinada manera de entender la economía social de mercado, y tiene que ver con una serie de rasgos culturales e identitarios que ahora están asomando.

Tengo la sensación que esta crisis está haciendo aflorar elementos identitarios (en el buen sentido de la palabra) que dan claves de interpretación diferentes según los países. Y claro, esto está afectando a la manera como Europa se proyecta al futuro. Europa surge de una crisis, ciertamente, de

una gran catástrofe. Francisco Longo hablaba de películas. Me acuerdo de una de Roberto Rossellini, Alemania año cero. Alemania tuvo que reconstruirse de cero; en 1945 no quedó nada. A partir de ahí proyectamos una idea de Europa hacia el futuro, no exenta de cierto idealismo.

La pregunta que yo me hago es si la crisis está acabando con el idealismo. ¿Qué margen va a quedar para construir una Europa que salga del terreno estrictamente pragmático? ¿Qué horizonte tendremos en clave de proyección futura, de idealismo? ¿Cómo haremos de la idea de Europa algo que vuelva a ser atractivo?

Esther Giménez-Salinas

El año pasado, Rafael Nadal escribió un artículo espléndido sobre la jornada de ESADE. Acababa con una frase que me gustó mucho porque

la compartía plenamente. Dijo: “Yo esta noche no podré dormir”. La diferencia entre el año pasado y este es que este año ya venimos sin dormir todos.

Yo quisiera hacer tres preguntas. Una ya ha salido, pero me gustaría plantearla: la palabra impunidad. Siendo mi terreno el de la justicia, quiero plantear que en Europa tenemos unos índices de impunidad bajísimos: los homicidios se conocen, se detiene a los criminales y en un 97% se castigan. Quiere decir que, con todas las dificultades que tiene la justicia, los indicadores de eficacia y de confianza funcionan. En Latinoamérica es justo al revés: tiene un 95% de impunidad en los homicidios. Eso tiene como consecuencia que los ciudadanos no confían para nada en sus sistemas jurídicos.

En plena crisis, ¿qué índice de impunidad dirían ustedes que hay? La impunidad genera rebelión, desconfianza e incapacidad para responder a los problemas que aquí se han planteado.

En segundo lugar, querido Antonio [Garrigues]: claro que en las relaciones Cataluña-España el diálogo es bueno, pero también es asimétrico. Y cada vez más, Cataluña se siente agredida. No estamos ante el diálogo de Platón que busca la verdad. No: estamos frente a una situación en la que las relaciones asimétricas hacen el diálogo casi imposible. Y lentamente, por ideología o por un sentimiento más pragmático, la distancia se va agrandando, nos vamos separando y la cuerda se va estirando. Entonces, el diálogo asimétrico solo será posible a través de una tercera persona, de una tercera institución, de un mediador. Pero es necesario recuperar el respeto, y el respeto, lo siento mucho, nos lo hemos perdido un poco mutuamente.

En tercer lugar, tengo la sensación de hablar desde el poder establecido. Aunque se ha apuntado un poco, aquí apenas se ha hablado de la rebelión de los jóvenes. Y la rebelión de los jó-

venes, desgraciadamente, al menos es lo que yo pienso, será una reacción violenta, será una rebelión muy importante. ¡Ojalá me equivoque! Pero los indicios son que los gobernantes nunca se enteran de las rebeliones hasta que pasan. Es decir, de todas las rebeliones que conocemos, nunca nadie se pensó que iban a tumbar el poder.

El tiempo, para los jóvenes, es algo muy distinto: nosotros ya hemos consumido gran parte de nuestro tiempo. Los jóvenes lo tienen todo por delante y cuando se tiene poco que perder, se tiene mucho que ganar. Será esporádico, no será de golpe, podremos decir que no están organizados, todo lo que ustedes quieran. Pero a mí me parece que si la jornada va sobre nuevos ciclos y el futuro, o escuchamos lo que dicen los jóvenes o nos lo dirán ellos, pero con otras palabras.

Joan Rigol

Solo quiero expresar algo que aún no sé si calificar de sospecha o de duda. Agradezco mucho la sensibilidad de muchas personas del centro de España que vienen aquí y nos dicen que están preocupados por las relaciones entre Cataluña y España y que debemos dialogar. Pero en los seis años que estuve haciendo política en Madrid nunca encontré un solo político español con un interés real, con una preocupación honesta por la integración de Cataluña en España. La sospecha que tengo es que se trata de una relación de buena educación, “sí, sí, os entendemos”, pero inmediatamente se olvidan de nuestro problema. Esta es la duda o la sospecha.

Àngel Castiñeira

Molt bé. Cerraremos la sesión con dos intervenciones. Primero Antonio Garrigues y finaliza el *president* Pujol.



Antonio Garrigues

Es un debate fascinante, desde todos los puntos de vista. Y este tipo de diálogos son de un enriquecimiento maravilloso. Todos recordáis, seguro, el famoso debate que hubo durante mucho tiempo, sobre el coste de la No-Europa y la cantidad de libros que se escribieron sobre ello. Se decía: “dese usted cuenta, de lo que nos puede pasar si no hay una Europa unida, dese usted cuenta”. ¿Os acordáis? Lo he debatido mil veces. Hablábamos, hablábamos, hablábamos. Y la verdad es que vamos a tener que releer el libro y plantearnos cuál es el coste de la No-Europa, y plantearnos el futuro de este continente europeo.

Sobre las debilidades de Europa y la falta de identidad europea, acabo de leer otra vez la famosa encuesta que se hace en todos los países europeos: “¿Se siente usted más francés

que europeo, o más europeo que francés? ¿Se siente usted más alemán que europeo...?” El sentimiento europeo está bajando permanentemente. La gente es más alemana o francesa que europea.

Por lo tanto, acerca de Europa tenemos que preguntarnos qué queríamos hacer con ella y qué queremos hacer con ella en el futuro. Como no hagamos este tipo de ejercicio podemos caer fácilmente en el buenismo o en el posibilismo. Me ha parecido que la aportación de Joaquín Almunia ha sido muy buena y muy valiente. Si hubiera sido él yo no habría hablado así de ciertos países, máxime cuando hay prensa en la sala.

Debo reconocer que yo también he escrito cosas contra la idea de Europa. Cosas tremendas: he hablado de la Europa egoísta, la Europa insoli-



daria, la Europa envejecida. Y lo voy a conectar con el tema de los jóvenes. Europa está convirtiéndose en un continente viejo, y cuando uno es viejo, lo sé por propia experiencia, es viejo. En Europa, las mujeres no tienen el número de hijos necesarios (no por su culpa, no se me entiende mal) para mantener la población activa. Estamos en el 1,4 mientras que en Estados Unidos tienen el 2,1. La mujer americana mantiene la población activa. Países como España están envejeciendo a velocidades de vértigo. Somos el país con menos natalidad, excluido el Vaticano. Que Italia y España sean los dos países al mismo tiempo más machistas y con menos natalidad, es una cosa realmente sorprendente. Con esto quiero decir que este debate sobre Europa, que es fascinante, lo estamos construyendo en un momento que es fatal desde el punto de vista de la habilidad intelectual: cuando uno está en crisis, está en crisis.

Este mismo debate, en un proceso de crecimiento como el que teníamos (hay que reconocer que hemos tenido un crecimiento absolutamente espectacular, nunca jamás en la historia de la humanidad el mundo se ha enriquecido tanto como en los últimos diez o quince años) hubiera sido diferente. Ahora, de pronto, en plena crisis lo empezamos a debatir todo. Y yo creo que no podemos debatirlo todo, no podemos empezar ahora a debatir sobre Europa, el euro y su existencia. No podemos hacer eso. Podemos hacer otras cosas, pero eso no lo podemos hacer.

Primero. En el mundo vemos tres bloques muy claros: el bloque norteamericano, que incluye Canadá, México y Estados Unidos. Tenemos el eje del Pacífico, que es muchas más cosas que China y que India; también hay países como Tailandia o Indonesia. Y tenemos el continente europeo. Luego les diré unas palabras del mundo

africano. Pero estos tres bloques están en pelea: Estados Unidos quiere mantener su supremacía; el Eje del Pacífico quiere recuperar la supremacía; y todo eso va en contra de Europa. Y aunque sea por puro pragmatismo, tenemos que plantearnos si un debilitamiento profundo de Europa, a todos los que estamos aquí presentes, nos puede interesar o no.

Segundo. Tenemos que volver a pensar que, a lo mejor, como continente envejecido hemos perdido la capacidad de reacción, lo cual nos obligaría a levantar el ánimo, pese al envejecimiento, y a pensar de una manera más eficaz, más joven, más dinámica. Porque si estamos envejecidos como continente, si no tenemos capacidad de reacción, si nos aburre Europa, la cosa va mal. Recuperar el dinamismo europeo es complicado, lo comprendo, pero alguien ha mencionado que, en efecto, Europa sigue siendo la mayor potencia

mundial en términos comerciales y económicos. Y eso es verdad.

Por lo tanto, cuando hablamos de estos temas y cuando nos planteamos el tema de Grecia, estoy absolutamente de acuerdo con Joaquín Almunia. Joaquín Almunia no puede decir otra cosa que la que ha dicho. Si dijera otra cosa sería tremendo.

Un líder no puede ir contra sus propios intereses. Yo no puedo llegar a mi despacho y decirle a mi gente "no trabajéis más porque esto se hunde. Es mejor que lo dejemos lo antes posible y vivamos la decadencia con dignidad".

Tercero, y termino. Uno de los grandes problemas que tiene el liderazgo actual es que los líderes han perdido poder. Un líder ahora no puede mandar, su capacidad de mando es

mínima. Ya no podemos pensar en liderazgos carismáticos, potentes, fuertes. La gente piensa que hemos luchado mucho para evitar ese tipo de liderazgos, y ya no los quiere. ¿O es que queremos un liderazgo de tipo chino? Yo no lo quiero, ni de tipo ruso tampoco. Yo quiero un liderazgo democrático, un liderazgo que busque el consenso, que busque el diálogo, que trabaje en esa línea.

Los valores que ha aportado Europa a la democracia son demasiado importantes para poner en cuestión este tema. Es verdad lo que han dicho Fernando Vallespín y Paco Longo: estamos aceptando lo que nos imponen sistémicamente sin darnos cuenta de que el asunto no está solamente en el dinero, en el pragmatismo, en los intereses; por descontado que no. Ahora bien, no olvidemos que en las relaciones humanas, el pragmatismo y los intereses son muy importantes y que tomarlos en consideración no dice nada malo de nosotros. Todos tenemos intereses y somos pragmáticos, absolutamente todos. Hay que reconocer que unos más y otros menos, pero todos tenemos y todos lo somos, y eso es lo que mantiene la continuidad en una sociedad. Si queremos vivir de utopías y queremos pensar que la condición humana es maravillosa y lo supera todo, estupendo. Pero eso no es así. El ser humano es una mezcla de intereses y de ensueños, de intereses, de pragmatismo y de idealismo. Eso es lo que somos.

Con esto lo que quiero decir es que en las relaciones entre Cataluña y España yo acepto todo lo que se ha dicho, y acepto perfectamente el concepto de diálogo asimétrico. Soy una persona que parte de concepciones liberales y federales. También creo que no hay ningún tipo de federalismo que esté perfectamente asumido: ¿qué tiene que ver el federalismo alemán con el federalismo británico? Nada. ¿Con el federalismo americano, con el federalismo mexicano? Nada. Cada país tiene su federalismo. España

tiene que encontrar su propio modelo. No lo vamos a encontrar en un minuto, pero hay un programa federal.

La relación entre España y Cataluña se dañó con el episodio del Estatuto. Ahí empezó una bajada a fondo y la reforma constitucional ha producido un daño lógico, comprensible. Pero no puedo aceptar que eso se tome como argumento suficiente para culpar a España de generar un diálogo asimétrico irrecuperable. Aquí hay gente que ha demostrado una capacidad de convivencia y de relación tremenda, y que en Cataluña se hable tanto de que el diálogo es irrecuperable y el proceso irreversible, a mí la verdad es que me inquieta profundamente. Estaría hasta dispuesto a aceptar que es irreversible, pero si hablamos del coste de la No-Europa, hablemos también del coste de la No-España. El coste de la No-España también es otro coste importante.

Por eso hago un llamamiento a la sociedad civil. Creo que en estos momentos el estamento político es incapaz de afrontar este diálogo entre Cataluña y España de una manera confortable y convivencial. Y es ahí donde la sociedad civil empieza a recuperar un papel crucial. El inicio de la sociedad civil en España se sitúa en Cataluña con los movimientos mutualistas y en estos momentos Cataluña sigue teniendo, con gran diferencia, mucha más sociedad civil que la que tiene Madrid.

Jordi Pujol

Bueno, podría tener la tentación de contestar alguna de las cosas que ha dicho Garrigues, pero no lo haré. Es muy tarde y más o menos he dicho lo que tenía que decir.

Voy a hablar de Europa y de Grecia. Miren, yo soy europeísta desde que tenía dieciséis años. Entre



los dieciséis y los dieciocho años me definí políticamente como patriota europeo. En mi definición se cuentan muchos otros rasgos, claro, pero también el de patriota europeo. En aquella época coincidieron tres cosas. Una, el discurso de Churchill en Zúrich en 1946. Segundo, que a los dieciocho años, por las escuelas a las que había ido conocía bastante bien la historia de Alemania, de Francia y de la Edad Media, que es una cosa que también sirve para entender lo que es Europa. Porque a mí me gusta la historia, soy un historiador frustrado. Y luego leí un libro absolutamente utópico (a los dieciséis años o diecisiete años, los libros utópicos son los buenos) que se titulaba *Pan-Europa, hacia los Estados Unidos de Europa*. Lo escribió un conde austrohúngaro de orígenes griegos, Coudenhove-Kalergi, y venía a decir, en 1923, que puesto que en Europa hacemos una guerra cada dos por tres, lo que hay que hacer es unificar el continente. Este también fue el pensamiento de

Adenauer, de Schumann, de De Gasperi y de Monnet: juntémonos y así no habrá más guerras. Lo que pasa es que a Monnet, a Adenauer, etc, les salió bien, y a Coudenhove-Kalergi, que era mucho más teórico, no le salió bien.

Por lo tanto, tengo esta biografía: soy un europeísta utópico. Yo pensaba que realmente podíamos llegar a constituir unos Estados Unidos de Europa, lo cual no es posible. Una vez Helmut Schmidt me dijo que no era posible: "Europa tiene que ser algo, que no van a ser los Estados Unidos de América, pero tampoco tiene que ser una alianza de estados; por lo tanto vamos bien por este camino intermedio". Pues bien, este es el camino que se ha seguido y yo creo que con bastante éxito.

Pero como europeísta utópico que soy de origen, siempre pensé que cuando hubiera una



crisis sería, Europa se vería obligada a hacer un mayor paso hacia la integración. No llegará a ser los Estados Unidos de Europa, pero será mucho más que lo que existe a día de hoy. Y bien, esta oportunidad la tenemos, ha llegado. En realidad se están haciendo pasos positivos: se está hablando de política fiscal unificada, de tesoro único, se están tomando medidas en este sentido. Esperemos que la Unión Europea salga institucionalmente reforzada de esta crisis.

Sin embargo, para que pueda ser esto así se requieren ciertas condiciones. Todo el mundo defiende la creación de los eurobonos. Ya lo ha dicho Joaquín Almunia: puede que los eurobonos se hagan, pero no se podrán hacer mientras no haya tesoro único. Y no se pueden hacer eurobonos mientras no haya una política fiscal con muchos elementos de unificación, o mientras la Unión Europea no tenga cierta capacidad de

fiscalización de los presupuestos. Hablamos de cesiones de soberanía muy amplias que sí permitirían la creación de los eurobonos. Esto es un aspecto concreto, técnico y político.

Ahora es muy fácil decir: "¡Pobres griegos, estos alemanes son tan egoístas!" Hablemos un momento de ello. Antes alguien ha dicho que hay una cuestión ética. Efectivamente, en la situación de Europa hay una cuestión ética. Y ¿cuál es? Hombre, que no se pueda hacer trampa. Y en Europa se ha hecho trampa. Lo han hecho los griegos, los españoles, los italianos. Y los propios alemanes, es verdad. En Maastricht se establecen cuatro criterios que los pobres portugueses no cumplen, por lo que son castigados. Y al cabo de dos o tres años, Francia y Alemania tampoco los cumplen, por muy poco pero no los cumplen. Y entonces, dos personajes muy importantes y muy pícaros,

Schröder (luego hablaré bien de Schröder) y Chirac, hacen trampa.

En el caso de Grecia, esta actitud ha resucitado. ¿Qué es Grecia? ¿Y qué son los griegos? Tienen un gran orgullo. Se consideran descendientes de Aristóteles, de Sófocles y de Alejandro, aunque era macedonio, pero en fin, también de Alejandro. Y también se consideran depositarios del Imperio Bizantino y de la Iglesia Ortodoxa. El escritor y filósofo Nikos Kazantzakis dijo: "En el siglo XIX cuando hicimos la Guerra de la Independencia nos considerábamos descendientes de Aristóteles, pero en realidad éramos unos pastores semialbaneses". Es un país semibalcánico que además tiene a Aristóteles y que ha asumido su ascendencia muy bien, ubicando sus raíces en el movimiento helenístico de la Ilustración.

Esto fue un gran acierto, el mundo se lo creyó (y en cierto sentido quizás es verdad, porque Olimpia y el Partenón están allí) y, sumado al mito bizantino, les dio una fuerza enorme. El resultado fue que los griegos consideraron lo siguiente: "El mundo somos los griegos y los que quisieran ser griegos". Y a partir de ahí se lo permiten casi todo. Los que más han transgredido las normas europeas son los griegos, por más descendientes que sean de Aristóteles y de Platón. Y esto hay que tenerlo en cuenta. No para castigar nada, pero hay que tenerlo presente.

Segunda parte: se dice que los alemanes son muy malos, muy egoístas. Los alemanes lo que no quieren es que se aplique a nivel europeo el concepto de solidaridad que se ha aplicado en España. Una día, a propósito de la financiación de Cataluña, Bono me lo definió muy bien: "President, es que la solidaridad solo hay que practicarla con los bienes ajenos".

Los griegos pecaron de soberbia y España también. España es un país potente, de mu-

cha más envergadura que Grecia, sobre todo para bien, pero algunas veces también para mal. Aznar humilló públicamente a Schröder en la Cumbre de Berlín del año 2000. Schröder estaba atrapado, todavía estaba pagando los costes de la reunificación y estaba en crisis económica. Pidió disminuir la aportación que Alemania hacía a los fondos comunitarios y Aznar... Una vez oí decir a Joschka Fischer en una reunión: "Todavía me siento aturcido por la forma como Aznar humilló a Schröder y a Alemania". Después de la Primera Guerra Mundial, cuando los franceses tenían un problema económico salían a manifestarse. ¿Sabes cuál era el lema, Antonio [Garrigues]? ¡L'Allemagne paiera! ¡Los alemanes han perdido la guerra, que paguen! Me han contado que Aznar decía: "Yo me fumaba mis Cohibas y le decía a Schröder: 'yo ahora tengo tiempo hasta las cinco de la madrugada'". Y Schröder cedió.

Estas cosas también hay que tenerlas en cuenta. España tampoco ha sido tan seria. Finalmente el resultado es bueno, y seguirá siendo bueno, pero ha habido una alegría y una falta de seriedad extraordinarias.

Uno de los méritos de Felipe González es haber conseguido los Fondos de Cohesión. Como presidente del Gobierno estaba constantemente amenazado por una comisión de investigación del Congreso de los Diputados por el GAL, y CiU le dio estabilidad mientras negociaba los Fondos de Cohesión. Pero luego con estos Fondos de Cohesión se hicieron trenes de Alta Velocidad para ir a Albacete. Lo que interesa a España y a Cataluña es enlazar con la Europa central a través de la línea de mercancías de gran velocidad de ancho europeo. Pero no, tuvo más importancia enlazar con Albacete y además se hizo con una gran suficiencia.

Pues no, esto no es serio, como no es serio que los griegos decidan que la solidaridad se paga



con el dinero alemán y que ellos pueden gastarlo como quieran. Llega un momento en que una parte importante del pueblo alemán reacciona contra esto. Porque mientras Grecia incrementaba enormemente su función pública, Schröder (les he dicho que iba a hablar bien de él) vio que la situación económica empezaba a deteriorarse e hizo las cuatro reformas llamadas Hartz.

Schröder era un canciller socialdemócrata. Los demócrata-cristianos no le atacan especialmente, pero los sindicatos sí. Cuando el partido socialdemócrata, el SPD, reconvinó a Schröder porque estaba haciendo una política contraria a sus intereses como partido, Schröder contestó que además de presidente del Partido Socialdemócrata era canciller de la República Federal, y que su obligación era actuar como tal. Por lo tanto, presentó su dimisión como presidente del SPD y siguió haciendo de canciller.

Esta actitud no tiene nada que ver con la de los gobiernos griegos y no tiene nada que ver con muchas de las actitudes que se han dado en la política española. El hombre que afortunadamente mandó en España durante unos cuantos meses, sobre todo en mayo del 2010, fue Joaquín Almunia: "Presidente, le llama Joaquín Almunia". "¡Hombre, Joaquín, qué gustazo!" "No, no soy Joaquín, no soy el compañero Joaquín, soy Joaquín Almunia vicepresidente de la Comisión Europea y encargado de los asuntos económicos. El miércoles tiene que aprobar esto y esto". "Estamos en ello, estamos en ello". "No, nada de estar en ello, el miércoles. Y además el viernes tendréis que aprobarlo en Consejo de Ministros". "Hombre, es que no tengo mayoría". "No te preocupes, tú hazlo, y los nacionalistas catalanes, que nunca sabremos si son muy responsables o es que son tontos, también van a votarlo". Y así fue.



Los alemanes tienen sus defectos, naturalmente, pero son gente que han hecho un gran esfuerzo. Es algo que vale la pena recordar. Europa ha ido bien mientras ha funcionado el eje franco-alemán, que ahora no funciona o funciona a medias.

Una de las virtudes políticas principales es ser serio. Una cosa tan simple. ¿Qué se necesita para ser político? Ser serio. Los alemanes lo son. Los griegos no. España, a medias. Y nosotros, los catalanes, debíamos serlo mucho, por lo que he dicho antes.

En fin, la lección es esta. Tenemos ahora la oportunidad de solidificar políticamente Europa, porque estamos en dificultades. Debemos aprovechar la situación para hacer normas, reglamentos y demás. Pero aparte de eso, tiene que haber la misma actitud seria

que hubo después de la guerra. Debemos garantizar la paz. Debemos reconstruir el país. Y debemos repartir la riqueza, el estado del bienestar. Estas tres cosas: paz, riqueza y estado del bienestar.



Nuevo ciclo político en Cataluña

Àngel Castiñeira

Buenos días. Retomamos la sesión. Hoy el coloquio será moderado por José Luis Álvarez, profesor del Departamento de Política de Empresa de ESADE. Le doy directamente la palabra.

José Luis Álvarez

Muy buenos días a todos. Estoy seguro de que vamos a mantener el nivel apasionante de la tarde y la velada de ayer. Dedicaremos la mañana a hablar de ciclos políticos en Cataluña y en España, de su existencia o no, de sus características, etc. Empezamos con Cataluña.

La verdad es que desde el último Sant Benet, incluso desde antes del verano del año pasado, están pasando muchas cosas y a toda velocidad. Antes del verano tuvimos la sentencia contra el Estatut y la subsiguiente manifestación. Una manifestación políticamente apasionante, porque como los buenos cronistas significaron en el momento, supuso el anuncio del entierro político del *president* que la convocaba, José Montilla. Además, paradójicamente, esa manifestación también hizo obsoleto, como reclamación política primaria, el objeto de la misma, el Estatut. Con la manifestación, la reivindicación del Estatut dejó de ser el objetivo político primario y dejó paso al independentismo como parte de la naturaleza cotidiana de la política catalana.

Aquella sentencia también significó el primer aviso de que una estrategia política determinada (y, por cierto, poco explicada) estaba llegando a su obsolescencia dentro del complejo jurídico-legal del entramado normativo autonómico.

Rápidamente después de esta manifestación hubo elecciones y un nuevo Govern. Con el

nuevo Govern y con la crisis la situación económica pasó a dominar la problemática política del país, y con ella una nueva propuesta, la del pacto fiscal. Un pacto fiscal que supone la voluntad de equiparación con vascos y navarros, quizás no exactamente igual desde el punto de vista normativo, pero sí una equiparación en lo básico. De lo que se trata es de subsanar un error de la Transición o una característica de la Transición que se ha vuelto problemática con el tiempo.

La reforma constitucional se ha vivido como otro agravio tanto horizontal, con vascos y navarros, como histórico, en la medida en que, una vez más, quedaba patente que la Transición no se hizo bien para Cataluña. También se ha publicado la sentencia de la inmersión lingüística en un intento de empujar los cambios a través de lo legal. En un año probablemente han pasado más cosas que en todos los años previos de la democracia española. Y es en esta tesitura que nuestros dos ponentes nos van a exponer sus visiones sobre el ciclo político.

A modo de resumen, en este último año mucha gente dice que “algo se ha roto”. Hoy los periódicos recogen las palabras que ayer dijo el *president* Mas sobre la soberbia de España. El *president* Pujol, como es más católico, más entrada la velada añadió “pecado de soberbia”. Esto de que ya no nos queremos, de que algo se ha roto sentimentalmente, es muy curioso. Si los fundadores de la ciencia política, como Maquiavelo, hubiesen estado ayer aquí, se habrían quedado muy sorprendidos de que la gente se decepcione de la política por falta de sentimientos. Algo se ha roto y se reducen los márgenes de actuación política. El *president* Mas ha sido muy explícito: “O pacto fiscal o no contribuimos a la gobernabilidad del Estado”. Francesc-Marc Álvaro, en *La Vanguardia*, decía que “resumiendo electoralmente la situación en Cataluña, el



nacionalismo es más independentista, pero no crece electoralmente”.

Y también hay cierto desconcierto acerca de qué hacer en el futuro. ¿Cuál es la estrategia del nacionalismo si el pacto fiscal no funciona? O incluso si funciona, ¿cuál es el paso siguiente? Y también hay dudas sobre la voluntad del país de seguir por esta senda. De seguir adelante, ¿cuánta fricción política está dispuesto a tolerar o es capaz de soportar el país?

Por lo tanto, como diría Gramsci, el viejo orden todavía no ha muerto y el nuevo orden no acaba de nacer. Y para hablar de ese nuevo orden, de ese nuevo ciclo político, contamos con dos espléndidos ponentes. En primer lugar intervendrá Agustí Colomines i Companys, historiador, profesor de Historia Contemporánea de la Universitat de Barcelona y

actual director de la Fundació Catalanista i Demòcrata CatDem, vinculada a Convergència Democràtica de Catalunya (CDC). Autor de numerosos libros sobre catalanismo y también, muy interesante, autor de poemas.

A continuación intervendrá Ferran Requejo, catedrático de Ciencia Política de la Universitat Pompeu Fabra y especialista en federalismo, del que ha escrito numerosísimos libros. También ha sido galardonado con numerosos reconocimientos y premios académicos. Es un honor tenerlos entre nosotros. Tenéis quince minutos cada uno. Seré muy estricto con el tiempo porque tenemos el inmenso honor de contar con la presencia de Miquel Roca, uno de los padres de la Constitución, que va a comentar el primer debate de esta mañana.

Agustí, *si et plau*.



Agustí Colomines

Bon dia a tothom. Muchas gracias por la invitación a ESADE y específicamente a la Càtedra LideratgeS i Governança Democràtica. Creo que es la segunda vez que coincido con el profesor Requejo. La otra vez que coincidimos fue con motivo de la presentación de un libro de Alain Gagnon, el especialista en federalismo del Quebec. Pero no he tenido muchas más oportunidades de compartir mesa con él, por lo que estoy muy satisfecho.

Es cierto que la fundación que dirijo está pagada por CDC, pero también lo es que la apuesta que hizo CDC cuando me nombró su director implicó un cambio importante en el concepto de fundación política. CatDem no es tanto una fundación destinada a alimentar el programa político del partido cuanto un foro de apertura. Tiene por objetivo

abrir los márgenes del partido y captar el máximo de personas alrededor del proyecto nacionalista, eso que en términos gramscianos se denomina “nueva hegemonía”. La realidad no hay que inventarla: la misma composición del Govern actual es una demostración de lo que estaba explicando. El más emblemático es el *conseller* de Cultura, pero no solo él. Xavier Mena, *conseller* d’Empresa i Ocupació, u otros altos cargos de la Generalitat también son signo de dicha apertura.

Ayer se habló mucho de la situación económica. Quisiera hacer un apunte sobre ello. La pregunta que debemos formularnos es si la cuestión del déficit público catalán es solo el resultado de una mala gestión de los recursos públicos o si hay, además, un problema de déficit fiscal. El problema del déficit fiscal tiene como consecuencia el deterioro de la situación económica de Cataluña y añade un obstáculo más en comparación con el conjunto de

España. Cataluña representa más o menos el 18% del PIB español y, en cambio, padece un arrinconamiento en las grandes decisiones que generan crecimiento, como son las infraestructuras. Si llegamos a esta conclusión, es decir, si la crisis no solo no es igual que en otras partes, sino que además va acompañada de un déficit fiscal, debemos concluir que hay que romper las reglas que constriñen económicamente a Cataluña.

Antes estos planteamientos eran patrimonio de catalanistas y tanto alocados y radicales. Empezando por el malogrado *president* Barrera. Pero hoy en día es patrimonio de cualquier persona, sea cual sea su origen, hasta de los que nunca se habían definido como nacionalistas, como es el caso de muchos hijos de la inmigración. Esto es un cambio radical porque implica que la masa favorable al cambio ha crecido notablemente. Es importante tenerlo en cuenta para entender lo que dijo ayer el *president* Mas, a saber, que el pacto fiscal quiere consolidar esta mayoría. No que el pacto fiscal se consiga necesariamente, sino que, incluso de no conseguirse, la consolidación de la mayoría sería una victoria del catalanismo.

Para que eso acontezca, deben producirse dos fenómenos. Uno, la implicación de lo que ayer elogiaba Antonio Garrigues Walker, la famosa sociedad civil catalana. Debemos hacernos una pregunta de la que luego se derivarán políticas concretas: “¿Qué sociedad tenemos?”. Y no me refiero al debate sobre si hay mucha o poca inmigración, que me parece un debate fuera de lugar. “La inmigración se os comerá”, citaba ayer el *president* Pujol. Yo creo que la inmigración no se comerá nada porque es suficientemente poliédrica para no estar cohesionada. No es la inmigración de los años sesenta, no tiene un proyecto nacional alternativo.

Por tanto, el problema de Cataluña es su sociedad civil. Hay una paradoja: tenemos una sociedad civil soberanista hiperactiva y magnificada por los

medios de comunicación, que plantean a menudo debates absurdos como el de los toros. Es un debate absolutamente marginal en la sociedad catalana que interesa a animalistas y catalanistas radicales por igual, pero que, francamente, no forma parte de las grandes preocupaciones del país.

Por otro lado, tenemos una sociedad civil débil, encarnada en sindicatos, patronal, colegios profesionales, etc. Recuerdo la época del antifranquismo, cuando no había manifiesto alguno sin implicación de uno de los colegios profesionales, ya fuera el de economistas, el de abogados o el de periodistas. Aquí el más activo era el de periodistas, pero por otras razones que no vienen al caso. Hoy en día el compromiso político de la sociedad civil para con el interés general es muy relativo. No he visto nunca una manifestación sindical a favor del concierto económico ni del pacto fiscal. Creo que en buena medida eso es muestra de la debilidad que comentaba.

Y no se puede ignorar ese movimiento extraño, magnético, compuesto por desesperados y por bienestantes radicalizados y empobrecidos, el 15-M. No lo magnificaría. El malestar es evidente, aquí y en Londres y en muchos otros sitios, y es fruto de la frustración de las expectativas generadas, lícitamente o no, por el modelo económico imperante.

También hemos visto que el 15-M ha acabado siendo utilizado por elementos radicales y antisistema. Y ellos han sido magnificados, una vez más, por los medios de comunicación, que buscan como portavoces a personas de la Cuarta Internacional, que es una cosa tan primitiva como ser estalinista. Tienen nombre y apellido, eso no me lo invento, no es retórica ni es una manera de ridiculizar el movimiento. Tienen nombre y apellidos y en muchos casos incluso son profesores universitarios.

La primera conclusión es que debemos equilibrar las fuerzas de la sociedad civil. La sociedad civil digamos permanente, institucionalizada, aquella que trasciende en el tiempo, que no es meramente



coyunturalista, sino que vertebra la sociedad y le da forma de una manera clara, esa sociedad civil, digo, debe comprometerse políticamente. Sin su compromiso político difícilmente se puede reclamar el atrevimiento y la valentía de la política. Se dice que la política ha de ser atrevida, original, radical, hasta extravagante en algún momento, mientras que la sociedad civil debe ser moderada, tranquila. Eso es perverso. Si se quiere una política con liderazgos fuertes, se necesita una sociedad civil con liderazgos fuertes. Son vasos comunicantes.

Y con eso enlazo con la segunda parte de mi ponencia: la política. Hemos pasado de liderazgos fuertes a liderazgos que se dan porque, por decirlo de alguna forma, no hay más remedio. Es una realidad, no un demérito; es una simple descripción. Creo que esta es la mejor definición del *president* Mas. El *president* Mas no es un líder político clásico. Es un líder forjado en el compromiso político por las

circunstancias en las que se mueve. Estoy convencido de que Artur Mas, en cualquier otro país, no habría sido político. Son las circunstancias las que empujan al *president* a adquirir el compromiso. Eso tiene sus inconvenientes, pero también tiene sus ventajas. El inconveniente es que, a veces, eso provoca explosiones poco controladas, por decirlo de una forma. Pero la parte positiva es que el sentido del deber está muy arraigado. En política el engaño existe, todos los políticos lo practican entre ellos. Habitualmente, tienen la piel dura y lo toleran bien. Sin embargo, el *president* Mas no lo soporta, y quien le conoce bien lo sabrá. No lo soporta. Y eso condiciona mucho la toma de decisiones. Debemos entender ese rasgo de su carácter, ese comportamiento, para entender sus reacciones.

En cuanto al sistema de partidos catalán, hay que decir una cosa importante: Cataluña siempre ha tenido un sistema de partidos políticos propio, dife-

rente del español, en todas las épocas o, por lo menos, desde que existe una mínima democratización del Estado. Un sistema de partidos que, además, hasta define la realidad nacional catalana. El sistema de partidos es, pues, un hecho diferencial. Y el hecho diferencial es justamente el catalanismo.

Pero hoy en día, con seis grupos políticos (más uno en el Grupo Mixto) en el Parlament, tenemos un problema grave, porque la gran mayoría de los partidos políticos están en crisis, incluido el gubernamental. La crisis de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) no creo que la pueda explicar rápidamente, pero es evidente que ERC ha pagado muy caro las contradicciones entre su discurso y la práctica del poder. La consecuencia ha sido la fidelización de una parte de su electorado (el de izquierdas), pero, en cambio, ha perdido el electorado centrista que había ganado en los años anteriores. Si lo recuerdan, ERC obtuvo sus mejores resultados electora-

les cuando ocupó el espacio centrista y se definió como independentista posibilista. Cuando ha hecho lo contrario, cuando ha acentuado su izquierdismo o independentismo, le ha ido peor.

Iniciativa per Catalunya (ICV) es un partido muy estable porque tiene una franja electoral muy fiel, pero, fíjense, acaban de elegir a su dirigente para las elecciones a las Cortes y no han conseguido movilizar a sus propios militantes. Han tenido un 65% de abstención, algo que no es nuevo: Joan Herrera ya lo había padecido en su momento. Por tanto, ni el partido que predica la participación consiga que sus afiliados, unos 5.000, vayan a votar.

Los partidos que deben preocuparnos más, desde mi punto de vista, son el Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC) y Convergència i Unió (CiU). Son los partidos centrales de este país. En este país no se hará nada sin estos dos partidos, de



esto no les quepa la menor duda. Se puede prescindir de los otros, pero no de estos dos.

El PSC tiene un problema grave, lo decía Francesc-Marc Álvaro en un artículo publicado ayer sobre la “generación BlackBerry”: que no da el paso adelante necesario, entre otras cosas porque su líder natural, Carme Chacón, tiene España como prioridad. Por tanto, tienen un problema de liderazgo sencillamente porque no tienen líder. Su liderazgo es antiguo, es más de lo mismo. Y tienen, además, otro problema: mientras que todo el espectro político catalán se ha movido hacia el soberanismo, el único partido catalán que no lo ha hecho es el PSC y, por tanto, se encuentra en una situación complicada.

En CiU se ha hecho una renovación generacional. Es verdad, todo el mundo lo sabe. También ha hecho una renovación del proyecto. Pero su

manera de entender la política no ha cambiado ni un ápice. Hacen política a la antigua, y tienen un partido político destrozado en la medida que trabaja para la Administración, que lo vacía. Le falta músculo, justo lo que en estos momentos necesitaría, porque desde el Govern no se pueden hacer ciertas cosas.

Y para acabarlo de alinear, el Partido Popular (PP) en Cataluña es una anomalía. El PP es una anomalía en Cataluña, por mucho que acabe siendo el segundo o tercer partido en unas hipotéticas elecciones. Es extravagante, y mientras el PP sea un partido extravagante, tendrá problemas en España y evidentemente en Cataluña.

Antoni Puigverd decía el otro día que la política española estaba dominada por la inconsistencia y la trivialidad. En Cataluña, si tuviéramos que definir la política de forma rápida y contundente,

diríamos que hay un exceso de tacticismo, una floritura verbal también exagerada y un partidismo frustrante que alejan a mucha gente. Gente como la que reclamaba antes, que participe en política. “¿Por qué y para qué meterse en una lucha de estas características si termina igual?”, se dice la gente. Es necesaria una regeneración política, necesitamos mejores dirigentes, necesitamos una formación mayor y mejor, necesitamos un cambio de cultura política. Estamos ante un cambio de ciclo, no cabe duda: Entre otras cosas porque hay una gran mayoría que lo reclama. Moltes gràcies.

Ferran Requejo

Bon dia a tothom. Me sumo a los agradecimientos por poder participar en esta mesa. Hay gente escéptica ante este tipo de reuniones, gente que cree que no sirven de nada, que cree que sentar a una misma

mesa a periodistas, académicos, políticos, empresarios, etc., está muy bien, pero que luego todo el mundo se va a su casa y ya está.

Yo creo que no. Creo que es útil, aunque sea para escuchar músicas y letras diferentes de las que uno acostumbra a escuchar en su partido, en la universidad, en la empresa, en los periódicos, en las televisiones... Por lo tanto, lo mío es un agradecimiento franco, no solo protocolario o formal.

Como no dispongo de mucho tiempo y se me ha pedido que me centre en los retos y en los nuevos ciclos políticos, todo ello en quince minutos y encima sin simplificar, me he preparado una intervención muy esquemática. Me tendrán que perdonar si a veces queda como un titular sin desarrollar.

Creo que Cataluña está entrando en una nueva etapa de la mano del nuevo ciclo político. Esa

nueva etapa no se puede analizar en los mismos términos en que se analizaba la anterior. El fracaso del proceso de reforma del Estatut y la sentencia del Tribunal Constitucional marcan el fin de una etapa y el inicio de la siguiente. Creo, pues, que estamos en una nueva etapa.

Cataluña tiene problemas, como toda sociedad desarrollada, liberal y democrática. Tiene problemas generales y tiene problemas específicos en cuanto sociedad con historia propia, con una memoria compartida, con una realidad nacional distinta pero sin Estado propio. Eso le da una perspectiva diferenciada.

Les voy a hablar del segundo tipo de problemas, no de los generales. Me concentraré en los específicos para hacer reflexiones complementarias a lo que ha expuesto Agustí Colomines. Las centraré en lo que dicen la teoría política, la ciencia política y la política comparada de hoy. He sintetizado mi intervención en diez puntos.

Primer punto. La historia importa. Para entender las realidades políticas, la historia cuenta. Formalmente, Cataluña y la Rioja son dos comunidades autónomas del Estado español. Pero si las intentamos analizar de la misma forma, fracasaremos, seremos malos analistas. En contra de lo que dicen algunos juristas (bastante desinformados, dicho sea de paso), la realidad no es nunca lo que dicen las leyes y las constituciones. La realidad es lo que es y la historia es una pieza clave para entender bien la realidad política.

Sabemos que la historia liberal-democrática española es una historia desgraciada. Como Estado liberal-democrático, el Estado español es un Estado muy pobre durante toda la época contemporánea, y eso tiene sus costes. Yo creo que el siglo XXI (lo explicaré mejor si tengo tiempo al final) ha despertado más hegemonía que kantiano, ha despertado con mucha más presencia de lo que en filosofía política se conoce como la

necesidad de eticidad. Hablo de la necesidad de hacer congruentes las reglas políticas con las realidades plurales desde un punto de vista lingüístico, nacional, etc., y no solo desde una perspectiva meramente de derechos individuales del constitucionalismo clásico, es decir, estatalista. Si no lo pensamos en estos términos, nos perdemos una riqueza normativa extraordinaria. Y los costes son muy altos. Primer punto: la historia importa.

Segundo punto. La Transición de los años setenta dio como producto la Constitución de 1978, que tenía tres o cuatro grandes retos. Casi todos se solucionaron bastante bien: el reto de la modernización, el de poner las bases del estado de bienestar, el de la internacionalización de un Estado pobre en relaciones internacionales... Pero tuvo un defecto: en muchos aspectos se hizo por consenso y no por resolución. Consenso en torno a unos artículos que nadie sabía qué significado tenían. Había cierta voluntad de irresolución de determinados problemas. Al final hemos llegado a la paradoja de un Estado de las autonomías del que solo están contentos aquellos territorios que no habían pedido la autonomía. En cambio, el País Vasco y Cataluña están claramente desencantados, descontentos, frustrados..., por como se ha desarrollado la práctica del Estado de las autonomías. Y mucho más en la etapa actual.

Tercer punto. El marco legal ha evolucionado, pero aún queda camino por recorrer. Con respecto a Cataluña, hay una evolución desde la ambigüedad hacia la hostilidad. Durante casi treinta años ha predominado la ambigüedad constitucional: todo el mundo podía hacer una lectura favorable a sus perspectivas. Eso se ha roto. El contexto es cada vez menos ambiguo y cada vez más claro. Las ambigüedades al final quedan resueltas en favor del más fuerte, es decir, el poder central. Esto se ve en las resoluciones del Tribunal Constitucional, en algunas



actuaciones del Defensor del Pueblo (podríamos preguntarnos, ¿de qué pueblo?), en las actitudes de los dos partidos nacionalistas españoles principales (PSOE y PP), etc. Se han roto las ambigüedades a favor de una concepción más unitarista, más homogeneizadora del Estado y de la Constitución. Estamos justo aquí.

Cuarto punto, más breve si cabe. Tenemos un déficit fiscal que a nivel de política comparada es un escándalo. ¡Un escándalo! Este no es mi campo, pero todos los estudios que se han hecho avalan que tenemos un déficit fiscal de entre el 8,5% y el 11% del PIB. Esto no pasa en ningún otro Estado federal. Lo habitual es estar entre un 2% y un 4%. Por tanto, se puede hablar claramente de expolio fiscal. También tenemos un déficit crónico de inversión en infraestructuras. Parece un memorial de agravios, pero hay que decirlo todo. Cataluña tiene un déficit importante en relación con aeropuertos, puertos, ferrocarriles, etc.

Quinto punto. La Unión Europea también ha provocado cierto desencanto desde Maastricht. A veinte años vista tenemos una Unión Europea con una clara falta de proyecto, con una clara falta de liderazgo y con graves problemas internos de gobernanza.

Desde la perspectiva catalana, las esperanzas que se depositaron en la Europa de las Regiones no se han cumplido: veinte años después, la Europa de las Regiones simplemente no existe. El Comité de las Regiones es humo, no sirve para nada. La Unión Europea es una organización de Estados. Si no eres un Estado, no eres actor, y si no eres actor, no decides. Aun así, es importante tener y formar parte de la Unión Europea. Antes era un europeísta entusiasta, ahora soy un europeísta escéptico. Pero aún lo soy, porque no tener la Unión Europea sería peor.

Sexto punto. ¿Cuáles son los retos fundamentales de Cataluña? En términos abstractos, son los mismos de antes:



1. En primer lugar, conseguir el reconocimiento político y constitucional de la realidad nacional diferenciada, tanto a nivel interno como a nivel internacional. Es decir, ser un actor interno con un autogobierno económico y político fuerte, y ser un actor internacional que sea reconocido como tal, como actor.

2. En segundo lugar, conseguir lo que en términos de política comparada se conoce como acomodación política y constitucional del pluralismo nacional del Estado. Algo que aún no se ha conseguido. Todos los Estados son nacionalistas, todos, no hay una sola excepción en el mundo. Todos los Estados son agencias nacionalistas y nacionalizadoras. En los Estados plurinacionales hay, internamente, procesos de construcción nacional diferentes que a menudo convierten las relaciones Estado-periferia en competitivas o agónicas. Hay que buscar mecanismos o soluciones para acomodar estas cuestiones.

Las democracias liberales nunca son productos acabados. Hoy en día, en pleno siglo XXI, es necesario incorporar nuevos derechos colectivos inexistentes en el constitucionalismo liberal clásico para mejorar el funcionamiento y rendimiento de unas democracias liberales complejas, nacional y lingüísticamente plurales. Las democracias no son productos acabados, siempre están en proceso de reforma, de mejora normativa e institucional. Creo que en las democracias liberales, y eso solo lo apunto, el principal reto no es democrático, sino de liberalismo político: cómo articular mayorías y minorías nacionales, cómo poner límites, cómo crear checks and balances para evitar la tiranía de la mayoría, pero aplicado a cuestiones territoriales.

Séptimo punto. ¿Cuáles son las posibles soluciones que nos ofrece la política comparada? Debemos mirar al mundo. A los estudiantes universitarios siempre les insisto que, hablando de estos temas,

lo último que se debe abordar es la discusión sobre Cataluña y España. Primero uno debe salir al mundo, aprender de los problemas de otros Estados, aprender de sus soluciones. ¿Qué lenguaje utilizan? ¿Qué valores ponen en juego? ¿Qué instituciones ponen en marcha? ¿Por qué fracasan unas instituciones en un lugar y tienen éxito en otros lugares? Entenderlo bien es crucial. Y para eso sirve la política comparada.

Así que, ¿cuáles son las soluciones que ofrece la política comparada? Las soluciones no son veinticinco ni treinta, son tres. Hay tres grandes bloques, cada uno con sus variantes internas, para solucionar los problemas de acomodación de realidades plurales o complejas desde un punto de vista nacional.

1. Uno sería lo que se conoce como acuerdo federal. Seré muy prudente al usar la palabra federal porque, como veremos, no todos los federalismos sirven. El federalismo lleva un cuarto de milenio de desarrollo y en el mundo contemporáneo hay muchos modelos muy diferentes. Hay federalismos que sirven para unas cosas y otros que no sirven en absoluto. Al revés, pueden incluso complicar la situación. O sea, defender el federalismo en el fondo no es defender nada. No lo es hasta que no se concreta de qué modelo federal se está hablando.

El modelo alemán no sirve para España; el modelo americano tampoco. No sirven los modelos uniformes porque la realidad no lo es. Y no lo es no por intereses económicos ni por intereses territoriales. No lo es por intereses basados en realidades nacionales diferenciadas, que es mucho más complicado que las realidades uniformes desde un punto de vista nacional.

2. Segundo tipo de soluciones: lo que en la jerga politológica se conoce como instituciones consociales. Es decir, instituciones basadas en el consenso. ¿Consenso entre quiénes? ¿Entre ciudadanos? ¿Entre partidos? No. Consenso entre mayorías y minorías nacionales, entre mayorías y minorías lin-

güísticas. Bélgica tiene mecanismos de este tipo. En Bélgica hay representación paritaria entre flamencos y valones, en todas las instituciones, por medio de mecanismos consociales, de consenso.

3. La tercera solución es la secesión. Cuando existe incomodidad, cuando hay desconfianza, cuando hay problemas, la separación puede ser una solución. Se pueden combinar mecanismos federales con mecanismos consociales. Mecanismos federales con la regulación del derecho a la secesión si se cumplen determinadas normas. Hay ejemplos de ello; pocos, pero los hay.

Octavo punto: ¿y ahora qué? La pregunta de siempre. Hace algunos años escribí un artículo sobre los posibles escenarios futuros del Estado de las autonomías. Hablaba de los más deseables y de los más probables, dos cosas diferentes: un escenario puede ser deseable y no por ello probable, y al revés. Ordenados de menos a más favorables para Cataluña, los escenarios pueden ser seis.

1. Primero, podemos entrar en una nueva etapa de recentralización o de intento de recentralización, vía pacto PSOE-PP, siguiendo la estela de la reciente reforma constitucional. Y por recentralización quiero decir homogeneización del Estado, del sentido de Estado, de la visión del Estado. Los dos grandes partidos españoles tienen un grave problema de falta de cultura federal. Nunca piensan en federal, nunca piensan el Estado desde el presupuesto del pacto. Al revés, tienen una concepción afrancesada del Estado, una concepción jerárquica: tiene que haber un centro fuerte y el resto son cosas de Segunda A o Segunda B. La periferia nunca juega la Champions. La Champions la juega el poder central, junto con los otros Estados de la Unión Europea. Nunca gana la Champions, pero juega.

2. Segundo escenario: continuismo, más de lo mismo, continuidad del Estado de las autonomías. Con alguna reforma, quizás pequeños detalles, peque-



ños cambios en cuestiones de fiscalidad, pero con continuidad del modelo general.

3. Tercer escenario. Que se utilice el Estado de las autonomías para estirarlo, podríamos decir en términos de federalismo tradicional. Se podría pasar a un sistema de federalismo fiscal propiamente dicho. Hay diferentes modalidades: es muy diferente el alemán del canadiense o el norteamericano, pero todos tienen en común que se sabe quién recauda los impuestos, quién los paga, etc. También se podría convertir el Senado en cámara de representación territorial, que la Constitución dejara de mentir y que los senadores de las minorías pudiesen defenderse y tuvieran derecho a veto. Eso sería pensar en términos federales, de Estado plurinacional. Eso sería estirar el Estado de las autonomías.

4. Siguiendo la senda del federalismo, un cuarto escenario posible sería la evolución hacia un federalismo moderno que piense en plurinacional. El

federalismo clásico es predominantemente uniaxial. Es el caso del federalismo norteamericano, durante muchos años el gran modelo, el único Estado federal del mundo.

En este cuarto escenario el federalismo tiene en cuenta a las minorías: derechos, instituciones, actores políticos, procesos de decisión o de reforma de la Constitución..., todo está pensado en clave de protección de minorías. La Constitución española no está pensada así.

5. Un quinto escenario sería el que se puede llamar acuerdo de partenariado: una Cataluña autogestionada que pudiera decidir por sí misma en temas económicos, culturales, etc., y mantuviese algún vínculo con el Estado, pasaporte, relaciones internacionales, moneda, etc.

6. El sexto escenario es simplemente la secesión. Dar un paso más y poner otra bandera en el mapa.

Creo que en el momento actual, y este es el último punto, los escenarios tres y cuatro se han evaporado. Ya no existen, por lo menos en términos realistas. Estábamos en el 2, la continuidad del Estado de las autonomías, con algunos indicios de recentralización, de homogeneización. Las vías federales están desapareciendo.

Hasta hace unos años yo defendía un modelo federal basado en una lógica plurinacional. Actualmente ya no lo defiendo. Tal vez porque me voy haciendo mayor. Me parece una opción ingenua, una cortina de humo sin plausibilidad, ya que la cultura política del Estado español no lo permite.

Los términos federalismo y Europa se utilizan a menudo como coartadas para que nada cambie, como instrumentos conservadores para garantizar el statu quo. Los partidos que aún lo reclaman en sus programas políticos nunca han explicado a qué se refieren con federalismo. Sus programas y sus estudios son muy pobres en los planos conceptual, de política comparada y de concreción institucional. Si no se explicita qué modelo federal se persigue, con qué derechos para quién, con qué instituciones, con qué mecanismos de reforma constitucional, etc., entonces todo queda en papel mojado.

Hoy se habla del pacto fiscal. ¿Qué significa pacto fiscal? Porque pacto fiscal ya tenemos uno. La ponencia del Parlament de Cataluña dice: "Pacto fiscal en la línea del concierto económico". Esto concreta más la cuestión. Sea como fuere, creo que estamos jugando la segunda parte del mismo partido: la primera parte fue la reforma malograda del Estatut. Había cuatro grandes objetivos en la reforma del Estatut y ninguno de ellos se alcanzó. Si quieren, en el debate podemos hablar de ello. Ahora entramos en la segunda parte del partido: el pacto fiscal. Si fracasa, que es bastante probable, los incentivos para la confrontación serán mayores que para el consenso. En definitiva, si el pacto fiscal fracasa, habrá una segunda ola independentista en Cataluña, una radicalización de las

posiciones nacionales. Y esto es un reto para Cataluña, para su sociedad civil, para sus partidos.

Pero quisiera hacer una distinción entre el independentismo y la independencia. Parece elemental lo que estoy diciendo, pero a veces hasta en Cataluña se confunde. El independentismo es un movimiento, la independencia es un objetivo. Se puede contar con un gran movimiento independentista y no conseguir la independencia. Y al revés, ha habido situaciones en que la independencia se ha producido con movimientos independentistas muy débiles, por circunstancias de orden internacional como el hundimiento de un imperio, que ciertos actores presionan con éxito o simplemente porque se aprovecha una coyuntura favorable.

El liderazgo de la Generalitat será clave para el futuro de Cataluña. Creo que reforzará el independentismo y esto, hoy, es conveniente. Quizá no para conseguir la independencia, pero sí para conseguir la acomodación política más favorable y para romper la hostilidad del Estado en el ámbito de los derechos, de los presupuestos, de las instituciones, de los procesos de decisión, de la política internacional, de la política europea... En definitiva, para tener un estatus más favorable.

Y este es un problema de liderazgo y de contención en la defensa del país. En definitiva, o se rehace el pacto inicial de la Transición en términos mucho más modernos y favorables al reconocimiento nacional y al autogobierno político y económico de Cataluña, o el camino será de confrontación y de separación.

Por eso decía que estamos en tiempos más hegelianos que kantianos. Los colectivos, las identidades de grupo pesan. Los discursos cosmopolitas, internacionalistas, conceptos como patriotismo constitucional o posnacionalismo, todos ellos son una coartada a favor de los nacionalismos hegemónicos. Si uno tiene su identidad nacional asegurada, puede ir de cosmopolita. Si se pertenece a una minoría, no.



Por eso, insisto, el liderazgo es fundamental, también el de los partidos. Ellos son los actores políticos principales, pero tienen un problema muy grave de calidad de liderazgo. Me refiero a los partidos catalanes, pero también a los españoles. Creo que hay liderazgos muy delgados, coyunturales. En cambio, no los hay de mesopolítica, que es lo difícil. La mesopolítica es la capacidad de imaginar programas y estrategias a entre cinco y quince años vista: a día de hoy la echamos de menos. Detecto buenos mesopolíticos en la generación anterior, en la generación de la Transición, a pesar de las críticas que se les pueda hacer.

Muchas gracias.

Enric Juliana

Muy buenos días. Inicialmente no quería hablar, pero a medida que las dos intervenciones se iban

desarrollando una cierta inquietud me ha ido recorriendo la columna vertebral, hasta el punto de que el brazo se me ha alzado para pedir la palabra.

Me sorprende bastante que a la hora de analizar el nuevo ciclo político de Cataluña no haya habido referencias a dos elementos fundamentales: por un lado, el impacto de la crisis económica en el interior de la sociedad catalana, que tendrá un recorrido cuyo impacto o cuya dimensión todavía desconocemos. Por otro lado, el marco internacional y, concretamente, el marco europeo.

Contaré una anécdota que el presidente Pujol conoce bien: cuando acabó la Primera Guerra Mundial (en la que Cataluña envió un cuerpo de voluntarios a luchar junto con las tropas francesas), Cambó visitó a Clemenceau para hacerle una petición. “Nosotros hemos ayudado a Francia, a los ganadores de la guerra, Cataluña ha hecho un gran gesto. Ahora de alguna

manera se le tendría que compensar”. Le explica qué pasa en Cataluña, qué desea Cataluña, cómo lo ve la Lliga, etc. Clemenceau le escucha y sus primeras palabras cuando responde dicen: “*Pas d'histoire*”. Viene a decirle: acabamos de organizar una matanza a escala europea, lo que tenemos que hacer ahora es reconstruir todo lo que hemos destruido, tenemos que crear el nuevo orden que deriva del resultado de la guerra; muchas gracias por su ayuda, pero *pas d'histoire*. Creo, sinceramente, que si un dirigente político catalán hoy va a ver a la señora Merkel, al señor Sarkozy, al primer ministro británico, al primer ministro italiano..., la respuesta sería “*pas d'histoire*”. Es más, esta respuesta ya está escrita en la prensa europea, en la prensa internacional. El principio de realidad me parece fundamental para cualquier análisis político. *Pas d'histoire*, esta es la situación.

La hostilidad de la prensa extranjera (y de la prensa europea) respecto a la cuestión nacional

catalana es manifiesta desde hace unos años. Con algunas excepciones, con algunos matices, pero aun así es manifiesta. Lo he visto claramente desde Madrid, es evidente. En Madrid estas cosas se trabajan. El marco mental de la interpretación de la realidad española se fabrica en Madrid.

No querría alargarme mucho, pero hay una anécdota que no puedo resistir explicar. Tuve una conversación sobre la cuestión de Cataluña con el corresponsal del diario Público en Portugal. Era en la época de las elecciones en Cataluña. Comprobé que había adquirido el punto de vista central español. Hablaba de la cuestión catalana incluso con un cierto resentimiento. Al final le digo: “*La Vanguardia* tiene intención de publicar, durante la campaña electoral, un artículo con el punto de vista de algunos corresponsales de prensa extranjeros en Madrid”. Entonces me dice: “Sí, te lo haré, pero que sepas que yo escribo en por-

tugués. Vosotros ya me lo traduciréis”. Es decir, es un tipo que está en Madrid y que tiene como principio no escribir un artículo en castellano si se lo pide un periódico español (aunque lo habla y lo escribe perfectamente), pero que, a la hora de escribir sobre la situación española, reproduce el discurso del ABC o de cualquier periódico de extrema derecha de Madrid. Esta es la situación.

Hay un malestar muy grande, hay un sector de la opinión pública, un sector social configurado por clases medias, por profesionales, por el mundo académico, incluso por parte del mundo empresarial, que está hartado. Pero insisto (y en eso coincido mucho con el reciente artículo del amigo José Luis Álvarez), creo que este segmento se está recalentando. Creo que se atribuye más razón de la que tiene objetivamente y creo que, además, corre el peligro de aislarse del conjunto social. Con consecuencias políticas graves si esto sucede.

A mi modo de ver, una de las novedades del ciclo político catalán es que la cámara de aire que existía (y que ha funcionado desde el 77 hasta ahora) entre el nacionalismo catalán y la realidad se ha hecho más pequeña. En el interior de esa cámara de aire estaba el PSC. Era una cámara de aire o una bolsa hidráulica, como queráis llamarla, que separaba el nacionalismo catalán de una parte de la realidad social catalana. En estos momentos la cámara de aire se ha hecho más pequeña, y el nacionalismo catalán (con todas sus razones, con todo su ímpetu y su fuerza social, que la tiene, pero también con todas sus fantasías, como corresponde a cualquier movimiento político) empieza a topar con una pared que, hasta ahora, la existencia del PSC le impedía tocar.

Pongo un ejemplo muy concreto, y acabo aquí porque no me quiero alargar más: Badalona. El sistema de creación de opinión en Cataluña ha descrito la situación de Badalona como una cosa de barriada, de unos pobres desgraciados que tienen problemas con la inmigración y donde un individuo inmoral y oportunista ha levantado la

correspondiente bandera, siendo comprensible que la pobre gente se haya lanzado a sus brazos y siendo evidente que se trata de una excepción que caerá por sí sola. Pues esto no es verdad. Cuando en Badalona se ha votado, la gente sabía qué votaba. Sabían que votaban otra identidad política y, atención, sabían que votaban otra identidad nacional. Tal vez no de manera manifiesta, no de manera hostil, pero sí han abierto la veda de lo que puede llegar más adelante.

Convergència lo ha sabido leer bien. La prueba más clara de ello es que, teniendo la oportunidad de liderar la ciudad, ha decidido esperar a ver qué pasa. Badalona no es una broma. El profesor Requejo dice que el próximo escenario es un incremento del independentismo en Cataluña. Yo le deseo que Santa Llúcia li conservi la vista, pero creo que no. En los próximos tiempos podemos encontrarnos con fracturas en el interior de la sociedad catalana. Los elementos de fractura están ahí y no tengo ni la menor duda (aunque no quiero prejuzgar las intenciones del Partido Popular) de que sectores importantes del centroderecha español trabajarán activamente a partir del 21 de noviembre para activar y ensanchar los elementos de división de la sociedad catalana.

No lo adjudico necesariamente a la dirección del Partido Popular, pero no se puede hacer una equivalencia absoluta entre PP y PSOE. El PSOE es un partido muy orgánico, el principal partido político español, quizá el único partido político español en el sentido literal de la palabra. El Partido Popular, en cambio, es un conglomerado de fuerzas con una dirección política donde no todas las fuerzas funcionan orgánicamente articuladas en la misma dirección. Y una parte importante de la derecha española trabaja para la fractura interior de Cataluña. Este será el próximo episodio y sería muy desagradable para mí que en la próxima reunión el tema central del debate fuera este.

Muchas gracias.



José Luis Álvarez

Gracias, Enric. Tenemos tres palabras pedidas: Ferran Rodés, Joan Rigol, Antoni Abad. Máxima brevedad, por favor, para dar la palabra a Miquel Roca.

Ferran Rodés

Algunos de vosotros sabréis que vivo fuera. Por lo tanto, pido excusas de antemano por si lo que digo no se ajusta del todo a la realidad política catalana y española, que sigo, pero desde la distancia.

Hay una cosa que me sorprende del debate entre Cataluña y España: la crispación. En la Transición se creó un sistema económico basado en transferencias de la periferia y del norte al sur. Pero el sistema se ha agotado, más que nada porque *d'on no n'hi ha, no en raja*. Esto ahora se tambalea, el

sistema económico hace aguas. En paralelo, el autogobierno parece que tirará adelante, aumentará, y la tradición cultural y la lengua están siendo combatidas sin complejos.

Pero el elemento para mí más interesante es la crispación. Es una paradoja que no hablemos del origen de esta situación. Para mí, la crispación tiene nombre y apellidos y bigote. Yo me dedico a la comunicación y al marketing político y desde este punto de vista se tiene que hacer una denuncia rotunda que no se hace. Llevamos aquí casi veinticuatro horas y este tema no ha salido. Elementos de la derecha española buscan votos fuera de Cataluña para asegurarse el Gobierno en España. Tan sencillo como eso. Y no lo decimos. Estamos a las puertas de unas elecciones muy importantes y eso no se dice.

Estoy de acuerdo con Enric Juliana: tenemos un problema en ciernes que es la fractura interna



catalana, precisamente por el avance de la derecha española, y esto no solo no lo denuncia nadie, sino que, además, esta derecha se presenta ante el resto de España como la única fuerza capaz de arreglarlo, lo cual ya es de película italiana.

También estoy de acuerdo con el *pas d'histoire*, a menos que (ahora tenemos una gran oportunidad) nos abramos al mundo y hablemos de por qué esta crisis no es ni económica ni financiera, sino de consumo. Los consumidores cada día consumirán menos en Occidente, esto es inexorable.

Hablemos de comunicación y pensemos por qué los gobernantes (no aquí, sino en todas partes) no conectan con el ciudadano. De eso deberíamos hablar un poco más. Y hablemos de sostenibilidad.

Muchas gracias.

Joan Rigol

No hace mucho vino a visitar la Sagrada Familia un líder muy importante de uno de los dos grandes partidos del Estado. Aquello estaba lleno de fotógrafos. Me llevó a un aparte y me dijo que si yo pudiera quitarle de encima al director de un determinado periódico de Madrid, las cosas irían de otro modo. Digo esto para confirmar lo que acabo de oír.

En segundo lugar, me impactó ver que el futuro de las aspiraciones políticas de Cataluña se resolvía en la Maestranza con tres personajes fumándose un puro. Los mecanismos del director del periódico de Madrid y los tres personajes fumándose un puro e invocando un pacto constitucional son actos de nostalgia.

En tercer lugar, durante los seis años que estuve en el Senado intenté impulsar una reforma de la

Constitución para que eso que llamamos nacionalidades y regiones tuviera un significado político. Me encontré con una barrera infranqueable.

Y en cuarto lugar, se ha dicho que en este momento la única posibilidad para las relaciones Cataluña-España es que los partidos catalanistas se conviertan en lobby dentro de las instituciones del Estado. El problema lo tenemos nosotros, pero ellos no son conscientes del problema que representa tener a Cataluña tal y como la tienen. El *president* Pujol nos invita a que nos preguntemos si queremos ser residuales o no. Y en realidad ellos ya han convertido el problema de Cataluña en residual, porque ha desaparecido de sus agendas. Por lo tanto, o los partidos catalanistas somos capaces de convertirnos en lobby en los temas esenciales, o España estará dirigida por el director de periódico y por los señores del puro. Asumamos el papel de lobby

conjunto. El grupo puede significar 35-40 diputados, que en el Parlamento español es mucho. Esta es mi visión.

Gracias.

Antoni Abad

Mi aproximación es de tipo empresarial. Sé que el título de esta jornada es "Nuevo ciclo político en Europa, España y Cataluña", pero después de escuchar tantas referencias a la crisis, ayer y hoy, me parece que hay que dejar de hablar de crisis y empezar a hablar de nuevo ciclo económico. Nuevo ciclo económico y nuevo ciclo de hacer empresa. Digo esto porque, a pesar del sufrimiento que conlleva, me parece que de cara a otros aspectos hay que darle la bienvenida a la crisis, porque nos predispone a hacer cambios y a replantear muchas cosas.

Estoy convencido de que el principal problema de la economía española es, a día de hoy, la falta de calidad de la democracia española. En este sentido, siempre he entendido al *president* Pujol cuando subrayaba la importancia de la política y la necesidad de tener buenos líderes. Ayer muchos hablaron de la falta de transparencia, de la falta de responsabilidad, etc. La sociedad civil ha abandonado su cuota de liderazgo. El protagonismo se lo ha llevado casi exclusivamente la política. Llevamos demasiados años distanciados, demasiados años callando. Y llevamos demasiados años con un discurso paternalista, cosa que me preocupa terriblemente. Debemos recuperar urgentemente el sentido común, y eso quiere decir recuperar valores y actitudes tradicionales.

El *president* Mas dice tener un Gobierno business-friendly, pero este no es el reto. El reto está en tener una sociedad business-oriented. Solo faltaría que no tuviéramos un Gobierno business-friendly. Es por aquí que tenemos que homologarnos internacionalmente y con rapidez, porque si no, estaremos perdiendo muchas oportunidades.

Acabo afirmando que el objetivo es la competitividad del país. Y la competitividad del país, que quede claro, no solo es cuestión de los empresarios y de las empresas. También del sector público, que tiene que hacer sus transformaciones y tiene que incorporar la eficiencia y la meritocracia como valores importantísimos.

Estos son los retos. Y, por lo tanto, no me importa contestarle al último artículo del profesor Castiñeira diciendo que, como patronal, ¡claro que queremos una corrección del déficit fiscal catalán!, y ¡claro que queremos pacto fiscal o concierto económico! Pero sabiendo que estamos ante un nuevo ciclo económico que requiere de buena gestión y de más eficiencia de recursos.

José Luis Álvarez

Muchas gracias. Tenemos la suerte de contar con Miquel Roca, que antes del descanso hará algún comentario sobre las ponencias y las intervenciones a su discreción. Adelante, pues, y gracias por estar aquí.

Miquel Roca

¿Cómo queréis que termine esto? ¿Bien o mal? Porque en esto se puede hacer un servicio a la carta. En la primera lección que daba a los alumnos, un catedrático de resistencia de materiales de la Escola d'Arquitectura de Barcelona decía: "No os preocupéis, los edificios tienen alergia a caerse". Pero evidentemente, aparte de en la alergia deberíamos confiar en alguna otra cosa.

Mis amigos Agustí Colomines y Ferran Requejo saben que yo siempre he dicho que respeto el mundo académico, pero que no confío en él desde un punto de vista político. Las soluciones a los problemas políticos son políticas, no académicas. La solución al problema que tenemos planteado no son tesis doctorales, son soluciones políticas lideradas políticamente.

La Transición ha terminado, y su principal instrumento, el consenso, ha terminado también. Ha terminado por muchas razones que ya hemos explicado. Como dice el *president* Pujol: "En este modelo algo se ha roto". Pero yo lo digo con nostalgia, porque creo que fue una etapa muy positiva para nuestra historia, tanto para España como para Cataluña. Por una razón. En la Transición se dejó atrás una constante de la política española: la confrontación como estrategia. La derecha y la izquierda españolas se han encontrado cómodas confrontándose, se han autajustificado y se han legitimado confrontándose. Y este escenario, que les ha ido tan bien a las fuerzas políticas españolas (con consecuencias



muy perniciosas, pero que les han ido tan bien), para Cataluña es fatal.

Al PP y al PSOE, como representantes de estos dos polos, les costará mucho entenderse, entre otras razones porque no quieren entenderse. Solo convergirán en contra de Cataluña. La historia lo ha demostrado. Han sustituido el consenso por el concepto de "mayorías amplias", fingiendo olvidar la diferencia fundamental que existe entre una política de consenso y mayorías aritméticas amplias.

La radicalidad no conviene a Cataluña. Ferran Rodés lo llamaba crispación. Un nuevo ciclo marcado por la radicalidad es un escenario en el que Cataluña no se mueve cómodamente. Lo aguantamos durante un tiempo, pero después la praxis diaria nos lleva a otras cosas. Y la radicalidad encuentra, lógicamente, un caldo de

cultivo muy importante en la crisis económica. En el conjunto de España la radicalidad se lee en términos de derechas e izquierdas, mientras que en Cataluña corre el riesgo de convertirse en debate entre catalanistas y españoles. La radicalidad deja en manos de minorías el liderazgo social e incluso el liderazgo político. Enric Juliana hacía referencia a la cuestión de Badalona, que debería haberse tratado a gran escala, a nivel nacional catalán. Las minorías radicalizan los problemas, y en la medida que los radicalizan nos alejan de lo que a nosotros nos conviene.

Los nuevos ciclos, económico y político, son inseparables. Creer que el nuevo ciclo económico estará al margen del nuevo ciclo político, o que el nuevo ciclo político podrá vivir al margen del nuevo ciclo económico, no tiene sentido. Son inseparables, indisolubles, forman parte de un mis-



mo problema. Yo no soy nadie para dar consejos, pero creo que es fundamental entender que la única fuerza de Cataluña es su consenso interno. Si Cataluña no es capaz de actuar con inteligencia para consensuar internamente la defensa de todo lo que pueda identificarla, no vale la pena que hablemos de soluciones federalistas o consociales. Si no tenemos fuerza interna, la fractura interna de Cataluña se estimulará desde fuera. Cataluña necesita una gran cohesión social y política interna. Y supongo que se me entenderá: la cohesión interna tiene que empezar desde el punto de vista de las políticas económicas y sociales inminentes. Jugar frívolamente en este campo divide nacionalmente a Cataluña. Ante una situación como la que tenemos, no se pueden instrumentalizar las políticas económicas y sociales para estirar responsabilidades. Eso sería un grave perjuicio a la cohesión interna de Cataluña. Sería un grave error.

Antes alguien se ha referido a la ambigüedad. Yo diría que el consenso implica cierta ambigüedad. Una vez, a un compañero nuestro, después de ganar unas elecciones por mayoría absoluta alguien lo abrazó y le dijo: «Mantenga siempre esta ambigüedad». Porque la ambigüedad normalmente se traduce en progreso, en estabilidad, en bienestar, en muchas cosas. La ambigüedad es florentina, si queréis. No conozco países estables y de bienestar que se inclinen por la exhibición pornográfica de las verdades. Por lo tanto, soy un gran partidario de la ambigüedad, entre otras razones porque traslada la responsabilidad a las voluntades. La Constitución del 78 no fracasa por su texto ni por la ambigüedad, fracasa por las voluntades que la aplican. Se me dirá que podría haberse escrito de una manera más clara, pero no hay ninguna constitución en el mundo que constitucionalice el derecho a la rebelión. Cuando conviene, se hace. No se escri-

be “el derecho a la independencia se practicará el jueves de siete a nueve”. Cuando toca, toca. La Constitución es como la música. Está aquí, y mientras no la estropees y vayas tocando bien, no hay problema, pero de vez en cuando hay un bruto que aporrea el teclado y destroza la música. Eso es lo que ha pasado, y han sido los del puro y todas esas cosas. Pero ¿por qué? ¿Por qué han destrozado el piano en lugar de tocar la música que convenía?

Sería un grave error aceptar el desafío que se nos plantea desde fuera de Cataluña en los términos en los que viene planteado. Sería un grave error. En este escenario tenemos las de perder. Lo decía muy bien Ferran Rodés: lo que tenemos que hacer es denunciar lo que está pasando, pero hagámoslo con nuestro estilo, porque no nos podemos inventar otro estilo. El estilo mediático madrileño no lo podemos tener aquí porque no lo sabemos fabricar, genéticamente no lo sabemos hacer, mientras que ellos se encuentran en su salsa. El insulto, la descalificación, etc., es algo que a nosotros no nos sale. La pluma más aguda de Enric Juliana o de Jordi Barbeta llegan a insinuar cosas, pero se deben leer tres veces para entender que en el fondo hay mala uva. Aceptar el reto en el terreno que ellos lo ponen es una invitación a una nueva radicalización no controlada por nuestros líderes, es decir, es una invitación al fracaso.

Ahora bien, desde el liderazgo político tiene que haber un proyecto muy claro. El proyecto no es el pacto fiscal. El pacto fiscal es la herramienta. El *president* Mas, inteligentemente, propone a los ciudadanos de Cataluña un tema que puede generar unidad, lo que equivale a evitar la fractura.

El famoso pacto fiscal y el concierto ya los reivindicaron Foment del Treball Nacional y otras entidades catalanas en los años 1898 y 1899, provocando el cierre de cajas, entre otras co-

sas. ¡Fijaos si es nuevo! También tendríamos que explicar que esta aspiración se plantea desde hace mucho tiempo y en contextos y escenarios diferentes. No nos lo hemos sacado de la manga.

Cataluña tiene en estos momentos un reto muy importante. Resumiendo, diría que quieren desafiarnos. Todo lo que ha pasado (la reforma constitucional, la sentencia del Estatut, etc.) es un desafío. Especialmente la reforma constitucional, que viene a decirles a los partidos nacionalistas que el consenso es posible sin ellos. La próxima reforma será la del sistema electoral para enviarnos a galeras. El año que viene podremos hablar de esto. Ante este reto es necesaria mucha inteligencia y mucha cohesión interna. Si no conseguimos estas dos cosas, ellos se sentirán mucho más fuertes y conseguirán nuestra fractura interna.

Pero esto va a acabar bien. ¿Sabéis por qué? Porque creo en el país. Jordi [Pujol], tú recordarás que una de las grandes virtudes de los catalanes, lo hemos dicho siempre, es convertir en pírricas las victorias de los demás. Por lo tanto, que tomen nota: no nos desmoralizarán. Esta es nuestra apuesta, esto es lo que desde Cataluña debemos decir. Si lo decimos, entonces encontraremos soluciones diferentes, pero sin fuerza interna no hay nada que hacer. Si nos radicalizamos en minorías, tendremos una calle muy divertida pero un país muy empobrecido. Y esto no es bueno.

Gracias.

José Luis Álvarez

Muchas gracias a Miquel Roca por la inteligencia de sus palabras. Es la hora del café. A las 11.45 h retomaremos la sesión con el nuevo ciclo político en España. Os esperamos aquí.



Nuevo ciclo político en España



José Luis Álvarez

Vamos a dar comienzo a la sesión sobre el nuevo ciclo político español. El panorama electoral europeo es revelador. Sarkozy y su partido pierden estrepitosamente las elecciones al Senado francés. Es un partido de derechas. Berlusconi ha perdido todas las últimas elecciones municipales. También es de derechas. Merkel está perdiendo todas las elecciones generales en Alemania. Igualmente, de derechas. Antes de Papandreu también perdió la derecha griega. En cambio, en Portugal perdió la izquierda, y Zapatero muy probablemente también va a perder.

Por tanto, en Europa quien gobierna, pierde. Los electores nos están diciendo que las ideas, las ideologías, importan menos. Asistimos a una especie de revuelta antiélites. Élite, por cierto, muy bien representadas aquí.

Es una situación fascinante y ante ella la izquierda y la derecha reaccionan de manera distinta. La izquierda se flagela mucho, dice que su problema es la ausencia de ideas, que se ha agotado el modelo izquierdista de pensamiento, que faltan horizontes. Pero es un análisis extraño, porque hasta ahora ninguna de las grandes reformas que se han hecho ha podido cambiar el *statu quo*, que la socialdemocracia (y la democracia cristiana) ha contribuido a construir: el estado de bienestar. Esto, hasta ahora, no se ha podido tocar. Si se toca, quizás nos encontremos con esas revueltas populares, de las que todavía no hemos tenido experiencia.

Para ilustrar esta cuestión, tenemos la suerte de contar con Fernando Vallespín, catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad Autónoma de Madrid. También ha sido profesor visitante de Harvard, de la Universidad de Frankfurt, de la de Heidelberg; ha sido colaborador de importantes



medios de comunicación; y ha sido presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas del 2004 al 2008. Es un conocedor profundo de la teoría política y del estado de opinión de la sociedad española.

A su vez, la derecha está reaccionando ante la crisis de manera distinta. Esta mañana en las noticias aparecía el presidente del Partido Popular, que decía: “Nuestro principal reto es revertir los errores del pasado”. No nos contaba un gran proyecto político de futuro. Si llega a ser presidente del Gobierno, Rajoy será quizás el presidente menos ideologizado de la democracia española. En contraste con quien le nombró, que fue el más ideologizado de los presidentes.

Nos ilustrará sobre los compromisos ideológicos del PP José María Lassalle, diputado del PP por Cantabria, profesor de Derecho Político, Historia de las Ideas y las Instituciones, secretario de Es-

tudios del Comité Ejecutivo Nacional del PP, portavoz de su Comisión de Cultura y autor de libros espléndidos como *Liberales*. Un compromiso público con la virtud. ¿Es Rajoy liberal, como José María Lassalle? ¿Es demócratacristiano? ¿Es un poco de todo? ¿O es básicamente realista?

Si os parece bien, vamos a empezar con José María Lassalle. Es un honor tenerte aquí con nosotros. Cuando quieras.

José María Lassalle

Muchas gracias. La verdad es que para mí es un placer y un honor estar hoy aquí con todos vosotros compartiendo estas horas de reflexión más o menos apasionadas. Me corresponde a mí, quizás por mi visión anglófila y por mi formación liberal británica, tratar de bajar un poquito las pasiones

habida cuenta de que soy bastante reactivo a interpretar el mundo desde una clave emocional.

Voy a empezar con una reflexión de un político británico, un líder tory de los años treinta del siglo XIX, Sir Robert Peel, que en uno de sus libros, *The English Constitution*, planteaba que la dificultad reside en comprender la propia dificultad. Y yo creo que una parte del ciclo que tenemos por delante es precisamente ese, comprender cuál es la dificultad que tenemos por delante. Desde ayer percibo cierta atmósfera (que hoy se ha explicitado más abiertamente) que quedó muy bien reflejada en aquella especie de sueño de un apocalipsis feliz que se vivió antes de la Primera Guerra Mundial.

Yo no soy hegeliano, soy profundamente kantiano. Sigo pensando que Kant es actual, porque cuando nos precave frente a los riesgos del fuste torcido de la humanidad, creo que apunta realmente a una coherencia analítica, interpretativa sobre la naturaleza humana, que debe ser extraordinariamente cuidada a todos los efectos. Porque las dialécticas y las interpretaciones dialécticas son tremendamente confusas, complejas, y dificultan la ambigüedad interpretativa sobre la que se sostiene el diálogo, el consenso y, por tanto, la articulación de fondo de la democracia. Por tanto, creo que es importante tener en cuenta, como lo hacía citando a Peel, que la dificultad reside en comprender la propia dificultad del momento.

El momento que tenemos es un momento de quiebras, de quiebras sistémicas extraordinarias. Tienen que ver fundamentalmente con el propio análisis del mundo en el que hemos estado viviendo desde la Segunda Guerra Mundial. La crisis económica es una crisis sistémica que no está solo localizada en una interpretación muy propia de los años ochenta y noventa, que en un determinado momento dio pie a una interpretación neoliberal y que trató de corregirse

con una interpretación nekeynesiana, sino que es mucho más profunda. Esto tiene que ver con una palabra que se utiliza constantemente: confianza, un eje vertebrador desde Bretton Woods y del proceso del que nacen el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, etc.

Hay la creencia de que escalonadamente, más allá de procesos cíclicos de alteración económica, siempre hay una curva ascendente. El progreso siempre se consolida escalonadamente, y esto justificaba el endeudamiento. Y esa visión que, de alguna manera, ha sido estructural, se está rompiendo por momentos. Ya lo decía Georg Simmel en su reflexión sobre la Filosofía del dinero cuando explicaba el cambio de paradigma económico en la visión del dinero de un mundo real a un mundo intangible monetario. Sin embargo, en uno y otro caso, la confianza era un elemento vertebrador del sistema.

Y eso en estos momentos está roto. Esta es una crisis estructural profunda que afecta a las raíces mismas del modelo capitalista hiperconsumista. Es de una enorme volatilidad, ambiciosa en los riesgos. Ha construido incluso una identidad más virtual que real, que es la propia identidad que hoy en día circula a través de las redes sociales y que substituye la mirada por el tuitio. La confianza se construye no en la mirada, ni en el apalabramiento, ni en el estrechar las manos en los negocios, sino en el tuitio.

Hemos articulado una visión del mundo profundamente alejada de la concreción material. Por tanto, tenemos que interpretar claramente que el mundo en el que nos estábamos moviendo es un mundo que estructuralmente ha roto varios de sus ejes. Estamos asistiendo a un proceso de crisis de madurez de la propia modernidad, y también de la democracia española y europea, y ese es el escenario que tenemos que tener presente. A todo esto hay que añadirle un entorno tecnológico que nos obliga a salir de nuestros propios



límites. Una de las claves es volver a los límites, ser capaces de graduar con claridad dónde estamos, a qué aspiramos y qué queremos hacer.

España tiene el problema (como lo tiene Europa) de una pérdida escalonada de competitividad. Uno de los factores que más influye en esa pérdida de competitividad es la falta de instrumentos institucionales correctos para dar más seguridad jurídica y para ser un país institucionalmente más competitivo.

No sé si lo que voy a decir es muy correcto, pero mientras la economía creció, las ineficiencias sistémicas de nuestro modelo institucional no planteaban problemas. Ahora que no hay los recursos que existían antes, las ineficiencias sistémicas se han puesto de manifiesto. España, en términos de modelo institucional, ocupa lugares realmente inquietantes: somos el país número

49 en competitividad; ocupamos el 108 en despilfarro público en una escala de 182; en burocracia nos movemos en niveles muy semejantes; en capacidad para crear negocios, el Doing Business del Banco Mundial, ocupamos el 147 en una escala de 190... Los documentos del Fondo Monetario insisten en que uno de los grandes problemas que tiene nuestra pérdida de competitividad es el modelo institucional español, que necesita ser revisitado, y eso implicará ciertas responsabilidades por parte de todos. Porque, ¿no vamos a aceptar un esquema binario en el que solo hay buenos y malos, ¿verdad?

Yo creo que uno de los elementos vertebradores de cualquier reflexión política es no hacernos trampas en el solitario. Hay un problema económico, hay un problema de competitividad, del que también la economía catalana es víctima, por sus propias debilidades institucionales. Y este es un factor que de-



bemos tener en cuenta. Porque uno de los factores que contribuirán a que ganemos competitividad y a que salgamos de la crisis será llevar a cabo una agenda de reformas institucionales sobre la base de un principio: hace falta ser más cooperativos.

El liderazgo, hoy, es un liderazgo cooperativo, no hay liderazgos exclusivos. Los factores de suma y de eficiencia en el manejo de la suma son los que permiten proyectar procesos de competitividad mayores. Y una de dos, o asumimos todos que el escenario que tenemos es un escenario de responsabilidad transversal, o afrontaremos un apocalipsis feliz, por repetir la expresión de Hermann Broch. Tenemos que ser muy conscientes de nuestras responsabilidades, cada uno en la esfera personal que le corresponde, y eso es liderazgo.

Ese contexto requiere liderazgo cooperativo para afrontar reformas institucionales profundas que eviten ineficiencias sistémicas. No voy a dar datos

sobre duplicidades sistémicas de procedimientos administrativos que merman la competitividad. Lo decía el presidente de IKEA en una entrevista en el *The Wall Street Journal*, donde planteaba que había dejado de invertir en España (una inversión de varios miles de millones de euros y más de veinte mil puestos de trabajo) porque tenía que armonizar cinco legislaciones urbanísticas.

Que nadie interprete que planteo un proceso de recentralización. Estamos planteando procesos de eficiencia sistémica que suponen partir de un hecho que ha funcionado muy bien en términos absolutos: el Estado autonómico. El Estado autonómico ha funcionado bien. Ha conseguido procesos de descentralización necesarios en la sociedad española. También ha generado, evidentemente, ineficiencias sistémicas, y tenemos que asumir que ha llegado el momento para afrontar nuevos escenarios de reflexión que pasan por más cooperación y más competitividad.

Eso implica un despliegue de sumas de inteligencia. Parece mentira que con la experiencia del siglo XX seamos tan incapaces de poner en valor la inteligencia empírica que acumulan las generaciones. Se dice que se puede tropezar varias veces en la misma piedra de la historia. Por ello, se necesita inteligencia cooperativa, inteligencia competitiva, pero fundamentalmente inteligencia emocional. Kant también creía en la emocionalidad. No pensemos que solo los hegelianos tienen emociones. También hay emociones de la inteligencia, ya lo decía Pascal. Y de alguna manera es importante recuperar la fuerza emocional de la propia inteligencia. ¿Para qué? Para propiciar escenarios de entendimiento, para generar una mayor cooperación.

Este cambio de modelo nos exige a todos comprender. Ayer se hablaba de que Suecia, en los años ochenta y noventa, fue capaz de afrontar un modelo de reformas institucionales extraordinaria-

mente fructífero que le ha colocado a la cabeza de la competitividad global. No vamos a disfrutar de la coyuntura de los años ochenta y noventa, que formaba parte de un continente que ocupaba una centralidad económica que hoy ya no corresponde a Europa. Las oportunidades que tuvo Suecia para afrontar los cambios no las vamos a tener nosotros.

Por ello, el nuevo modelo tiene que ser profundamente cooperativo. Debe estimular la democracia relacional, que ya prevé la propia Constitución. La Constitución española incorpora elementos instrumentalmente cooperativos, que tienen que ser explorados con mucha más profundidad.

Estoy convencido, casi me atrevería a decir dolorosamente convencido, de que la exageración de los principios puede destruir, en la práctica y para mucho tiempo, la concordia. La única forma de evitarlo es tener presente la moderación en los propósitos y no exigir más de lo que puede razona-

blemente obtenerse, no desear siquiera más de lo que sea realizable. Este es el escenario que debe envolver emocionalmente el proceso de reformas al que me estoy refiriendo.

Michael Walzer, uno de los teóricos del comunitarismo, dice que cada uno denuncia al otro para que le sirva de excusa. Yo soy muy jansenista en la interpretación del mundo, quizás porque vengo de una ciudad como Santander, situada al norte de la península. Siempre estubo más ligada a Plymouth, a Southampton o a Amberes que a la meseta. Los jesuitas se quejaban de que la gran evangelización estaba en América, y se olvidaban de la evangelización del norte de la península, porque todas las obras heterodoxas entraban por el norte de la península. Esa visión (que en el fondo también tiene Ortega cuando dice que más allá de Madrid todo es provincia) en algunos opera con cierta virtualidad. Debemos reinterpretar buena parte de esa búsqueda de reflexiones en clave moral. Una reinterpretación que es muy importante en el momento presente, y es que hay que abandonar la idea de que el otro sigue siendo la excusa que justifica nuestra propia culpa. Si no tenemos claro eso, probablemente no seremos capaces de construir un modelo de país a la altura de las circunstancias.

Fuera hace muchísimo frío, para todos. Es un momento de enorme dificultad en el que todos debemos perder algo para poder ganar en estabilidad, en fomento de la institucionalidad y en moderación. Creo que el nuevo ciclo político que se anuncia va a ser un ciclo en el que las mayorías, tal y como las entendemos tradicionalmente, no serán suficientes por sí mismas. Porque los consensos que harán falta para neutralizar los riesgos de quiebra social exigen un uso inteligente de la capacidad de sumar.

Cualquiera de las reformas que tenemos por delante supondrá tener claro que no se puede gastar más de lo que se ingresa, que no se puede gastar en lo superfluo y que hay que orientar estratégicamente

los diseños de inversión. También que la seguridad jurídica es un valor competitivo fundamental. Esta se debe fomentar con reformas institucionales profundas basadas en las capacidades que nos da la Constitución para ser más cooperativos. Y, por supuesto, hace falta transparencia y buen gobierno. Sin transparencia y buen gobierno la ejemplaridad pública de las reformas es absolutamente inviable.

La política tiene que volver de nuevo a ser sinónimo de honradez y servicio público, porque si no hay ejemplaridad, si no hay virtud pública, no puede haber transformación institucional. Por eso, la transparencia, que ha sido uno de los déficits más importantes que ha tenido el diseño institucional español, debe dar a los ciudadanos la capacidad de control del funcionamiento de las administraciones públicas y de la ejemplaridad de los servidores públicos. Hay que asumirlo, además, en clave emocionalmente kantiana y no hegeliana. Lamento plantearlo así, pero creo que es fundamental no renunciar al valor crítico de la Ilustración. Hay que tomarse en serio la reflexión kantiana de nuestro tiempo, y sacar pleno valor y virtualidad de lo que representan los fundamentos republicanos de la democracia deliberativa, de la democracia relacional y del valor del consenso.

Si no, insisto, tendremos el apocalipsis feliz. Esperemos que la práctica cotidiana de las próximas generaciones siga contribuyendo a la construcción del ideal europeo, de un ideal europeo donde España tiene una capacidad geoestratégica de primer orden, como hub entre Europa y América Latina, entre Europa y el mundo del Mediterráneo.

Agradezco la presencia del Muy Honorable *president* Pujol, y también la del presidente Felipe González. Es un auténtico honor poder compartir mesa con ellos y que hayan asistido a estas reflexiones que ha planteado alguien que no es un producto excepcional del Partido Popular. Me atrevería a decir que es un elemento estructural del propio Partido Popular. Creo que hay cambios generaciona-



les, cambios de mentalidad, cambios territoriales que son producto de las propias circunstancias, y, como decía Ortega, más allá de Madrid, y no sé si también de Barcelona, todo es provincia.

Muchas gracias.

José Luis Álvarez

Muchas gracias, José María, por una contribución tan incitadora y a la vez tan elegante. Pasamos la palabra a Fernando Vallespín.

Fernando Vallespín

Muchas gracias. Realmente, no sé si eres representativo de una nueva generación del Partido Popular, José María, pero me encantaría que lo fueras. Me ha gustado mucho tu discurso. Aun-

que, si soy sincero, me ha parecido que ha permanecido mucho en el mundo de las ideas, en el mundo de lo programático, y que ha ido poco a los problemas reales a los que nos vamos a enfrentar, problemas con nombres y apellidos. Curiosamente, yo pensaba hacer tu discurso y que tú hicieras el otro, pero vamos a tener que cambiar rápidamente de papeles.

Yo no represento aquí a ningún grupo político, me represento a mí mismo y en todo caso represento a los politólogos (está presente uno muy ilustre que antes ha hablado sobre el tema de Cataluña y España), y por eso me gustaría sacar a la luz un cierto desconcierto, malestar, *malaise*, como se suele decir utilizando el término de que se servía Freud en *El malestar en la cultura*.

El contexto aparece caracterizado, a mi juicio, por toda una serie de potenciales rasgaduras de la cohe-



sión, en diferentes esferas. Me parece que estamos ante sociedades que están sufriendo una amenaza de fraccionamiento. Ese es el gran reto, el gran desafío de la política en este nuevo ciclo político.

Entro en materia muy rápidamente porque muchos de estos temas los hemos debatido ya. Me parece muy importante conectar cada uno de estos síntomas de pérdida de cohesión con la existencia eventual de un nuevo Gobierno y de una recomposición importante y profunda de los actores políticos en nuestro país.

El primer punto donde se percibe una posible rasgadura de la cohesión (la persona que más lo ha denunciado y con muchísima preocupación es Felipe González) es obviamente la Unión Europea. No hay liderazgo, no hay un proyecto coherente de Europa y, sobre todo, y esto es lo que me preocupa, no hay una clara percepción de lo que

significa realmente y lo que debe significar eso que llamamos “gobierno multinivel”, que enlaza con el famoso tema de la gobernanza. Todavía no hemos aprendido a manejarnos, ni siquiera a formularnos un tipo de política que funciona en estas tres dimensiones. La dimensión macro, europea; la dimensión meso, estatal; y la dimensión micro, de las comunidades autónomas.

Europa, a mi juicio, ha sido uno de los grandes ausentes en el debate público español. Solo gracias a la crisis del euro ha comenzado a ponerse en el centro del debate público. Entre otras razones, porque desde Felipe González no hemos tenido líderes políticos que se tomaran Europa en serio. De todos es sabido que ha habido un liderazgo político, el de José María Aznar, que ha estado muy interesado en la política internacional, sobre todo en su segunda legislatura, pero que miró más allá de Europa y buscó una conexión transatlántica. Pero

en los Gobiernos de Zapatero hemos visto que había una cierta desidia hacia la política europea. Y hago una pregunta retórica: ¿el perfil de Rajoy encajaría más en un perfil de liderazgo “provinciano” o “localista”? ¿O será un liderazgo de política nacional, que se siente a gusto en la política nacional y que, sin embargo, siente una cierta alineación con la posibilidad de jugar un papel importante también en la política continental europea? Como pueden observar, estoy dando por supuesto que el Partido Popular va a ganar las elecciones. Está por ver, pero ya que así lo piensa el 82% de los españoles, trabajemos con esta hipótesis.

Una gran incógnita de este nuevo ciclo político es: ¿vamos a seguir despreciando Europa? O ¿vamos a hacer de Europa verdaderamente lo que debemos hacer de ella, que es el escenario, o uno de los escenarios fundamentales en los que jugar la partida de la política nacional? Porque Europa ya es política nacional. Tenemos un problema de gobernanza que exige respuestas específicas y un perfil político también específico. Me parece muy importante que ese perfil político se le exija a cualquier político hoy.

Segunda esfera donde percibimos también otra rasgadura potencial de la cohesión: en este caso ya no es potencial sino real, puesto que hablo de los recortes en determinados servicios públicos. La bajada de salarios, el aumento de la marginalidad social, etc. Estamos ante un problema de falta de cohesión social que, dependiendo de cómo evolucione la crisis, puede ir en aumento. Igual que ayer hablábamos de si hay un plan B o no para el caso de Grecia, creo que el nuevo ciclo político español tiene que plantearse muy en serio este problema. Hay un enorme conflicto social en potencia y es en este punto donde puede aparecer uno de los grandes incendios en la sociedad española.

Y esto me gustaría conectarlo con la posibilidad (lo planteo como simple posibilidad), de una derrota estrepitosa de la izquierda, en particular de la iz-

quierda sistémica. Imaginemos que, efectivamente, el PSOE queda por debajo de los 125 diputados de Almunia. Eso daría pie a la posibilidad de que dentro del mismo PSOE surgieran tentaciones de mirar más a la izquierda, sobre todo si muchos de sus votos se van en esa dirección. Ir en búsqueda de los votos perdidos y hacer de los conflictos sociales el centro de su actividad política (lo cual es legítimo), sumarse a las manifestaciones y a la lucha política en las calles..., puede conectar muy fácilmente con lo que hasta entonces había sido una izquierda sistémica de orden. Lo apunto como mera hipótesis a discutir después.

Tercera rasgadura de la cohesión (aquí ya no había cohesión, pero, presupongamos que la hay): la integración cómoda de Cataluña y el País Vasco dentro de la estructura territorial de España. Por lo que hemos visto anteriormente (las dos intervenciones han ido en la misma dirección, no creo que sean representativas del pluralismo que existe dentro de la propia sociedad catalana), estamos lejos de haber encontrado un acomodo, y aquí hay también una potencialidad de conflicto importantísima. Por tanto, nos equivocáramos si volvemos a pensar la estructura territorial del Estado en términos exclusivamente pragmáticos y de eficiencia. Hay un problema político que necesita una solución política. No se trata ahora de decir: “Como hay que ahorrar, vamos a limitar los gastos de las comunidades autónomas”. Me parece que, sea quien sea el que asuma el mando de la presidencia del Gobierno, inexorablemente tendrá que repensar y recomponer las relaciones con Cataluña y con el País Vasco.

Por cierto, no habíamos hablado aquí del País Vasco hasta ahora, y me parece muy importante hacerlo porque en ese nuevo ciclo político hay un nuevo escenario: un País Vasco sin ETA. Parece que ETA está derrotada y el enorme protagonismo de la izquierda abertzale puede cambiar potencialmente la relación de fuerzas en ese territorio. Creo que en las próximas elecciones autonómicas vas-



cas vamos a asistir a un cambio de mayorías, muy probablemente tuteladas otra vez por el PNV. Dependiendo de a quién elija como socio de Gobierno (a Bildu o como se llame entonces, o al Partido Socialista), habrá una relación mejor o peor en lo que se refiere a su integración en el Estado.

Por tanto, en esta cuestión hay un problema importante que amenaza nuestra cohesión como país. Un país no cohesionado territorialmente no puede ser eficaz en muchos otros aspectos. Por cierto, aprovecho para decir que hay una dimensión emocional tanto en el nacionalismo catalán como en el nacionalismo vasco que no es percibida con suficiente sensibilidad por parte de la opinión pública de grandes sectores españoles, y eso impide una mejor comunicación entre unos y otros.

El último punto que quería tocar es uno de los más relevantes y podemos llamarlo la crisis de

la política. En algún lugar lo he llamado la fatiga democrática, la situación de desapego generalizado hacia la clase política. No afirmo que haya una clase, sino que a los políticos se les percibe como tal, que son cosas distintas. Y como todos sabemos, lo importante es cómo se perciben las cosas, no cómo sean las cosas en realidad. Y en política las percepciones tienen valor de realidad.

Creo que el movimiento del 15-M nos ha llamado la atención. Es muy importante simbólicamente. Es irrelevante respecto a los números, pero es tremendamente interesante desde la perspectiva de aquello que ha sabido sacar a la luz: que nuestros sistemas democráticos, no solamente el español, todos, están sufriendo cierta fatiga. Hay un problema en el sistema de mediación entre sociedad civil y política que se manifiesta de muchas maneras, siendo una de ellas la ausencia de confianza en quien asume la responsabilidad política.

La cuestión ha salido mucho más a la luz cuando nos hemos enfrentado a la impotencia de la política. Cuando se habla de la dependencia de la política respecto de la economía siempre digo lo mismo: la política siempre puede a la economía; lo que pasa es que la política tiene que querer poder a la economía. Pero los ciudadanos han ido interiorizando una percepción que muy difícilmente es consciente, y que viene a ser la siguiente: “cuando las cosas van bien, el mérito es mío (del político); cuando las cosas van mal, la culpa es del sistema”. El culpable de nuestro malestar es eso que llamamos el sistema de mercado globalizado, los mercados, el sistema financiero internacional, etc. Cuando las cosas iban bien, existía ese mismo mercado y existía ese mismo sistema financiero, y no había nadie que felicitara al sistema por proporcionarnos tanta riqueza, o por proporcionarnos tanto bienestar. Y, sin embargo, cuando las cosas van mal, entonces responsabilizamos el sistema, el mercado o Europa. Y eso va llegando poco a poco a la ciudadanía. Me alegro mucho de que José María Lassalle haya mencionado la palabra responsabilidad. Hay una tendencia a atribuir la responsabilidad, no ya a otros, sino incluso a otra cosa distinta de la política. Llamadla sistema económico, llamadla mercados, llamadla como queráis. Tenemos un problema de necesidad de relegitimación de la política. Me hace mucha gracia cuando los políticos hablan de volver a la política, porque, claro, es una *excusatio non petita*. Es lo mismo que decir que ya no están al mando. Y, claro, los ciudadanos no son tontos y perciben claramente que los políticos se están sustrayendo de su propia responsabilidad. Y, como ya hemos dicho, las percepciones son importantes.

El próximo ciclo político, según el CIS, será liderado por Mariano Rajoy. El 82% de los españoles así lo cree. Pero solamente un 20% sienten bastante o mucha confianza respecto a Rajoy. Es decir, el problema de confianza alcanza incluso a aquellos que tienen el mayor potencial para ga-

nar unas elecciones. No podemos ignorar un hecho como este. Tenemos que hacer algo y yo creo que una labor importantísima de los politólogos es seguir reflexionando acerca de cómo relegitimar la acción política.

En este sentido, existen dos salidas importantes. Una de ellas la apuntaba José María Lassalle: volver a tomarnos en serio los criterios del buen gobierno de transparencia y, en definitiva, de la ética y la honradez asociadas al servicio público. Este ha sido un buen hallazgo de la precampaña de Rajoy. Pero el segundo, señores, es obvio: la eficacia. Y para conseguir eficacia y salir de donde estamos, hace falta un tipo de liderazgo no rutinario que mire la realidad a los ojos. A nuevas realidades, nuevas formas de hacer política.

Por lo que veo en las encuestas, el PP está muy anclado en torno al 45% y el PSOE está bajando. Esto puede dar un vuelco, no sé hasta qué punto, no hasta evitar el triunfo del PP, pero quizás sí para evitar su mayoría absoluta. Pero partamos de la hipótesis de que el PP se mantiene en ese 45% y de que el voto al PSOE permanece más o menos igual. Con ese resultado el Partido Popular recibiría un mandato para actuar sin las manos atadas. En caso de que el PP saque una amplísima mayoría, el mandato de las urnas será el “orden y mando”, con lo que existiría la posibilidad de que el PP se alienara al resto del espectro político. Y si esto es así, muy probablemente los partidos nacionalistas acentuarán sus diferencias y los partidos de izquierdas acentuarán su acción en la calle y la radicalidad en su discurso.

El PP está mostrando un perfil alejado del “orden y mando” y caracterizado por el pragmatismo y las buenas maneras. No aspira a crear una sociedad mejor, aspira a crear una sociedad que funcione mejor. Y para que funcione mejor, uno de los medios (recuerden a Maquiavelo, “quien quiere el fin debe querer los medios”) es prestar-



se a grandes negociaciones para evitar rasgaduras de la cohesión. Más política social y más negociación con los representantes de los sectores sociales que se ven afectados. Más negociación con Cataluña y el País Vasco. Y una presentación de lo político más amable, que aborde los desafíos que provocan la deslegitimación de la política. Estoy convencido de que si quieren este fin, también deben querer esos medios.

El problema es si les van a dejar. Y esto me lleva a introducir en la discusión a los medios de comunicación. Como ha dicho Enric Juliana, el Partido Popular es algo más que un partido, forma parte de un entramado que va más allá de un partido político. Va asociado a una serie de intereses y, sobre todo, a una serie de visiones de la realidad política. Y determinados medios de comunicación le van marcando, en cierto modo, el guión a seguir.

El gran peligro que tiene el PP es no alcanzar cierta autonomía respecto a los grupos de opinión. Estos son enormemente eficaces a la hora de crear realidad y tienen, también, una enorme eficacia para coaccionar las acciones de muchos actores políticos. No es el momento de hablar del poder de la prensa, pero en Cataluña estas cosas duelen. Y los ataques viscerales fomentan el anticatalanismo.

Lo que sí me gustaría decir aquí, en Cataluña, es que se suele perder de vista que estos medios de comunicación tratan exactamente igual a la propia izquierda. ¿Qué no se ha dicho de Zapatero? ¿Qué no se ha dicho de algunos ministros (sobre todo ministras) de su Gobierno? Es muy importante tomar conciencia de que el PP necesita emanciparse de estos grupos mediáticos, que tienen una gran capacidad de "coacción", de dirigir su acción según una agenda que afecta sobre todo al tema nacional español y que ignora prácticamente el europeo.



A eso se une la inmensa banalización de nuestro espacio público, la poca preocupación porque nosotros efectivamente debatamos e introduzcamos temas de reflexión política. El único programa de debate político que hay en la televisión pública española es *59 segundos*. Eso no puede ser. Uno de los grandes problemas que tenemos en España es que estamos muy poco politizados, y en eso los medios de comunicación tienen una gran responsabilidad.

Acabo con otra preocupación. ¿Qué va a pasar con el Partido Socialista? Quizás el presidente González pueda decirnos algo al respecto. ¿Qué va a pasar en su organización interna si sufre una severa derrota en las próximas elecciones generales? Yo creo que el Partido Socialista, junto con el Partido Popular, ha conseguido generar una estabilidad política importantísima en España. ¿Qué ocurre si se distorsiona el sistema de partidos? Lo dejo

abierto. Mi deseo es que no se produzca, no ya por proximidad al propio Partido Socialista, sino también como observador, como ciudadano. El sistema político español necesita tener dos grandes partidos. Su debilitamiento afectaría también al sistema político en su conjunto.

Muchas gracias.

José Luis Álvarez

Muchas gracias, Fernando.

Iniciemos, pues, el coloquio. Me gustaría que participasen nuevas voces. Justo antes de la intervención del presidente González, daré pie a los ponentes actuales y también a los anteriores por si quieren comentar las posiciones de nuestros asistentes.



Ignasi Carreras

Me ha gustado mucho la idea del liderazgo cooperativo de José María Lassalle. Los que estamos en contacto con la sociedad civil creemos que la sociedad civil organizada no se involucra en política por dos grandes razones. Primero, porque la “pequeña política” se convierte en una política partidista y muy alejada de los grandes intereses que a menudo mueven a la sociedad civil organizada. Y segundo, porque los partidos no responden a cuestiones cruciales como ¿qué pasará con todas aquellas personas que están con subsidio de desempleo y que dentro de pocos meses no lo tendrán? Sin un liderazgo cooperativo e inclusivo no saldremos de las muchas crisis en las cuales estamos embarcados, la crisis económica, la crisis política, la crisis ecológica, etc.

De todas maneras, José María, tú que eres un anglófilo sabes que la experiencia de David

Cameron en Gran Bretaña, su proyecto de Big Society que pide a la sociedad una mayor involucración en política, ha sido un fracaso. La intención era buena: “queremos tener una sociedad donde el Estado tenga fuerza, pero donde la sociedad civil tenga mucha más”, pero se ha aplicado en un momento de fuertes recortes y desmantelamiento del estado del bienestar. Parece que lo que antes hacía el Estado ahora ya no lo va a hacer: que vengan las ONG, que vengan las empresas, que vengan las entidades que puedan y que cubran todos los agujeros que está dejando el Estado.

La sociedad civil organizada puede entender la dificultad de la coyuntura. Pero lo que no va a entender tan claramente es el desmantelamiento de derechos que se han ido consiguiendo tras muchos años de lucha. El liderazgo cooperativo, ese liderazgo inclusivo que puede permitir

que más actores se involucren en la solución de problemas, requiere de unos planteamientos más transparentes.

Todo el mundo sabe que hay que cambiar determinadas cosas, pero en este empeño hay dos elementos fundamentales: tener una coalición para el cambio y tener una visión del cambio. La coalición para el cambio es débil, porque los políticos, y a menudo los partidos, no hablan con los demás actores de tú a tú, no reconocen el *soft power* y el poder de la influencia como un poder importante.

Por último, alguien hablaba de la importancia de incorporar la inteligencia emocional. Especialmente en las relaciones entre Cataluña y España nos falta mucha empatía. Y si la empatía está mucho más desarrollada en las mujeres que en los hombres, me parece que Cataluña es mucho más femenina y España es mucho más masculina. Cataluña, quizás por lo que le ha tocado pasar, tiene mucha más empatía para reconocer los sentimientos del otro; no sé si para involucrarse con ellos, pero sí por lo menos para reconocerlos. España tiene mucha prepotencia y esto es un obstáculo para la empatía.

No sé si vamos a ir hacia la continuidad o hacia la secesión, pero ambos escenarios requerirán respeto y convivencia. Y eso exige mucha más empatía de la que estamos teniendo en estos momentos.

José Luis Álvarez

Muchas gracias, Ignasi. La próxima palabra es para Laia Bonet, otro miembro de esa clase política que no es. Quizás estamos ante lo que los psicólogos llaman falacia de la atribución: externalizar la culpa, los méritos son propios y la culpa es del sistema. Por cierto, la palabra liderazgo

también se emplea de esta manera: fallan los líderes, cuando quienes fallamos somos nosotros.

Laia Bonet

Yo también estoy de acuerdo con José María Lassalle. Lo he dicho en muchas ocasiones: no estoy de acuerdo con el concepto de clase política. Creo que ese error lo cometemos todos: nos referimos demasiado a menudo a los políticos, a la política como algo ajeno. Ignasi, ahora mismo, hablaba de los políticos como de alguien distinto.

Creo que, efectivamente, estamos en una situación de malestar, de *malaise*. Estoy completamente de acuerdo: el malestar es fruto de la amenaza de fraccionamiento en la sociedad. Y creo que lo podemos colocar en cualquier ámbito, es decir, desde el internacional, pasando por el europeo (que para mí, efectivamente, también es interno, es nacional), al del Estado o al de Cataluña.

Aparte de este malestar y de este riesgo, en este contexto tiene una importancia enorme la pérdida de confianza en la política. Hablamos de factores inseparables. Y por eso creo que más que nunca hay que buscar una mayor responsabilidad (se han utilizado estos términos de forma muy acertada,) y eso quiere decir también de más eficacia. Y, para mí, eso está necesariamente vinculado a los mayores consensos posibles. Independientemente del proyecto que cada uno de nosotros defendamos, debemos mantener una actitud de búsqueda de consensos, los mayores posibles, con el fin de vencer los dos riesgos mencionados.

Porque, en definitiva, y eso es lo que me llevaba al comentario inicial, creo que todos hemos pecado de un defecto: hemos concebido la política como algo muy distinto de lo que realmente es.



La política lo es todo. Por lo tanto, todos hacemos política, todos, independientemente de las actitudes, de la ocupación, de la preocupación o de la inversión de tiempo que nos ocupe una reflexión u otra.

Ayer lo comentaba Paco Longo en el debate posterior a la cena y coincidí plenamente con él. Si concebimos la política como algo más reducido de lo que realmente es, nos equivocaremos, y nos equivocaremos si concebimos a los políticos como una esfera diferente del resto de los ciudadanos. En mi caso, actualmente estoy ocupando un cargo público, pero no dejo de tener mi propia formación, que es académica, de jurista. No me defino como política, me defino como ciudadana. Y creo que en eso está, probablemente, una de las soluciones para el futuro de la política: conviene que no se estanque como profesión, que haya

una puerta de entrada y una puerta de salida aseguradas.

Cuando me dedicaba exclusivamente a la academia, con la gestión universitaria pasaba algo parecido. Yo siempre decía que todo el mundo tendría que pasar alguna vez por la gestión universitaria. Pues también pienso que todo el mundo tendría que pasar alguna vez por la política en sentido estricto y, por tanto, erróneo. Creo que todos tendríamos que pasar por esto, es imprescindible.

Por todo ello, me han “preocupado”, y lo digo con todas las comillas que queráis, las intervenciones del primer bloque. Porque el punto de partida no era precisamente el de la búsqueda de los consensos. Por las mismas razones me ha gustado la intervención de Enric Juliana: una cosa es el “*pas d’histoire*”, y otra es des-



conocer la historia o negar la historia, desconocer o negar las instituciones, o no respetarlas suficientemente cuando no estamos en ellas. Cometeríamos errores que como país no nos podemos permitir. No creo que se pueda identificar, como me ha parecido leer en las palabras de Agustí Colomines, que la mala gestión es el origen de la crisis. Me parece que los datos que tenemos no nos permiten concluir eso. No nos podemos permitir menospreciar las instituciones cuando no tenemos la responsabilidad de gestionarlas.

Y no me parece que debamos apropiarnos del concepto de catalanismo, como también me ha parecido leer entre líneas en alguna de las intervenciones iniciales. No me parece que podamos permitirnos exaltar la hegemonía del discurso único aunque sea alabando la situación de posible derrota ante el pacto fiscal, aunque sea para unir un

país en un discurso hegemónico y único. Defender un discurso único es la antesala de una sociedad dócil y adormecida, que es, creo, lo último que nos podemos permitir como país. Gracias.

José Luis Álvarez

Muchas gracias, Laia. Ahora la voz de un empresario: Xavier Torra.

Xavier Torra

Me ha parecido que en el debate, en todas las exposiciones, subyace la hipótesis de que la crisis es algo que, como decía Antonio Garrigues ayer, va a pasar. Por lo tanto, podemos seguir debatiendo sobre política, como si esta crisis fuese a pasar.



Yo, sinceramente, creo que esta crisis no va a pasar. Lamentablemente, seguiremos bastante tiempo tal como estamos ahora, sobre todo si no reaccionamos. Pero es que no se trata de una crisis en el sentido clásico, de caer y subir en un tiempo más o menos largo. Se trata de una resituación de país en la que vamos a vivir un largo, larguísimo período. Recuperar los estándares de hace unos años nos va a llevar muchísimo tiempo.

Un liderazgo político (en el sentido más genérico) capaz de manejar este tipo de situación dista bastante de lo que me ha parecido oír durante el día de hoy. Es una situación infinitamente más compleja que las que hemos tenido que enfrentar hasta ahora. El debate no está tanto en la pugna política como en solucionar algo tan grave como son cinco millones de parados y la enorme cantidad de gente

que está sufriendo, probablemente no los de esta mesa.

Me preocupa, por lo tanto, que pensemos que de esta crisis vamos a salir. No, no vamos a salir. Todas las hipótesis de gestión política, si se puede llamar así, parten de esta hipótesis, pero partimos de un punto falso. Esto lo vamos a arrastrar muchísimo tiempo.

Los que sabéis de política siempre decís que los tempos políticos son importantes. Sin duda que es así. Pero es que hoy día los tiempos se comen cualquier cosa en nada, en minutos, en segundos. Estamos ante una situación que no es la tradicional. Me ha parecido que la estela de la jornada era seguir el enfoque tradicional de la política. Me temo que partimos de una base equivocada. Tal vez el tipo de liderazgo que necesitamos es un liderazgo

pensado para tiempos de pobreza, para tiempos de crisis larga.

José Luis Álvarez

Muchas gracias, Xavier. Pediría a los ponentes que expongan sus respuestas en unos diez minutos. Pensad que tenemos todavía un resto de mañana muy intenso: nos espera la intervención del presidente González, la clausura por parte de nuestra directora general, Eugenia Bieto, el *president* Pujol y unos comentarios finales del ministro Jáuregui, que ha llegado hace unos minutos.

Agustí Colomines

Yo solo quiero poner encima de la mesa algo que me parece evidente aunque se quiera negar. Para el análisis correcto de las relaciones entre Cataluña y España, o se parte de la idea de que existen realidades nacionales distintas, o no hace falta ni empezar a discutir. Porque el conflicto, en el País Vasco, aquí o donde sea, está basado en esto. Son dos realidades nacionales distintas que pueden cooperar, pero si la idea de cooperación incluye una limitación del reconocimiento nacional y la alternativa, tal como la ha presentado Lassalle, es el apocalipsis, vamos mal. Porque el dilema no es este. El dilema es reconocimiento o separación, que es distinto.

Uno de los sujetos ha llegado a esta conclusión porque ya no se fía del otro. El otro ha demostrado suficientes veces que la cooperación es imposible. Uno puede mirar el pasado con nostalgia, como Roca i Junyent, y pensar que aquello fue algo fantástico. Y otro pensará que efectivamente estuvo muy bien, pero que a día de hoy reeditar aquel clima es una fantasía y que ante una fantasía hay que tomar una alternativa política. Lo que la gente debe tener claro, y eso es lo único que he intentado explicar, es que en muchos dirigentes del partido

actualmente en el Govern la ecuación Prat de la Riba-Cambó ha sido sustituida por la ecuación Prat de la Riba-Macià, que es bastante distinto. Es un cambio muy radical y ante las tentaciones de recentralización se pueden encontrar con una pared.

No creo en absoluto que el catalanismo sea patrimonio de un grupo concreto, porque el catalanismo es el consenso nacional catalán, es el factor básico de modernización en Cataluña y es compartido por la totalidad; ahora bien, el problema aparece cuando una de estas partes falla, y eso es lo que pasa actualmente con el PSC. No es que no sean catalanistas, pero les falla la estructura, y eso genera problemas en el catalanismo.

Creo que debemos superar la vieja política basada en el cinismo. La vieja política es cínica. Yo me dedico a explicar política, a hacer comentarios políticos y a menudo me aburre la política de tanta mentira y de tanta discusión banal. No puede ser que personas inteligentes estén todo el día discutiendo estupideces. Por lo tanto, se debe reintroducir la racionalidad política y suprimir un poco de oratoria.

José María Lassalle

Seré muy breve, como he tratado de serlo durante mi exposición. No voy a entrar en los análisis iniciales que planteabas, Agustí, porque no forman parte de la visión que yo tengo de la relación que debe articularse correctamente entre Cataluña y España. No voy a entrar en valoraciones, porque creo que, a pesar de los comentarios que se han deslizado sobre la ubicación de Cataluña dentro del resto de España como una realidad compleja con un profundo malestar emocional, creo que esa discusión requerirá otro escenario de análisis. Por lo menos en lo que a mí me atañe, me parece absolutamente fundamental plantearnos que el apocalipsis tiene que ver con el entorno de dificultad económica e institucional al que en estos momentos se exponen Europa, España y, dentro de España, Cataluña.



Y si no entendemos cuál es la hoja de prioridades que en estos momentos tienen las sociedades democrático-occidentales en las sociedades liberales, no nos estaremos enterando con nitidez de cuáles son realmente las urgencias que pesan ahora. Una de esas urgencias es la estabilidad. En la medida en que un país proyecta la imagen de que está haciendo correctamente sus deberes, que está asumiendo con madurez crítica su propia situación institucional; en la medida en que los partidos con vocación de gobierno y que aspiran a contribuir a la estabilidad interpretan responsablemente las claves de la política, los deberes se estarán haciendo bien. La prima de riesgo, que se ha convertido de pronto en un tema que ha monopolizado conversaciones, preocupaciones e intereses generales, pero también otros índices, en el fondo nos está marcando un test de calidad y de responsabilidad institucional en cuanto al cumplimiento de los deberes y las tareas que todos, a todos los niveles, tenemos que ser capaces de afrontar.

Las reformas institucionales que tiene este país por delante implican su financiación sobre la base de emisiones de deuda. Y no podemos permitirnos estar teniendo intereses a casi un 6% a diez años, porque se nos está comiendo el PIB y, por tanto, los soportes de la paz social. En estos momentos, coadyuvan una serie de fuerzas, de crisis, de muy diversa naturaleza, que son sistémicas. Afectan, insisto, a la propia estructura del modelo económico nacido después de la Segunda Guerra Mundial, que no es algo estrictamente circunstanciado a lo sucedido en los años ochenta y noventa. La urgencia del momento es la que plantea que, o este país y el conjunto de Europa afrontan responsabilidades institucionales de primer nivel, o nos exponemos a riesgos inéditos.

La vieja tesis de la sociedad del riesgo que planteaba Beck hace mucho tiempo se ha revelado absolutamente cierta. La crisis ha puesto de manifiesto ineficiencias sistémicas, y ahora hace falta atajar eso de una manera inteligente, moderada, sensata y

responsable. Nos estamos jugando la paz social en términos económicos, en términos de vertebración, de cohesión, de inclusión..., y esas ineficiencias pueden ser resueltas, y creo que hay capacidad para resolverlas desde el entendimiento. Uno de los padres espirituales de Ortega decía que la vida es una extraña combinación de azar, destino y carácter. En estos momentos el azar, vinculado al riesgo, tiene una potencialidad sistémicamente peligrosa tal que debemos ser capaces de interpretar el destino en una visión de futuro y tratar de que el carácter, que es la propia libertad responsable con la que tenemos que actuar, ayude a resolver los problemas y no agregue nuevos elementos de tensión que pueden llevarnos a un escenario tremendamente complejo.

Actuar con las manos libres significa actuar para el entendimiento y actuar para la responsabilidad. Si no hay responsabilidad y transparencia en esa responsabilidad, será inviable cualquier proyecto político, del tipo que sea y de la escala que sea. Podemos

convertir la crisis en un factor estructural para las próximas décadas. Europa ha demostrado que tiene un flanco de vulnerabilidad interna institucional. O afrontamos un proyecto de más Europa y una mayor concienciación de que tenemos una responsabilidad histórica de salvaguardar una creación institucional única (por eso reivindicaba antes la imagen kantiana frente a una visión hegeliana), o estaremos perdiendo una oportunidad histórica por la que han luchado generaciones y generaciones de europeos desde los orígenes de la propia idea de Europa.

Y eso a mí me parece mucho más importante que cualquier otra prioridad en estos momentos, porque me creo la civilización.

Ferran Requejo

Partiendo de la intervención muy acertada de Xavier Torra, quiero decir que, efectivamente, a

veces se habla con excesiva confianza de la salida de la crisis económica. Pero también creo que estamos inmersos en una crisis política de la que igualmente nos va a costar salir. Y esto tiene muchas dimensiones: la europea, la internacional, la española, la interna, las relaciones con la clase política, la sociedad civil, etc. Estamos afrontando, pues, una crisis política muy larga ante la cual, como ocurre con la económica, nadie parece tener una solución.

Dicho esto, no quiero centrarme en la intervención de Fernando Vallespín, del cual, siendo colega y amigo, ya sospechaba más o menos lo que iba a decir antes de que hablara. Pero sí quisiera hacer un comentario a la intervención de José María Lassalle.

José María, yo también tengo formación anglosajona y también me considero liberal. De izquierdas si quieres, liberal de izquierdas, un poco en la línea de Berlín, para que me entiendas. Pero cuando pensamos cosas, cuando reflexionamos en general, no solo en el ámbito académico, político, etc., cuando reflexionamos en general sobre cómo vemos el mundo, siempre lo hacemos desde centros de gravedad propios que no tienen por qué ser coincidentes. Los centros de gravedad vienen formados por cómo te has socializado, en qué ciudad o en qué familia has nacido y demás. Los centros de gravedad forman imaginarios colectivos distintos. Entonces, según de qué imaginario colectivo partas, según desde qué ventana mires el paisaje, este no es coincidente. No pasa nada, pero hay que ser conscientes de que el paisaje es distinto.

Esto lo digo porque el discurso sobre el diálogo, el consenso, la cooperación, la deliberación..., se oye desde 1979, justo después de la Constitución. Y son palabras bonitas, ¿quién no va a querer dialogar? ¿Quién va a estar en contra de llegar a acuerdos? Pero claro, si hablamos en términos estrictamente políticos, de la po-

lítica dura, pues, ¡hombre, depende! ¿Depende de qué? Depende de los objetivos que se quieren obtener. Depende de para quiénes son. Depende de las reglas del juego. Depende de quién fija esas reglas. ¿El consenso se aplicará a la fijación de las reglas del propio consenso? ¿O las reglas del consenso ya existen de antemano?

En el contexto actual, cuando se reclama o se ofrece consenso, diálogo, etc., la actitud de uno cambiará dependiendo de quien haga el ofrecimiento. En los últimos tres o cuatro años ha habido una evolución de la ambigüedad a la hostilidad con respecto a la realidad catalana. ¿Vamos a consensuar la agenda? ¿O la agenda solo la fijan unos? ¿Vamos a consensuar las reglas de esa cooperación? ¿O las reglas ya están definidas?

La reforma de la Constitución fue una ruptura del consenso. Creo que fue una desgracia política, un gran error político. Una constitución que se hizo por consenso (no por mayoría, lo apuntaba Miquel Roca), ahora se ha reformado sin consenso. Se puede decir que lo que se ha reformado no era muy importante. Pero si se va por esta senda, la cooperación no va a ser positiva.

Están muy bien las grandes palabras, pero a veces las grandes palabras se convierten en sospechosas. Si quien las dice no quiere consensuar cómo las vamos a tratar, se convierte en sospechoso. No estamos haciendo un seminario de alumnos de BUP. Estamos hablando entre profesionales de la política, de la empresa, de los medios de comunicación, de la universidad... Sabemos que la vida práctica es complicada y es una lucha de intereses.

Simplemente quería apostillar esto. Cuando las cosas van mal, todos a remar al mismo bando para ser competitivos. Cuando las cosas van bien, todos a remar en el mismo barco, que es otro barco que va mejor, va más rápido. El discurso viene



siempre en función de los intereses del centro y yo, con los años, me he hecho más renuente a firmarlo. No lo firmo hasta que no se me diga exactamente cuáles son estas bases del diálogo y del consenso. Porque según a qué, no juego. Según qué tipo de reglas, qué tipo de objetivos y qué tipo de agendas, no las compro. Esto es lo que creo que falta en la cultura política española: la cultura consensual precisamente.

En segundo lugar, y pido disculpas al resto de la audiencia porque es una cosa muy academicista, Kant y Hegel no se pueden contraponer. Cuando yo reivindicó a Hegel es para entender mejor a Kant. Es decir, Hegel introduce la interacción, que es lo que yo quería decir. Estamos en unos tiempos hegelianos, de interacción entre individuos, entre ciudadanos. Kant tiene una perspectiva mucho más clásica, de derecho individual. La perspectiva del reconocimiento no está en Kant.

Finalmente, una última apostilla para Enric Juliana, al que no he tenido la oportunidad de contestar en el debate anterior. Simplemente quiero decirte que estaré encantado, dentro de cuatro o cinco años, de tomar juntos un café para hablar de dos cosas. En primer lugar, para ver a quién Santa Llúcia *li ha conservat la vista*, si a ti o a mí. Y en segundo lugar, para ver quién será el actor que pronunciará el *pas d'histoire*. Porque no tienen que ser necesariamente los que has citado tú. Pueden ser otros. Gracias.

José Luis Álvarez

Muchas gracias por las intervenciones. Tenemos ahora el gran honor de contar con el presidente Felipe González, que va a hacer sus reflexiones sobre el nuevo ciclo político español.



Felipe González

Gracias por invitarme de nuevo a este espacio de ESADE en Sant Benet. Lamentablemente, le voy a cambiar el ritmo, porque acabo de llegar. Ayer quería haber estado en los debates, pero no pudo ser. Por tanto, no voy a hacer un resumen de la jornada. Incluso me voy a escapar, por convicción, de la constricción del ciclo político español. He oído cosas como la posible derrota del Partido Socialista. En una ocasión se me ocurrió decir algo al respecto que no voy a repetir y que me valió duras críticas.

La alternativa, enlazando con lo que decía Fernando Vallespín, va a estar siempre. Incluso cuando los resultados son muy adversos, la alternativa siempre va a existir. Estamos en un ciclo político no español, en un ciclo político general en el que los gestores de la crisis, de derechas o

de izquierdas o mediopensionistas, la pagan. Cameron ganó de manera extraordinaria hace poco tiempo, pero está 12 o 14 puntos por debajo de los laboristas. El bueno de Sarkozy acaba de perder el Senado por primera vez desde el año 1958. Las garantías ya no existen para nadie. Por tanto, cuando se me dice que el 82% de los españoles creen que Rajoy va a ganar y que solo el 20% confía en Rajoy, me lo creo.

Después sacas conclusiones que son las contrarias a mi experiencia política. Cuando solo hay un 20% de gente que confía en que Rajoy lo sacará del agujero, quiere decir que las expectativas se reducen a un 20%, porque gobernar es administrar expectativas. Esto quiere decir que tiene un largo recorrido para crecer, al contrario de Obama, que levantó inmensas expectativas que tiene que administrar a la baja. Por lo tanto, no es ni siquiera incómodo.

Este caballero, Jordi Pujol, lo sabe mejor que yo porque ha gobernado mucho más tiempo que yo. Ya dije otra vez que cuando pasó por aquí Don Quijote de la Mancha, él ya era presidente de la Generalitat, y notablemente. No creo que haya nadie que haya sido más relevante en la historia de Cataluña que el señor Pujol, que, además, es mi amigo. O sea que le puedo dar un poco de jabón. Pero es que, además, lo creo.

Pero eso no tiene mucho que ver con lo que está pasando en Europa y en el mundo, y por eso me vais a permitir que me escape un poco del debate de lo inmediato.

Las cosas que tenemos que hacer, las tenemos que hacer, en Cataluña y en España. En esta crisis de tan difícil definición, este “hacer lo que tenemos que hacer” probablemente no significa más que el 20% de la salida de la crisis.

Hace tres años y medio que hablo de emergencia y se me ha censurado mucho por ello. Estamos en una situación de emergencia. La crisis no solo trasciende las fronteras. Tiene un calado y una complejidad muy profundos, cosa que también me reprocharon que dijera. Acabo de oír una reflexión empresarial muy acertada; venía a decir que podemos entrar en una fase, por tener algún modelo de referencia, parecida a la de Japón: quince años sin crecimiento, 220% de endeudamiento público, etc. No todas las crisis son en V, ni siquiera en W. Japón ha demostrado que se puede entrar en una crisis y arrastrarse por los suelos durante quince años, como ha hecho hasta hoy. Y va a salir (no lo tomen al pie de la letra), va a crecer dos puntos este año, pero porque tienen que reconstruir la parte destruida por el tsunami. Esta es la realidad de Japón.

Creo que no somos suficientemente conscientes de ello. En serio, creo que no lo somos. Este horizonte no está dentro del debate. Creo que estamos en una situación de emergencia global. He hablado

varias veces de la pérdida de relevancia de Europa, incluso de la dulce decadencia de Europa. Puede ser menos doloroso que la crisis de la deuda latinoamericana, lo que llamaban la década perdida de los años ochenta, de la que, por cierto, se salió con bonos... Se habla mucho de bonos europeos, y es que no estoy hablando de una emergencia coyuntural, momentánea: Europa no está funcionando y a la vez es un elemento clave para la solución de nuestros problemas nacionales. Nuestro destino está unido al destino de Europa, yo diría que por fortuna, pero debo añadir, ahora, que habiendo sido para lo bueno, también puede llegar a ser para lo malo si no se arreglan los problemas de gobernanza europea.

Es verdad que tenemos problemas internos muy importantes. Y que discutimos entre nosotros problemas que, sin duda, tienen una gran trascendencia. He dedicado bastante tiempo a la reflexión Cataluña-España; a los problemas de la identidad, que es un sentimiento y que, por tanto, no se puede someter a un esquema de racionalidad; al diálogo como comprensión del logos del otro, no como sucesión de monólogos. Pues bien, como diría un amigo, Jordi Pujol, hoy no toca. Hoy les quiero decir que estoy muy preocupado precisamente porque Europa acaba de recuperar relevancia mundial. En los diez discursos de Barack Obama sobre política exterior, absolutamente notables, había una ausencia (lo conté aquí hace dos años) y era Europa. Lo malo es que no era intencionado: sí la intención hubiera sido castigar Europa, aun. Pero no, Europa simplemente no estaba en el radar de Obama. Estaba Alemania, estaba Gran Bretaña para cosas concretas, o estaba Francia, sobre todo para discrepar. Pero Europa no estaba.

Por fin, Europa está en el discurso y en la preocupación de Obama. Ahora sí somos relevantes para Obama. ¿Por qué? Por el desencuentro de Europa y Estados Unidos en cuanto a la respuesta a la crisis, en la que Estados Unidos tiene un poco más de razón, por muchos errores que hayan cometido.



Es un desencuentro que afecta al 50,4% de la economía mundial; si le sumáis Japón sigue siendo el 57% o 58% de la economía global. Pero claro, Europa y Estados Unidos son solo el 17% de la población global. Y el crecimiento de los próximos quince años es un crecimiento que depende de lo que llamamos las diez primeras potencias emergentes, que hace rato que han emergido mientras nosotros estamos en proceso de inmersión.

Hemos ganado relevancia porque estamos creando un problema a Estados Unidos y a la economía mundial. ¿Por qué? Por una crisis de gobernanza dramática. ¿Es un problema de pérdida de poder? No: el poder, desde el punto de vista formal, es el que era. Es un problema de pérdida de *auctoritas*, no de *potestas*. Un problema de liderazgo, de capacidad de adaptación a los cambios, de diálogo con la sociedad, de visión de cómo salir de la crisis... Llámelo como quieran. En todas las demo-

cracias representativas, la *potestas* es la que era y la *auctoritas* es mucho menor que la que era.

California es el estado fallido más rico del mundo. Pero es un estado fallido. Un estado que no puede aprobar los presupuestos y que en el último presupuesto ha destinado menos a educación que a prisiones. No hay manera de equilibrar las cuentas. Estoy hablando de California, ino de Burkina Faso! Estoy hablando de la primera potencia económico-tecnológica del mundo. ¿Qué le pasa a California? Que hay una crisis de gobernanza profundísima. Una crisis de la democracia representativa, que se ve incapaz de ejercer la *auctoritas*.

Ahora la crisis es política. Por favor, la crisis es política. ¿Era política cuando hubo que rescatar a Lehman Brothers? Sí y no. Era política por ausencia. Se llegó a Lehman Brothers porque la financiarización de la economía global ha sido de tal naturaleza

que ha desplazado al empleo en consideración. Las grandes empresas españolas, especialmente las que se han globalizado, todas han sido inevitablemente ahorradoras en empleo. ¡Inevitablemente! Y debemos estar contentos de que sean empresas globales, pero el mérito de haber creado 2.500, 3.500 o 10.000 puestos de trabajo pasó a la historia hace cuarenta años. Ahora el mérito está en tener un buen resultado financiero, una buena aceptación en bolsa y una buena reducción de empleo, manteniendo la productividad del conjunto.

He oído decir que la crisis puede durar mucho. Es verdad. Pero de todas las crisis se sale y de esta también será así. El problema es cómo y cuándo. Y la incertidumbre al respecto es enorme. Los Gobiernos relativamente exitosos de Europa, como el alemán, no se cansan de perder elecciones y de aplazar decisiones difíciles cuando tienen citas electorales en los *Länder*.

La crisis es política porque en su origen hay una ausencia de política. Y lo olvidamos. Venimos de la implosión del sistema financiero global, que produjo frases gloriosas. El presidente Sarkozy dijo que “tenemos que refundar el capitalismo”. Está bien, me parece una buena aproximación desde un pensamiento de derechas o conservador o como quieran llamarlo. No es la aproximación que yo haría, pero me parece una buena aproximación en ese momento dramático.

De ahí fueron corriendo a la reunión de Washington del G-20 y un año después a la de Pittsburg. Si ven la resolución del G-20 en Pittsburg, es el embrión de una gobernanza económica global de otra naturaleza. Constarán que el diagnóstico respecto de los desequilibrios macroeconómicos mundiales y los mecanismos para corregirlos, con el objetivo de conseguir un crecimiento económico estable y generador de empleo, era bueno, incluso



muy bueno. También contemplaba la voluntad, ya decaída, de hacer una reforma en el funcionamiento del sistema financiero, simplemente para hacerlo previsible. No para introducir elementos regulatorios excesivos, simplemente para hacerlo previsible. Pero esos buenos propósitos han decaído.

En una entrevista Sarkozy hablaba de una variante de la tasa Tobin, que produce grandes emociones a la gente progresista. Si se aprueba, yo lo festejaré con champán, pero no será así. Ahora bien, hay mecanismos alternativos para evitar movimientos especulativos. Por ejemplo, sobre la agroalimentación: el precio de alimentos básicos ha subido el 140% en año y medio, aunque aquí no se note. Ha subido debido a los movimientos especulativos y esto está creando tensiones enormes en distintos lugares del mundo. Algunas las vemos con un signo positivo: las revueltas en el mundo árabe empezaron siendo revueltas de pan, fruto de una galopada en el precio de los alimentos.

El G-20 hizo un buen diagnóstico. Por cierto, como lo hizo la Unión Europea en el año 2000 para poner en marcha la Agenda de Lisboa. Pero cometió, a mi juicio, el mismo error. El método para llevar a la práctica la Agenda de Lisboa era una broma. Se llamaba Método Abierto de Coordinación: se daban parámetros para que los 27 dieran cuenta de la evolución de sus reformas estructurales o institucionales, y al final era tanto como permitir a cada uno que hiciera lo que quisiera. El método no funcionó. Y era un compromiso de 27 jefes de Estado y de Gobierno; no era un compromiso banal.

Se dice que hay una crisis de legitimidad del Consejo Europeo. No, de legitimidad de origen, no. Todos son perfectamente democráticos en origen, son cargos electos. En todo caso, hay una crisis de legitimidad de ejercicio. No están cumpliendo con su función, es decir, con la *auctoritas*. No están aplicando la potestas que las urnas les

dieron, y eso significa que tenemos un problema serio. Ahora decimos que la crisis es política y con razón, porque ha devenido política. Porque, al final, la política tiene que defender los intereses generales y no puede excusarse en que los mercados nos exigen A, B o C. Si gobierna los intereses generales, se supone que también gobierna el mercado y que lo hace previsible mediante un marco regulatorio adecuado. Por tanto, estamos en una crisis grave de la política.

Después del diagnóstico de Pittsburg, ¿qué ha pasado? Aterrizamos en la Unión Europea y vemos las respuestas agónicas del día a día. Almunia hablaría de esto ayer en un tono diferente del mío. Ya les dije en otras reuniones que la libertad para decir lo que uno piensa es inversamente proporcional a la responsabilidad institucional que se tiene. Como yo no tengo ninguna, les voy a decir lo que pienso sin ningún tipo de limitación; cada uno tiene que ajustarse a los límites de la responsabilidad.

El 21 de julio el Consejo Europeo tomó una decisión bastante valiente y bastante buena. El 23 o 24 de julio intenté contactar con las instituciones europeas. Pero ya estaba cerrado por vacaciones y la aplicación de aquella decisión, que tenía que haberse hecho inmediatamente para evitar lo que hemos vivido en agosto y a principios de setiembre, se pospuso.

Y al contrario de lo que digo: cuando la Comisión Europea, que según los tratados tiene el derecho de iniciativa en exclusiva, toma una iniciativa, como lo es el veto al Fondo Europeo de Estabilidad, alguien (siempre es más o menos el mismo o la misma) le da un coscorrón y la Comisión Europea cede. Así que hace muchos años que la Comisión Europea ha perdido el derecho de iniciativa. No porque los tratados digan que no lo tiene, sino porque no lo ejerce de *facto*. Yo viví la época de Delors. Como buen cristiano compulsivo, hacía cien propuestas. Sabía que solo saldrían sesenta,

pero hacía cien; ahora se hace una y salen menos diez. Delors lo hacía, apostaba, y lo acompañaba con un discurso de dimisión un día sí, otro también. La verdad es que nunca dimitió y salieron muchas iniciativas.

¿Qué nos pasa ahora? Al principio se rescata al sistema financiero. Como no se arreglan los problemas, quién sabe si a nivel europeo no habrá haber que rescatar otra vez. Eso no nos ha servido: alemanes, franceses, británicos..., todos se han protegido y no han confesado lo que hay debajo.

Lo que había que hacer después del rescate, que es impulsar un marco regulatorio global del funcionamiento del sistema financiero, no se hizo. Y a los rescatados se les decía: “Usted preocúpese de controlar sus cifras macroeconómicas, preocúpese de controlar la deuda y no se meta en otros jardines”. Y los principales líderes políticos lo han comprado. Obsesionados por corregir el problema de la deuda, que es lo que asusta a Estados Unidos, estamos descuidando que, sin crecimiento y generación de empleo, en el fondo se agrava la dificultad.

En los mercados hay de todo, pero sobre todo hay inversores a quienes les gustaría poner su ahorro en la economía productiva, generar riqueza y generar empleo. Esta es la parte más noble de los mercados. ¿Pero cómo van a invertir en economías que no tienen una perspectiva de crecimiento razonable?

¿Esto quiere decir que estoy en contra del ajuste? No, por favor, no. Creo que hay que combinar la capacidad de ajustarse sensatamente con la capacidad de impulsar la demanda con políticas activas. Es lo que pide Estados Unidos. ¿Y lo puede hacer Europa? Sí. En Europa, si un país como el nuestro ha pasado de 2,5% de superávit a 10% de déficit, tiene que corregir el déficit. Lo puede corregir dramáticamente en tres tramos, o más sensatamente en cinco tramos. Eso depende de la



responsabilidad que se comparta. Pero hay países que no tienen ese problema y que deberían dar un tirón de la economía, como Alemania. Pero claro, nadie se atreve a decirle nada a Angela Merkel. La verdad es que no sé por qué, porque Europa siempre ha sido el espacio donde cada uno decía lo que le daba la real gana, y de ahí nacía, justamente, un buen entendimiento. Aunque la bronca fuera fuerte en el Consejo Europeo.

He visto al primer ministro de Portugal decirle a Merkel que está de acuerdo con ella en que los bonos europeos no son necesarios. Y, sin embargo, si hubiera un bono europeo hasta el 60% de la deuda, en lugar de pagar 30.000 millones de euros de intereses estaríamos pagando 15.000. Y eso para Portugal se multiplica por dos. Si el primer ministro portugués le dice eso a la señora Merkel, puede que quede muy bien con ella, pero me parece horrible.

Estamos hundidos en la preocupación de la deuda, y no hacemos más que agravarla porque no buscamos mecanismos de solución. Los eurobonos sirven, claro que sirven. Y claro que el Fondo de Estabilidad para los rescates y para la deuda tiene que ser mayor. Es ridículo que Europa tenga que acudir al FMI para rescatar a Grecia, que representa el 2% del PIB europeo. El PIB griego es menor que el coste del rescate que se ha pagado en Alemania. Europa tendría que tener su propio fondo: una zona de 35.000 dólares per cápita no puede no tener un fondo propio. Es espantoso que el FMI nos trate como trataría a un país o una zona de 4.000 o 5.000 dólares per cápita. ¿Cómo no estamos pensando en la senda de creación de empleo? Hemos sacado eso de la Agenda del G-20 y la crisis europea se agrava cada día más. Lamentablemente, Obama tiene razón al temer la contaminación de la economía europea y de Estados Unidos.

Pero, además, Europa está en crisis porque su proyección exterior ha desaparecido. Era más relevante Solana sin poderes que la baronesa Catherine Margaret Ashton con los poderes del tratado. Lamento decirlo con tanta claridad. La única intervención europea (por cierto, sin consenso) ha sido la de Libia. Pero en el resto del norte de África o en la situación palestino-israelí, simplemente estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo. Ese es el acuerdo europeo. La relevancia de Europa, desde el punto de vista de la gobernanza, nos está llevando a una situación paradójica. En materia de relaciones exteriores pesa más Turquía (excluida del proceso de integración) que la totalidad de Europa, que no la quiere dentro de sus fronteras.

Europa no va a mantener una unión monetaria sin una unión económica y fiscal. Podrán bus-

car las filigranas que sean, pero no va a poder mantener eso. No es posible que paguemos el rescate del 100% del producto de Irlanda y siga manteniendo como seña de identidad el 12% de impuesto de sociedades. Así no va a funcionar la unión económica europea.

Con motivo del Consejo Europeo del día 12 de octubre (la fiesta de la Raza, dicho sea de paso), el presidente del Gobierno va a ir a Bruselas y planteará que para garantizar la estabilidad presupuestaria a medio y largo plazo ha modificado incluso la Constitución. Pero también Convergència i Unió está de acuerdo con la estabilidad presupuestaria; cualquier partido político responsable lo está. El presidente dirá que ha hecho sus deberes. Que llegaremos al 6% de déficit este año; que no hay que alarmarse si es el 6,2%, porque ha caído la actividad: son dos décimas, no es para suicidarse al ama-



necer, es la tendencia a la baja lo que importa. Nuestro déficit no es estructural, por fortuna. Hemos pasado del 2,5% de superávit al 10% de déficit en veinte meses de crisis. Si fuera estructural estaría como el francés, que no se mueve desde hace diez o quince años, o incluso como el alemán. Cuando vayamos a Bruselas, pues, tendremos que decir que nosotros estamos cumpliendo nuestra parte del compromiso. Punto número uno.

Punto número dos. Los 17 del euro tienen que hacer el mismo compromiso de estabilidad presupuestaria. A uno le gustará más, a otro le gustará menos. Y aceptado ese compromiso, para el que no hace falta cambiar el tratado, tiene que haber un fondo de estabilidad serio y un eurobono de hasta el 60% de la deuda. Entre pagar 30.000 millones haciendo los esfuerzos que estamos haciendo o pagar 15.000

millones hay un abismo. Estamos hablando de una cifra enorme.

Pero mi obsesión es que nuestra prima de riesgo (esa prima que obsesiona a nuestros gobernantes todas las noches) está agobiando a toda la economía española. Un año más el crédito sigue cortado. Las empresas viables se están muriendo por falta de liquidez. Y, sin embargo, ¿está eso en el centro del debate que tenemos en España en esta fase preelectoral? Les aseguro que no. De hecho, tampoco estaba en el centro del debate hace un año. Y no lo estaba hace dos. Y sigue sin estarlo.

El mundo ha cambiado. La economía productiva, la real, la generadora de empleo, la generadora de riqueza, tiene menos importancia que una buena gestión financiera que dé buenos resultados en los mercados de valores. Y creo que ese

modelo de nuevo habrá que cambiarlo tarde o temprano. Como no se han regulado los mercados financieros, estamos incubando la siguiente implosión del sistema financiero antes de recuperar la economía. ¿Es una visión muy pesimista? No. Europa va a reaccionar tarde, porque ya es tarde, con mucho más coste, porque el coste se multiplica cada vez que se tarda dos meses, dos años en reaccionar. Pero va a reaccionar, porque lo contrario de reaccionar con más europeísmo es deshacer el camino andado. Y esto tiene mucho más coste para todos, incluidos los que están descontentos con el euro. El coste de la no Europa es infinitamente mayor que el coste que tendría completar Europa, lo que, a mi juicio, sería beneficioso para todos.

Pero yo no soy confiable, porque soy un europeo europeísta. Y estoy convencido de que la unión política, la unión económica y fiscal y la mayor proyección exterior es lo que nos ayudará a ganar relevancia en el mundo y a resolver nuestros problemas estructurales e institucionales internos. Muchas gracias.



CLAUSURA



Jordi Pujol

Dice el programa que tengo que hacer un resumen y una valoración final de la jornada, y parece que debo hacerlo en tres minutos. Pero eso no es posible, aunque procuraré ser muy breve.

Creo que nos marcharemos preocupados. Vinimos preocupados y nos iremos preocupados. Ayer se dijo: como consecuencia de la crisis, puede que Europa dé un paso adelante importante desde el punto de vista de su institucionalización. Estoy de acuerdo. Tanto a Almunia como a todos nosotros nos cuesta imaginar que Europa acabe mal y que se tenga que deshacer el camino de los últimos treinta o cuarenta años. Repito, es posible que la crisis finalmente tenga un efecto beneficioso en el sentido de obligar a un fortalecimiento de Europa. El primer punto es este.

Segundo punto. Todo el mundo está de acuerdo en que la crisis va a ser larga. Vamos a ver si el nuevo Gobierno es capaz de afrontar esto con mayor decisión que el actual. Algo se ha hecho en el Gobierno español actual. Sobre todo a partir del momento en que la presión europea ha aumentado, es decir, sobre todo a partir del momento en que el Gobierno español ha dejado de mandar para seguir las consignas que se le han indicado.

Felipe González dijo, no hace mucho, que debemos fijarnos en Suecia, que hace bastantes años hizo la reforma de las pensiones, de la sanidad, del régimen laboral, etc., y en la socialdemocracia alemana, que recientemente y de la mano de Schroeder hizo las cuatro reformas Harz. Puestos a copiar, copiemos a alguien que lo hizo bien. De todas formas, el proceso de recuperación económica española será largo. Pero tampoco hay que desesperar. España había hecho una ascensión



muy rápida, en ciertos aspectos demasiado rápida, y conceptual y psicológicamente mal digerida en todos los sentidos. La imagen del nuevo rico va a salir dañada de la crisis. Pero vamos a salir de la crisis. Como decía un maestro mío cuando yo le decía que estamos muy mal: "Estábamos mal en la batalla del Ebro, ahora estamos muy bien, vamos a salir de esta".

No les sorprenderá que dedique más atención al cambio de ciclo en Cataluña. Económicamente hay cierto margen para el optimismo, a pesar de todo. Ahora que estoy retirado me dedico a rastrear las empresas, los barrios, las comarcas, las universidades..., para ver qué pasa y qué se hace. Pues se hace mucho, hay muchos activos, y en el terreno económico, en el terreno cultural, en el terreno de las iniciativas sociales se hace mucho. Hay mucha gente, por ejemplo en el campo económico, que ha entendido la importancia

de la internacionalización y de la innovación. Ayer veía, por ejemplo, la evolución de la producción de patentes. No de estudios, no de artículos en revistas científicas, sino de patentes, y podemos tener cierta confianza.

Ahora bien, no es menos cierto que estamos mal en muchos aspectos. En el libro de Miquel Roca y Felipe González *¿Aún podemos entendernos?* Conversación sobre el encaje de Cataluña en España se habla de la pérdida de confianza. Lo digo desde la simpatía, pero el discurso de Lassalle a mí me inspira la máxima desconfianza. Ha sido un discurso racional, muy kantiano. Pero este discurso, el de la cooperación y la racionalidad, ya lo he oído otras veces. Tiene razón; lo que pasa es que yo tengo motivos para sospechar que esto, para nosotros, siempre termina mal. Ahora bien, este discurso no es propiedad exclusiva del PP porque a veces también nos lo hace gente del sec-



tor socialista. Y en la práctica se traduce en la disminución sistemática del autogobierno.

El PP ya tuvo que frenar a alguna de sus autonomías que querían devolver competencias. Estas autonomías en realidad nunca valoraron las competencias. Yo mismo tuve que pedir a Aznar que obligara a determinadas comunidades autónomas españolas a asumir la enseñanza y la sanidad. No las querían. Pero no empiecen a devolver competencias, porque entonces la crisis del Estado autonómico y del café para todos se va a poner escandalosamente de manifiesto.

Antes lo ha dicho Colomines: al final, el problema de Cataluña no es un problema económico únicamente. También es un problema sentimental, es un problema de identidad. Hay líneas rojas en la defensa de un país. Una de ellas es la lengua. Cataluña no defiende solamente su economía,

también defiende su identidad, que va muy vinculada a la nación. Somos un país muy poco tribal, pero necesitamos algún engarce de tipo cultural. Sabino de Arana decía una cosa en la que tal vez tuviera razón: decía que los catalanes somos tontos porque estamos contentos si un inmigrante de Murcia, de Andalucía, de donde sea, habla catalán. Y esto, decía, es absurdo porque da lo mismo que hablen un idioma u otro: “lo importante es que sean vascos”. Y que renuncien a todo lo demás. Para él, pues, la lengua no tenía importancia, pero para nosotros la tiene. Por lo tanto, la argumentación de Lassalle, muy racional, muy elegante, a mí me inspira la máxima desconfianza. Hay una cosa que se perdió, lo decís en el libro, tú o Roca: “Algo se ha roto”. Y el otro dice: “Se perdió la confianza”.

Roca decía que solo podemos refugiarnos en la ambigüedad. El problema es que ahora lo tene-



mos mal con la ambigüedad. Porque la ambigüedad necesita cierta flexibilidad, cierto margen de maniobra, y ahora no lo tenemos. Además, la pérdida de confianza hace que yo, que no represento a nadie sino solo a mí mismo, ya no me lo crea. La cuestión es que hay mucha gente que ya no se lo cree. Pero ¿puede recuperarse la confianza? Sí, puede recuperarse, pero ya no es cuestión nuestra. Es cuestión de los otros. Como ya dije una vez, en un lenguaje tal vez demasiado elemental, en los temas de Cataluña nos tienen que pagar por adelantado.

Creo que tenemos que marcharnos preocupados. Roca ha dicho: “Si en Cataluña hay una buena reacción, una unión auténtica de los diversos grupos políticos...”. Si eso sucede, hay esperanza. Queda fuera de nuestro alcance saber lo que hará España, pero no queda fuera de nuestro alcance pensar lo que podemos hacer nosotros.

Eugenia Bieto

Hemos llegado al final de la VI Jornada de Sant Benet, dedicada al nuevo ciclo político en Cataluña, España y Europa. No toca hacer un resumen de lo que se ha dicho ni tampoco mencionar los puntos más importantes de las intervenciones escuchadas, porque ya lo han hecho los que me han precedido en el uso de la palabra y de forma brillante. Si quisiera recordarles que las jornadas quedan recogidas en una publicación que en su día recibirán todos ustedes.

Quisiera agradecer a todos los asistentes, y especialmente a los ponentes, al presidente González, que nos hayáis acompañado un año más. Y también quiero agradecer al ministro de la Presidencia que haya aceptado nuestra invitación.

Por último, quiero insistir en que creo firmemente en el papel de ESADE en la construc-



ción del nuevo ciclo político, económico y empresarial. Con fidelidad a su misión, ESADE organiza este tipo de debates para que personas como todos ustedes se reúnan en torno a una mesa de diálogo para reflexionar, debatir, asentir y discrepar y encontrar soluciones que nos permitan encarar el presente y el futuro. Seguiremos con nuestro compromiso y les emplazo desde ya a la VII Jornada de reflexión y debate que tendrá lugar el año que viene aquí, en Sant Benet, jornada que espero que esté ya ubicada en ese nuevo ciclo político, económico y empresarial.

Para terminar, pediría al ministro de la Presidencia, Ramón Jáuregui, viejo amigo de este encuentro, que tenga la bondad de clausurar la jornada.

Muchas gracias.

Ramón Jáuregui

Muchas gracias. Tendré que limitar mi intervención a unos poquíssimos minutos porque estamos sobre el tiempo y todos ustedes llevan muchas horas debatiendo.

Cuando se organizaba la jornada pregunté a Àngel Castiñeira si Felipe González no clausuraría este encuentro mucho mejor que yo. A mí se me hace difícil después de escuchar a dos personas tan sabias como lo son el Muy Honorable *president* Pujol y mi amigo Felipe González. Pero intentaré aportarles, muy brevemente, algunas reflexiones sobre lo que yo creo que viene y de cómo debería actuar en general la clase política en estos momentos que nos están cambiando el mundo en que vivimos.

Sin embargo, permítanme antes que les diga algo que tengo muy adentro, porque siempre me he



sentido un amigo de Cataluña (no solo por ser vasco, también por ser socialista). He escuchado parte del debate sobre Cataluña y España y no puedo evitar hacerme una pregunta: ¿qué nos ha pasado? Porque ustedes también tienen que escuchar a quienes siempre hemos querido construir el futuro en España con Cataluña. Y tienen que entender que también nosotros nos sintamos decepcionados. Porque algunos hemos hecho un enorme esfuerzo para que esto vaya bien. Y yo me pregunto, escuchándoles: ¿qué nos ha pasado? Les hablo desde la perspectiva de quien en los últimos siete años del Gobierno de Rodríguez Zapatero ha apoyado todas las decisiones que creía favorables para Cataluña: el nuevo Estatuto; un sistema de financiación nuevo; unas inversiones que eran imprescindibles; una defensa de Cataluña y de su modelo lingüístico; una defensa de su modelo de financiación; que llegara el AVE... Es decir, una política de buena voluntad, de mano

tendida. ¿Qué hemos hecho mal para que yo tenga que escuchar estas cosas? ¿Y quién las ha hecho mal? Porque yo, sinceramente, cuando percibo este sentimiento de decepción en Cataluña no me siento correspondido. Lo respeto, pero no se corresponde con el esfuerzo que algunos hemos querido hacer en estos últimos siete años. Reconozco que estaba fuera de guión, pero, habiendo escuchado parte del debate, no he podido evitar compartir mi propio sentimiento al respecto.

Cuatro o cinco reflexiones acerca de los tiempos venideros. Yo creo que lo primero es construir una nueva ecuación entre economía y política. Felipe citaba antes a Sarkozy y su voluntad de refundar el capitalismo. Es verdad que no se ha hecho. Es verdad que Pittsburg fue una buena declaración de intenciones. Pero tampoco es verdad que no hayamos hecho nada. Creo que conviene situar en la agenda lo que llamamos gobernanza económi-

ca: la respuesta de la política a la economía, a los mercados desregulados y a la ideología neoliberal. Hemos hecho Basilea III. Se están cerrando acuerdos y creando autoridades de supervisión financiera supranacionales muy importantes. Se está trabajando seriamente en la lucha contra la opacidad fiscal. Se está intentando armonizar la fiscalidad. Estamos diseñando la ingeniería de nuevas tasas fiscales. Muy lentamente, sí. Pero yo querría ubicar la situación en el terreno de los grises. La acusación que reprocha la rendición de la política ante los mercados es falsa. Muy lentamente, con muchísimas dificultades, con muchísimas contradicciones, la política está dando respuesta a esta necesidad imperiosa.

Segunda idea de futuro. Tenemos que hacer una revisión profunda del modelo de relación entre empresa y sociedad. Hay que revisar el modelo de sociedad laboral. Cuando éramos abogados laboristas allá por los años setenta, creíamos en una sociedad laboral que ha desaparecido. Ha desaparecido por los cambios trepidantes, por la flexibilidad de los mercados, por la externalización, por la globalización productiva, por mil cosas que han entrado como elefantes en aquel delicado mundo de equilibrios que era una sociedad laboral construida sobre la base de la protección del débil.

La economía del conocimiento nos obliga a transformar nuestras categorías, nuestros principios, nuestra formulación, nuestra ingeniería, nuestro derecho laboral... Hay que cambiarlo para incorporar una nueva agenda reivindicativa: flexibilidad, sí, pero también seguridad para los trabajadores. Hay que cambiar la cultura laboral, igual que tiene que cambiar la cultura de la empresa. La empresa no está contra la sociedad, sino en la sociedad. La empresa no se pregunta, como creíamos, qué puede hacer con la acción social o en qué emplea los beneficios, sino cómo obtener los beneficios. La empresa tiene que dialogar con sus stakeholders. La empresa está comprometida con la sociedad.

Y esta transformación dará lugar a una nueva ecuación importantísima en el futuro.

No hablaré mucho de Europa. Solamente añadiré algo a lo que ya se ha dicho. A Felipe González le ha faltado decir que hay un elemento absolutamente reactivo, que es el creciente soberanismo nacionalista que ha invadido la cultura europeísta. Y no es solo un fenómeno de y en los distintos países. Hay una sentencia fundamental, la sentencia de Karlsruhe, que niega la soberanía europea y que obliga a Europa a construirse sobre la unanimidad de los procesos. Y eso la hace muy lenta. Felipe ha dicho que en julio se adoptó un acuerdo importantísimo. Pues cuatro meses más tarde, el 15 de octubre, se va a aprobar este acuerdo en los 27 parlamentos nacionales. Cuatro meses más tarde. El 27 de septiembre del año pasado la Comisión presentó el paquete de la Gobernanza europea: cinco reglamentos y una directiva. Se van a aprobar este jueves en Estrasburgo. Es decir, un año más tarde.

El problema es que nuestra arquitectura institucional, sobre todo el principio de unanimidad, no nos permite correr a la velocidad de los acontecimientos. Ahora la urgencia no es solo poner en marcha el acuerdo del 21 de julio. Ahora el problema es el cortafuego que hay que establecer frente a la situación de Grecia. El cortafuego es, obviamente, recapitalizar nuestro sistema bancario. Y el cortafuego es asegurar que el Banco Central siga funcionando en los mercados secundarios contra las deudas soberanas de los países connotados. Los acontecimientos nos plantean exigencias con una rapidez a la que no podemos responder adecuadamente. Llevamos un tempo caribeño, frente a la velocidad de vértigo de los acontecimientos económicos.

Cuarto punto. Hay cierto efecto dominó o mariposa en los acontecimientos. La revolución árabe empieza por el pan, pero el pan subió porque en Rusia hubo una sequía enorme el



verano anterior. Entonces Putin cerró sus fronteras de exportación de grano y de ahí surgió la primavera árabe. El mundo se nos descontrola. Casi todo sucede sin que seamos capaces de preverlo. El futuro es opaco e indeterminado y en gran parte es una amenaza. El futuro no es lo que era: la pintada acierta. Nos lo han cambiado. Hay una gran necesidad de gobernanza del mundo, de afrontar los problemas de los Estados fallidos, de dominar los ciclos de inestabilidad mundiales, de regular los problemas energéticos... Hay una gran necesidad de gobernanza en el mundo.

Finalmente, también hay una gran necesidad de fortalecer la democracia, de reformular nuestro sistema de participación, nuestro sistema de representación, nuestra conexión con la ciudadanía..., es evidente. No lo digo por oportunismo ni por el 15-M. Tenemos que revisar la conexión ciudadana con la política, tenemos que repensar

el ejercicio de nuestra democracia. Sin olvidar, claro, que todo eso requiere tener una ciudadanía que sienta la política como necesaria, una ciudadanía que tenga, por así decirlo, virtudes cívicas y que admita que sus derechos son tan importantes como sus deberes, por poner solo una referencia, casi un tópico.

Termino con unas brevísimas palabras, telegráficas, sobre lo que toca ahora en España. Permítame que se las diga en nombre del Gobierno al que represento.

En primer lugar, tenemos muchos problemas como país derivados de la burbuja inmobiliaria, de la alta tasa de paro, de la baja productividad, de la elevada deuda exterior, del desequilibrio en nuestra balanza de pagos, de ineficacias importantes en nuestro sistema productivo... España se encuentra en una encrucijada histórica y necesita un grandísimo esfuerzo como país.



En segundo lugar, este discurso no ha ido parejo en la exigencia de esfuerzo a la ciudadanía. Con todo, la política anticrisis de este Gobierno es una política coherente. Hasta finales del 2009 tratamos de evitar el fracaso del sistema financiero. Hicimos una política keynesiana impulsando la economía, estimulando el consumo, invirtiendo recursos públicos. Hasta que a finales del 2009 los mercados nos exigieron, a nosotros y a toda Europa, una contracción fiscal brutal. Pero hasta entonces todo el mundo había hecho política keynesiana.

A partir del 2010 empezamos a revisar el discurso. Pero hemos hecho lo que había que hacer. Y hay muy pocos países que lo hayan hecho con tanta severidad. La vicepresidenta económica del Gobierno me contaba el otro día, a su regreso de la cumbre del G-20 de Washington, que ha

recibido parabienes de todo el mundo no solo por la reforma constitucional, sino también por la seriedad con la que España ha hecho su proceso de contracción fiscal. No es nada fácil reducir seis puntos del PIB, 60.000 millones de euros, en 18 meses. No es nada fácil. O como la reforma del sistema financiero o la reforma del sistema de pensiones, y otras muchas reformas que hemos introducido. El Gobierno ha hecho lo que debía hacer, lo que España necesitaba. Pero ha tenido una crítica feroz y ha tenido muy poca ayuda. Y eso también hay que decirlo.

Yo creo que es tan falso como electoralista pensar que el cambio de Gobierno por sí solo va a resolver la crisis económica. Y mucho más que la va a resolver un Gobierno del PP. En el ajuste de mayo del 2010 no ayudaron, sino todo lo contrario. En la reforma de pensiones no ayu-

daron, sino todo lo contrario. Ambos acuerdos se obtuvieron con CiU. En sus declaraciones públicas internacionales, de ayuda, nada. En sus propuestas fiscales, una incongruencia absoluta. Tan solo una descalificación sistemática del presidente del Gobierno y de su política económica. Sabemos que España necesita reformas muy importantes. Viene un debate fiscal muy importante para la sostenibilidad del sistema de pensiones y del estado del bienestar. En la propuesta que estamos elaborando, contemplamos, más allá de las reformas que hay que hacer, más allá de los ajustes, más allá de las políticas sociales dinamizadoras, la revisión de la política fiscal. Nuestro país no puede mantener el sistema que tenemos con la presión fiscal actual. Y lo vamos a plantear claramente, no hay más remedio.

España no es un país cualquiera. Tiene un aparato productivo muy potente. Somos el segundo país en producción de automóviles. Somos el primer país en turismo. Hemos hecho una inversión muy importante en I+D+i los últimos diez años. Hemos desarrollado un sector de telecomunicaciones importante. Tenemos empresas multinacionales con presencia en muchos países del mundo. Tenemos capital físico. Hay capital humano. Yo creo que el país puede hacer las cosas que le tocan, pero va a tener que hacer un gran esfuerzo. Y tenemos esperanza en que el terrorismo, que ha sido la mayor preocupación de los españoles durante los últimos treinta años, desaparecerá. Muchas gracias.

Lista de asistentes

Antoni Abad, CECOT
 Jordi Alberich, Círculo de Economía
 Salvador Alemany, Abertis
 Joaquín Almunia, Comisión Europea
 Francesc-Marc Álvaro, La Vanguardia
 Ramon Bagó, Grup SERHS
 Antonio Balmón, Ayuntamiento de Cornellà de Llobregat
 Jordi Barbeta, La Vanguardia
 Alfredo Bassal, Esteve Nuevas Inversiones
 Eugènia Bieto, ESADE
 Anna Birulés, Alta Business Serveis
 Joaquim Boixareu, Irestal Group
 Laia Bonet, Parlament de Catalunya
 Xavier Brossa, PriceWaterhouseCoopers
 Sixte Cambra, Port de Barcelona
 Xavier Cambra, FemCAT
 Carles Capdevila, ARA
 Andrés Carasso, Iberdrola
 Carlos Colomer, The Colomer Group
 Agustí Colomines, Universitat de Barcelona
 Sol Daurella, Cobega
 Albert Esteve, Grupo Esteve
 Joan Font, Bonpreu
 Pedro Fontana, Fundación ESADE
 Joan Carles Gallego, CC.OO. Cataluña
 Antonio Garrigues, Garrigues Abogados y Asesores Tributarios
 Josep Gassó, Fundació Catalana de l'Esplai
 Joaquim Gay de Montellà, Foment del Treball Nacional
 Esther Giménez-Salinas, Universitat Ramon Llull
 Felipe González, Fundación Progreso Global
 Oriol Guixà, La Farga Lacambra
 Fritz Hoderlein, everis
 Daniel Innerarity, Gubernance - Instituto de Gobernanza Democrática
 Ramón Jáuregui, Gobierno de España
 Enric Juliana, La Vanguardia
 Marta Lacambra, Obra Social CatalunyaCaixa
 José María Lassalle, Congreso de los Diputados
 Joan Majó, Baolab Microsystems
 Jaime Malet, Cámara de Comercio Americana
 Iván Martín, The Boston Consulting Group
 Artur Mas, Generalitat de Catalunya
 Andreu Mas-Colell, Generalitat de Catalunya

Jaume Masana, CatalunyaCaixa
 Josep Mateu, RACC
 F. Xavier Mena, Generalitat de Catalunya
 Josep Miarnau, COMSA-EMTE
 Carmen Mur, Manpower
 Rafael Nadal, La Vanguardia
 Javier Nieto, Santa & Cole
 Josep Piqué, Círculo de Economía
 Elena Pisonero, KPMG
 Antoni Pont, Grupo Borges
 Felip Puig, Generalitat de Catalunya
 Xavier Puig, Puig Beauty & Fashion Group
 Xavier Pujol, Ficosa Internacional
 Jordi Pujol, CEJP
 Manuel Raventós, Raventós i Blanc
 Ferran Requejo, Universitat Pompeu Fabra
 Joan Rigol, ESADEFORUM
 Miquel Roca, Roca Junyent
 Ferran Rodés, Media Planning
 Manel Rosell, CatalunyaCaixa
 Jaume Roures, Mediapro
 Josep Maria Rovira, Endesa
 Francesc Rubiralta, CELSA
 Màrius Rubiralta, Secretaría de Estado de Universidades
 Martí Saballs, Expansión
 Francesc Santacana, Pla Estratègic Metropolità de Barcelona
 Josep Santaereu, DKV Seguros
 Marçal Sintès, El Periódico
 Ferran Soriano, Spanair
 Carles Sumarroca, FemCAT
 Joaquín Tagar, Fundación Progreso Global
 Isabel Tocino, Banco Santander
 Adolf Todó, CatalunyaCaixa
 Xavier Torra, Simon
 Fernando Vallespín, Universidad Autónoma de Madrid
 Jordi Valls, AGBAR UK
 Xavier Vidal-Folch, El País
 Rafael Villaseca, Gas Natural Fenosa

Equipo académico

José Luis Álvarez
 Ignasi Carreras
 Àngel Castiñeira
 José María de la Villa
 Francisco Longo
 Enrique López-Vigueria
 Carlos Losada
 Josep M. Lozano
 Pau Mas
 Manel Peiró
 Marcel Planellas
 Raimon Ribera
 Alfons Sauquet

- nº1. GARRIGUES, Antonio; PUJOL, Jordi y GONZÁLEZ, Felipe, (2005); *Europa: la necesidad de nuevos liderazgos*, Barcelona: ESADE.
- nº2. INNERARITY, Daniel (2006), *El poder cooperativo: otra forma de gobernar*, Barcelona: ESADE.
- nº3. VARIOS AUTORES (2006), *Los retos del liderazgo hoy*, Barcelona: ESADE.
- nº4. PIO, Edwina (2006), *Management Gurus: An Indian Soundtrack on Leadership and Spirituality*, Barcelona: ESADE.
- nº5. LOWNEY, Christopher (2006), *What 21st Century leaders can learn from 16th century jesuits*, Barcelona: ESADE.
- nº6. JENSEN, Michael C. (2007), *A New Model of Leadership*, Barcelona: ESADE.
- nº7. MAS-COLELL, Andreu (2007), *Lideratge i recerca a Catalunya: necessitats i possibilitats estratègiques*, Barcelona: ESADE.
- nº8. PUJOL, Jordi (2007), *Pensar el Lideratge. Què significa ser líder?*, Barcelona: ESADE.
- nº9. BRUFAU, Antoni (2007), *Pensar el Lideratge. Lideratge i Globalització*, Barcelona: ESADE.
- nº10. EABIS (2006), *Cualidades del liderazgo y competencias de gestión para la responsabilidad de la empresa*, Barcelona: ESADE.
- nº11. OLIU, Josep (2007), *Moments de Lideratge. La sortida a borsa del Banc de Sabadell*, Barcelona: ESADE.
- nº12. OLLÉ, Ramon (2007), *Moments de Lideratge. Liderar el canvi en un entorn multinacional i multicultural: el cas EPSON*, Barcelona: ESADE.
- nº13. TERRIBAS, Mònica (2008), *Els lideratges intangibles de l'era mediàtica*, Barcelona: ESADE.
- nº14. CASTIÑEIRA, Àngel; LOZANO, Josep M. (2008), *Pensar el Liderazgo. El valor de los liderazgos*, Barcelona: ESADE.
- nº15. VARIOS AUTORES (2007), *Liderazgos clave en las sociedades avanzadas. Una reflexión desde Cataluña y España*, Barcelona: ESADE.
- nº16. SAUQUET, Alfons (2008), *Pensar el Liderazgo. Organizar y liderar: el qué, el cómo y el cuándo*, Barcelona: ESADE.
- nº17. AGUILAR, Luis F. (2008), *Gobernanza: normalización conceptual y nuevas cuestiones*, Barcelona: ESADE.
- nº18. IMAZ, Josu J. (2009), *Pensar el Liderazgo. Liderazgo político y liderazgo empresarial*, Barcelona: ESADE.
- nº19. MARTÍN MARURI, Ignacio (2009), *Liderazgo adaptativo y autoridad*, Barcelona: ESADE.
- nº20. GOMÁ, Javier (2009), *Ejemplo y carisma*, Barcelona: ESADE.
- nº21. VARIOS AUTORES (2009), *Liderazgos clave en las sociedades avanzadas. ¿Políticos sin ideas, intelectuales sin poder?*, Barcelona: ESADE.
- nº22. TODÓ, Adolf (2009), *Pensar el Lideratge. El lideratge en temps de canvis*, Barcelona: ESADE.
- nº23. JULIANA, Enric; PUJOL, Jordi; VALLESPÍN, Fernando (2010), *La deriva de España y Cataluña*, Barcelona: ESADE.
- nº24. BOTIFOLL, Jordi (2010), *Momentos de Liderazgo. La evolución del liderazgo en la era internet del siglo XXI*, Barcelona: ESADE.
- nº25. VARIOS AUTORES (2010), *Empresa y liderazgo: ¿Qué liderazgos empresariales necesita nuestro país?*, Barcelona: ESADE.
- nº26. SOLANA, Javier (2010), *Pensar el Liderazgo. Liderazgo y Gobernanza en la nueva estructura de la Unión Europea*, Barcelona: ESADE.
- nº27. MAS, Artur (2010), *Moments de Lideratge. Liderar un projecte de país en temps de relleu i canvis*, Barcelona: ESADE.
- nº28. SERLAVÓS, Ricard (2010), *Pensar el Liderazgo. Las competencias en el ejercicio efectivo del liderazgo*, Barcelona: ESADE.
- nº29. ZAFRA, Manuel (2010), *El liderazgo en el ámbito público local*, Barcelona: ESADE.
- nº30. SEVILLA, Jordi; MARINA, José Antonio (2010), *Ética pública y valores para la gobernanza*, Barcelona: ESADE.
- nº31. LOSADA, Carlos (2010), *Pensar el Liderazgo. El entorno cotidiano donde se ejerce el liderazgo*, Barcelona: ESADE.
- nº32. VALLESPÍN, Fernando (2010), *Las consecuencias políticas y sociales de la crisis económica*, Barcelona: ESADE.
- nº33. VARIOS AUTORES (2011), *Liderazgos clave en las sociedades avanzadas. El liderazgo en tiempos de crisis*, Barcelona: ESADE.
- nº34. CRUANYES Toni (2011), *Tony Blair versus Gordon Brown. Dos lideratges contraposats i en competència*, Barcelona: ESADE.
- nº35. MAS, Salvador (2011), *La direcció d'orquestra: un altre tipus de lideratge*, Barcelona: ESADE.
- nº36. ALEMANY, Salvador (2011), *Moments de Lideratge. Nosaltres juguem la partida, tres paisatges i un relat*, Barcelona: ESADE.
- nº37. RESINA, Joan Ramon (2011), *Catalunya al món. Com liderar la projecció exterior d'una nació sense estat*, Barcelona: ESADE.
- nº38. VARIOS AUTORES, (2012), *Nuevo ciclo político en Europa, España y Cataluña: los retos institucionales que tenemos por delante*, Barcelona: ESADE.



ESADE
Business School

Executive Education